

ADOLESCENTES ARGENTINOS  
*Cómo piensan y sienten*

· Alicia Facio ·  
Santiago Resett · Clara Mistrorigo · Fabiana Micocci

ADOLESCENTES ARGENTINOS  
*Cómo piensan y sienten*



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 950-892-  
© 2006 Lugar Editorial S.A.  
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires, Argentina  
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555  
E-mail: lugared@elsitio.net  
www.lugareditorial.com.ar



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

## ÍNDICE

PRÓLOGO 1	
<i>Dra. María Cristina Richaud de Minzi</i> .....	9
PRÓLOGO 2	
<i>Lic. Hugo Hirsch</i> .....	11
PREFACIO	
<i>Lic. Alicia Facio</i> .....	13
CAPÍTULO 1: <i>La adolescencia como etapa de la vida</i> .....	15
Psicología del desarrollo .....	15
¿Qué es la adolescencia? .....	16
Teorías de la adolescencia .....	17
La psicología de la adolescencia en la Argentina .....	19
Metodología de la presente investigación .....	20
CAPÍTULO 2: <i>El adolescente y su cuerpo</i> .....	23
Los cambios puberales .....	23
Impacto psicológico de la edad de comienzo de la pubertad .....	25
CAPÍTULO 3: <i>El sí mismo adolescente</i> .....	31
Autoestima global, edad y género .....	32
Autoestima global y apariencia física .....	33

Autoestima global y vínculos .....	36	CAPÍTULO 7: <i>Problemas psicosociales en la adolescencia</i> .....	121
Autoconcepto .....	38	Estado de salud .....	122
Objetivos de vida .....	42	Síndrome depresivo .....	123
Optimismo sobre el futuro personal .....	48	¿Qué pone tristes a las chicas y chicos argentinos? .....	125
¿Qué es tener éxito en la vida? .....	49	Suicidio e ideación suicida .....	127
CAPÍTULO 4: <i>El adolescente y la familia</i> .....	53	Ansiedad .....	129
Relación con los padres .....	54	Problemas de conducta .....	133
Relación con los hermanos .....	60	Consumo de sustancias tóxicas .....	134
Violencia en la familia .....	63	Conductas antisociales .....	140
Padres, hermanos y pares como fuentes de apoyo .....	68	¿Cómo se perjudica el desarrollo de los adolescentes antisociales? .....	147
Padres y hermanos como modelos a imitar .....	71	La sexualidad como riesgo .....	147
Las diez personas más queridas .....	73	CAPÍTULO 8: <i>Educación y trabajo en la adolescencia</i> .....	151
Efectos del divorcio en el desarrollo psicosocial de los hijos .....	74	Rendimiento escolar .....	151
Los abuelos .....	79	Actitud positiva o negativa hacia la escuela media .....	155
CAPÍTULO 5: <i>El adolescente y los amigos</i> .....	83	Motivación académica .....	159
Grupos de amigos .....	84	Aspiraciones educativas .....	162
Popularidad y rechazo .....	85	Lo mejor y lo peor de los profesores .....	163
Reputaciones deseadas .....	88	El estudio como éxito, fracaso o problema .....	167
Amigos íntimos .....	89	El estudio, motivo de conflicto con los padres .....	170
La amistad, un éxito en la vida de los adolescentes .....	91	Adolescentes que estudian y trabajan .....	171
Habilidades sociales .....	93	CAPÍTULO 9: <i>Actividades extraescolares. Religión y política</i> .....	181
¿Es positivo que un adolescente sea muy sociable? .....	94	Práctica del deporte y desarrollo socioemocional .....	183
Actividades preferidas para el tiempo libre .....	95	No todo es deporte: otras actividades extraescolares .....	187
Amigos y padres ¿sinergia o antagonismo? .....	97	Los adolescentes y la religión .....	191
CAPÍTULO 6: <i>Amor y sexualidad en la adolescencia</i> .....	101	La Argentina vista por sus adolescentes .....	197
Experiencia sexual en la adolescencia .....	102	APÉNDICE 1:	
¿Es positivo ser virgen a los 17-18? .....	104	<i>Instrumentos utilizados en la recolección de datos</i> .....	203
Efectos de la iniciación sexual temprana o tardía .....	106	APÉNDICE 2:	
La pareja amorosa .....	108	<i>Trabajos científicos del presente equipo de investigación</i> .....	215
¿Es positivo estar de novio a los 17-18? .....	111	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	223
¿Y estar de novio a los 13-14? .....	112		
La pareja en la red de relaciones interpersonales de los adolescentes .....	114		

## PRÓLOGO I

*Dra. María Cristina Richaud de Minzi\**

Ha sido para mí un verdadero placer leer este libro relativo a la adolescencia en la Argentina. A medida que me iba adentrando en la lectura me sentía más atrapada e interesada por la información acerca del funcionamiento de nuestros adolescentes. Es cierto que es muy difícil tener una imagen única del “adolescente argentino”, siendo nuestro país tan extenso y diverso, pero creo que en esta obra se ha hecho un intento muy importante para aproximarse a ella.

Acuerdo totalmente con los autores que es imprescindible tener un conocimiento preciso de la “normalidad” para luego estudiar las desviaciones a la misma, con lo cual este libro salda, hasta cierto punto, una deuda de la psicología argentina en este sentido.

A través de la lectura de las páginas de la presente publicación, encontramos un retrato de la psicología del adolescente argentino visto desde una perspectiva evolutiva e histórico-cultural. Significa además un aporte al desarrollo de la psicología de la adolescencia en la Argentina con un estudio sistemático de nuestros jóvenes, sin tener que recurrir permanentemente a ejemplos de otros países que, como se muestra en este libro, tienen patrones diferentes de comportamiento.

---

\* Investigadora Principal del CONICET. Premio Bernardo Houssay 2005 a la investigación científica.

La abundante información está excelentemente sintetizada y analizada en subtemas muy bien elegidos, lo que permite una lectura fácil por la claridad con que se presentan los distintos aspectos estudiados. En este sentido, apunta tanto a diferentes procesos del desarrollo normal, como también a factores de riesgo y a las relaciones con el mundo de la educación, el trabajo, la política y la religión. También se da acertadamente una importancia primordial al estudio de las relaciones interpersonales, especialmente con los padres y pares.

Desde el punto de vista investigativo, los autores respaldan sus resultados con una muy buena base empírica –constituida por información obtenida, en su mayor parte, a través de instrumentos objetivos y probados, en muestras apropiadas y estudiadas longitudinalmente durante varios años– sin por ello descuidar los aspectos teóricos, tanto en lo que se refiere a un extenso conocimiento de la bibliografía especializada internacional, como al ensayo de las propias hipótesis explicativas del comportamiento específico del adolescente argentino.

Finalmente, como un aporte secundario pero no por ello menos importante, los autores han utilizado en la Argentina –y para ello traducido y analizado– gran número de instrumentos psicológicos, que quedan como patrimonio de la comunidad psicológica de nuestro país.

## PRÓLOGO 2

*Lic. Hugo Hirsch\**

La lectura de este libro me produjo alegría y dolor. La primera tiene que ver con mi tendencia a admirar el producto, increíblemente útil, de la curiosidad científica ejercida en condiciones más que desfavorables. El segundo es producto de mi pesimismo. Temo que no vaya a tener la repercusión que merece. Sus datos podrían servir para alimentar muchísimas notas sobre ciencia y vida cotidiana en los diarios, o producir ficciones televisivas de buena calidad documental. Sospecho que eso no va a ocurrir y me da pena, porque la difusión del conocimiento siempre tiene un efecto beneficioso, aunque sea pequeño en magnitud y a veces tardío.

¿Y el público profesional? Habrá que ayudarlo a ponerse en contacto con esta fuente riquísima, hasta donde sé única, sobre los adolescentes argentinos. Dejaré aquí de lado a muchos beneficiarios potenciales: docentes, pastores de diversas religiones, médicos, gestores de políticas públicas. Me centraré en los psicoterapeutas.

Uno de los mayores investigadores en el campo de la psicoterapia, Larry Beutler, dijo alguna vez que cuando los resultados de la investigación contradicen sus propias hipótesis los terapeutas renuncian alegremente a los resultados. Espero que ello no ocurra en este caso. Tener información y no sólo opinión propia sobre lo que los adolescentes de nuestra Argentina dicen, sienten,

---

\* Director Centro Privado de Psicoterapia de Buenos Aires.

piensan y hacen, es una mina de oro para el trabajo clínico. Es una mina en la que hay que cavar para encontrar las pepitas. El libro no es el escaparate de una joyería con las piezas en exhibición; las pepitas están ahí para que cada uno cave y extraiga la que necesite en este momento: sexualidad, autoestima, relación con los padres...

Ojalá que este libro que no es de psicoterapia sea consultado por todos los psicoterapeutas que de una u otra manera se ocupan de trabajar con adolescentes. El resultado será un retrato más rico, más complejo y menos prejuicioso de nuestros adolescentes de hoy.

## PREFACIO

*Lic. Alicia Facio*

En este libro se sintetizan los resultados de veinte años de investigación científica sobre el desarrollo emocional y social de los adolescentes argentinos. Si bien existen algunos trabajos referidos a esta etapa de la vida –mucho menos que los necesarios– las conclusiones que aquí se presentan constituyen las primeras derivadas de muestras tomadas al azar a las cuales se siguió en su desarrollo desde los 13-14 hasta los 24-26 años, en un caso y desde los 13-16 hasta los 17-21, en el otro. Otra ventaja única consiste en que a cada joven se lo examinó, simultáneamente, respecto a una amplia variedad de aspectos del desarrollo psicosocial: pubertad, sexualidad, autoestima, autoconcepto, ansiedad, depresión, yo ideal, conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas, valores, educación, trabajo, actividades extraescolares, ocio y relaciones con padres, hermanos, abuelos, amigos, pareja, docentes.

Si bien los resultados se refieren a jóvenes de Paraná, el haber estudiado también a un grupo de Río Gallegos (Santa Cruz) y a otro de la ciudad de Buenos Aires nos permite hablar, en alguna medida, de adolescentes argentinos.

Consultando este libro el lector puede acceder a las conclusiones de trabajos que publicáramos en los Estados Unidos de América y en Gran Bretaña, como asimismo a muchas presentaciones efectuadas ante congresos científicos en los Estados Unidos (Society for Research on Adolescence; Society for Research in Child Development; American Psychological Association; Conferences on Emerging Adulthood), Europa (European Association

for Research on Adolescence; European Congress of Psychology), mundiales (International Society for the Study of Behavioural Development; International Congress of Psychology) y latinoamericanos en Brasil, Venezuela y en nuestro país.

Deseamos que la obra funcione como un complemento argentino del libro de texto sobre psicología de la adolescencia –basado en investigaciones extranjeras– que habitualmente utilizan los estudiantes universitarios o terciarios. Quisiéramos, además, que resultara útil a los profesionales que trabajan con adolescentes (psicólogos, psiquiatras, psicopedagogos, trabajadores sociales, educadores); a los que toman decisiones relativas a su bienestar (jueces, legisladores, funcionarios); a los padres y a todos los interesados en conocer cómo piensan y sienten nuestros chicos y chicas.

Como todo esfuerzo de largo aliento, éste no hubiera sido posible sin el apoyo y la comprensión de mucha gente: las autoridades, empleados no docentes y los alumnos que oficiaron de encuestadores, de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos; su anterior decana profesora Martha Benedetto; el Dr. John C. Coleman de Gran Bretaña y el Dr. Jeffrey Arnett de los Estados Unidos que confiaron en nosotros; los evaluadores externos de nuestros trabajos, investigadores Dra Claribel Morales de Barbenza y Dr. Néstor Roselli; la Dra. María Cristina Richaud de Minzi que prologó esta obra; las colaboradoras que ya no trabajan con nosotros; los amigos –en especial Alicia Ermácora– que leyeron el manuscrito y nos ayudaron a mejorarlo. Por último, queremos expresar nuestra gratitud a los directores de tantas escuelas secundarias que nos permitieron acceder a sus alumnos y a los jóvenes que, generosamente y en repetidas oportunidades, compartieron sus vidas con nosotros.

## CAPÍTULO I

### *La adolescencia como etapa de la vida*

#### **Psicología del desarrollo**

Martín, de 9 meses, logró algo que para su edad era una verdadera hazaña intelectual: por primera vez descubrió que retirando el obstáculo podía acceder al juguete atractivo que había desaparecido debajo de un almohadón. A los 14 años, es capaz de explorar sistemáticamente qué factores o combinación de factores permiten explicar una reacción química.

Fabiana, a los dos años, se tiraba al piso con feroces rabietas cuando su madre le prohibía comer golosinas antes del almuerzo. A los 15, puede escuchar que sólo irá a bailar dos veces al mes sin estallar de ira sino, por el contrario, pensando sólidos argumentos con los cuales discutirá la imposición materna.

La psicología del desarrollo, también llamada psicología evolutiva, es la rama de la ciencia psicológica que se ocupa de describir y explicar los cambios que las personas experimentan a lo largo de sus vidas, desde la concepción hasta la muerte. Estos cambios se producen tanto en el comportamiento como en los aspectos intelectuales, emocionales e interpersonales, debido al interjuego de dos poderosos factores: la herencia y el ambiente.

Distintas etapas se describen a lo largo del ciclo de la vida: el período prenatal, el nacimiento, la infancia, la etapa preescolar, los años intermedios de la niñez, la adolescencia, la adultez emergente, la adultez joven y la madura, la vejez.

La psicología del desarrollo no sólo estudia las semejanzas sino también las diferencias entre las personas con respecto a los



cambios que se producen con la edad. ¿Por qué ante el mismo acontecimiento –la jubilación– Marta, de 65 años, reaccionó con la alegría de tener al fin tiempo para dedicarse a intereses largamente postergados, mientras Silvia, su amiga, cayó en un estado depresivo?

Por otra parte, no sólo los individuos cambian. También lo hace el mundo en el que las personas se desarrollan. El adolescente argentino de hoy, por ejemplo, vive en una familia más permisiva, con menor número de hijos, con mayor porcentaje de divorcios, con una madre que trabaja fuera de casa; crece en una sociedad tolerante ante la sexualidad juvenil; consume televisión largas horas y chatea por computadora. ¿Cómo influyen éstas y muchas otras circunstancias históricas sobre el desarrollo de los adolescentes? ¿Y sobre el de sus padres? ¿Y sobre el de sus maestros?

Informarse sobre psicología evolutiva es de un interés no sólo teórico –el eterno placer humano por comprender la realidad– sino también práctico. Si hablamos de adolescentes, conocer la psicología de esta etapa de la vida será útil para los profesores que deben enseñarles, para los padres que están a cargo de su formación, para las autoridades que deben tomar medidas que afectan la vida de chicos y chicas, para los psicólogos y otros terapeutas que se ocupan de los jóvenes con problemas. Resultará útil para cualquier persona interesada en promover el desarrollo óptimo de los individuos.

### ¿Qué es la adolescencia?

La adolescencia ha sido definida por varios autores como aquella etapa de la vida que se extiende desde los inicios de la pubertad hasta que se obtiene, por vía legal, la independencia respecto a la autoridad del adulto. Abarca, aproximadamente, desde los 12 hasta los 18 años, aunque los límites son algo borrosos.

No siempre existió una etapa de la vida llamada adolescencia. Aunque en todas las sociedades conocidas se ha identificado siempre un período comprendido entre la niñez y la edad adulta,

el concepto de adolescencia como lo entendemos hoy es un descubrimiento relativamente reciente de la cultura occidental. El incremento de la industrialización y del comercio producido a partir del siglo XIX y el requerimiento de mayor educación para ejercer los nuevos empleos postergó el acceso al trabajo y al matrimonio y prolongó la dependencia respecto de los padres. El gran psicólogo estadounidense George Stanley Hall fue el creador de la psicología de la adolescencia al publicar en 1904 el primer libro de texto referido al tema.

En la Argentina, la adolescencia es un período de la vida reconocido hace mucho tiempo. Ya en 1918 el destacado educador Víctor Mercante publicó el libro “La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas” donde se citaba a Stanley Hall y donde la adolescencia era el estadio posterior a la pubertad que se extendía desde los 14-17 hasta los 17-20 años. Otro hito histórico lo constituyen los libros “Ambición y angustia de los adolescentes” y “Diario íntimo de una adolescente” que el médico Aníbal Ponce escribiera en la década del treinta.

### Teorías de la adolescencia

En el pasado, los dos marcos teóricos predominantes en psicología de la adolescencia fueron el psicoanalítico y el sociológico. Los autores psicoanalíticos (Sigmund Freud, Anna Freud, Peter Blos, Erik Erikson, etcétera) derivaban sus conclusiones no de investigaciones científico-empíricas llevadas a cabo sobre gran número de adolescentes normales, sino de observaciones realizadas durante el tratamiento de unos pocos pacientes que consultaban por síntomas psicopatológicos. El énfasis principal, entonces, estaba puesto en la tensión, el conflicto y la turbulencia adolescente.

La teoría sociológica (E. J. Thomas, Margaret Mead, Ruth Benedict, entre otros) explicaba las características de este período a través de la adquisición de roles completamente nuevos –por ejemplo, novio/a– y de los cambios que se producían dentro de otros ya existentes –por ejemplo, los padres esperan que el hijo se

comporte en forma más responsable—. Tanto el conflicto entre agentes socializadores (familia, pares, escuela, etcétera) como la ausencia de pautas a seguir, claramente definidas, causarían dificultades en el tránsito de los adolescentes hacia los roles adultos.

A partir de la década del setenta, el marco teórico predominante en el mundo para explicar los cambios socioemocionales de la adolescencia es el construido a partir de los aportes de Albert Bandura (1987), Urie Bronfenbrenner (1987), Richard Lerner (1998), Paul Baltes (1997), David Magnusson (1996), Glenn Elder (1998), etcétera. Este marco, denominado *contextualismo del desarrollo*, se caracteriza por investigar un contexto amplio del desarrollo humano. En el caso del adolescente, no estudia solamente la influencia de la familia sino el interjuego entre ésta, los amigos, la escuela, los medios de difusión, todos los cuales están, a su vez, insertos dentro de una red de influencias históricas, políticas y económicas.

Como considera al desarrollo humano un proceso continuo, este marco teórico investiga los antecedentes en la niñez de los cambios que ocurren en la adolescencia, como asimismo las consecuencias que éstos tienen en las subsiguientes etapas de la vida. Para el contextualismo del desarrollo los individuos no son sujetos pasivos ante las fuerzas de su ambiente o ante la presión de sus deseos, sino agentes activos de su propio desarrollo. Son influidos por el ambiente, pero a su vez influyen sobre él; por ejemplo, los mismos padres tienden a ser abiertos y democráticos con un hijo de conducta tranquila, mientras se muestran rígidos y autoritarios ante el hermano con problemas de conducta.

El contextualismo del desarrollo, al estudiar la interacción entre la persona y el ambiente, introduce la noción de bondad del ajuste, esto es, explora cómo la misma característica del individuo puede conducir a resultados negativos o positivos para su desarrollo, según el contexto en el cual está inserto. Por ejemplo, un adolescente de inteligencia brillante y con fuerte interés por la ciencia se sentirá solo en un ambiente en el que ninguno de los de su edad comparta ni valore tal tipo de talento, mientras que un joven impulsivo y hostil puede a veces estabilizarse en el ambiente estructurado de las fuerzas armadas.

Por último, dentro del marco teórico del contextualismo del desarrollo la multidisciplinariedad se materializa de manera efectiva a través de la incorporación de biólogos, psiquiatras, sociólogos, educadores, etcétera, al equipo de investigación psicológica.

### La psicología de la adolescencia en la Argentina

A diferencia de lo que sucede en los restantes países de Occidente, en la Argentina el marco teórico psicoanalítico conserva aún un fuerte predominio. Quienes adhieren a él suelen estar más interesados en casos clínicos psicopatológicos, que en estudiar grandes muestras de adolescentes normales, esto es, aquéllos que el investigador encuentra en el hogar, en la escuela, en el club. Esta circunstancia –sumada a la escasa capacitación que los psicólogos reciben para llevar a cabo estudios cuantitativos y al pobre apoyo económico otorgado a la investigación en nuestro país– ha conducido a una carencia de información científica sobre cómo son, psicológicamente, nuestros chicos y chicas.

En las cátedras de psicología de la adolescencia se estudian textos psicoanalíticos como si fueran de psicología evolutiva o se utilizan excelentes manuales traducidos del inglés o escritos en español en los que se resumen –en su gran mayoría– resultados derivados de investigaciones sobre adolescentes de América del Norte y, en menor medida, de Gran Bretaña, Australia, Alemania, Escandinavia, Japón, Israel, en orden descendente de frecuencia.

Afortunadamente, en los últimos diez años esta situación ha comenzado a cambiar. Además de trabajos realizados, por ejemplo, en las Universidades de Buenos Aires, San Luis, Mar del Plata, se cuenta con los producidos en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Entre Ríos. En el Apéndice 2 se enumeran las publicaciones y presentaciones en reuniones científicas de este equipo de investigación, relativas al desarrollo social y emocional de los adolescentes argentinos.

## Metodología de la presente investigación

Los resultados que se presentan en este libro se derivan del estudio de las siguientes muestras transversales y longitudinales:

- En 1986 se extrajeron al azar 341 jóvenes de 15-18 años concurrentes a todos los terceros y quintos años de la escuela media en Paraná (Entre Ríos), los cuales fueron encuestados en una sola oportunidad.
- En 1988, un grupo de 175 chicos y chicas nacidos en 1974 y 1975, tomados al azar, que concurrían a todos los primeros años de las escuelas secundarias de Paraná, fue examinado a los 13-14 y luego a los 15-16, 17-18 y 24-26, es decir, a lo largo de once años de sus vidas, con sólo siete por ciento de pérdida. Este estudio longitudinal es el primero de su tipo realizado en la Argentina. Para facilitar la lectura, a lo largo del libro se denominará Generación 1 a los nacidos en 1974-75.
- En 1998, 698 adolescentes nacidos entre 1982 y 1985, concurrentes a los tres primeros cursos de la escuela secundaria en Paraná, fueron examinados a los 13-16 y dos y cuatro o cinco años después, o sea, hasta la edad de 17-21, con sólo siete por ciento de pérdida. En este caso se extrajeron al azar cursos, en lugar de personas. En el texto se denominará Generación 2 a los nacidos en 1982-85.
- En 2002 la profesora Norma Benedetto aplicó la encuesta de esta investigación a una muestra aleatoria de 177 estudiantes de 5° año de Río Gallegos (Santa Cruz) y la psicóloga Mónica Braude hizo lo mismo con una pequeña muestra incidental de 85 alumnos de 4° y 5° año de la ciudad de Buenos Aires.

Estos son los adolescentes argentinos cuya voz se escuchará a lo largo de los siguientes capítulos.

En este libro, además de describir distintos aspectos del desarrollo normativo a través de la adolescencia (pubertad, sexualidad,

sí mismo, relación con familiares, amigos, pareja, escolaridad, trabajo, actividades extraescolares, ocio, valores y creencias) se examina sistemáticamente la relación entre dichos desarrollos y los problemas emocionales y de conducta que los jóvenes sufren, tanto contemporáneamente como en edades posteriores.

Innumerables investigaciones extranjeras han demostrado la validez y la utilidad de diferenciar en la niñez entre problemas internalizantes o emocionales o afectivos, por un lado y externalizantes o de conducta, por el otro. Casi todos los análisis factoriales y otras técnicas estadísticas multivariadas han confirmado su presencia tanto en muestras normales como clínicas. Además, han sido evaluados confiablemente por distintos tipos de jueces y han demostrado estabilidad a través del tiempo (Achenbach y Edelbrock, 1987).

Los mismos factores se han encontrado en la adolescencia, etapa en la cual covarían, por un lado, “problemas de conducta” como agresión, actividad delincuente, precocidad sexual, desinterés por la escuela, consumo de sustancias tóxicas (Jessor y Jessor, 1977) y “trastornos emocionales” como depresión, ansiedad, pánico, fobias específicas, ideación suicida, trastornos en la alimentación, perturbaciones psicosomáticas, por el otro.

En el Apéndice 1 se describen las escalas utilizadas para la evaluación de los distintos constructos. Cuando se emplearon sólo preguntas, las mismas se explicitan en el texto.

## CAPÍTULO 2

### *El adolescente y su cuerpo*

#### **Los cambios puberales**

Se denomina pubertad a la secuencia de transformaciones físicas asociadas a la maduración de la capacidad reproductiva. En la Argentina, como en muchos otros países, la gente considera que la adolescencia comienza con el desarrollo de los pechos y de las caderas en el caso de las chicas; la aparición del vello facial y el cambio de la voz en el caso de los muchachos y cuando el brote de crecimiento en altura y los cambios en la piel (como grasitud y granitos) se hacen visibles en ambos géneros.

La pubertad es un fenómeno biológico cuyo tiempo de aparición y cuya velocidad de desarrollo varían según las regiones del mundo, las clases socioeconómicas, las épocas históricas. Por lo tanto, era imperativo conocer a qué edad se producían en nuestro país algunas de sus manifestaciones y cuál era el impacto, a corto y largo plazo, de su aparición temprana, media o tardía.

La menarca –primera menstruación– no es un indicador del comienzo de la pubertad, puesto que ocurre bien avanzado el proceso de transformación, luego del desarrollo del pecho, del vello púbico y del brote de crecimiento en altura. Sin embargo, constituye el marcador más investigado a través del mundo. En la Argentina, al igual que en los Estados Unidos (Steinberg, 1999), la niña promedio alcanzaba la menarca entre su 12° y 13° cumpleaños. En la Generación 2, la media de edad era

12,29 con una desviación típica 1,17, cifras muy semejantes a las encontradas en la Generación 1 (media 12,46 y desviación típica 1,47). Como puede verse en la tabla 2.1, entre los 12 y los 13 años la menarca estaba presente en más del 50% de nuestras chicas y antes de cumplir los 14, en alrededor del 90% de ellas.

En los muchachos, la aparición del vello púbico es seguida por el gran incremento en altura y por el comienzo del crecimiento del pene. En los Estados Unidos, la primera eyaculación de líquido seminal ocurre generalmente entre los 12 y 15 y medio, aproximadamente un año después del comienzo del crecimiento del pene. El vello facial y el corporal, al igual que la gradual profundización de la voz, constituyen desarrollos relativamente tardíos. Como la primera eyaculación frecuentemente está determinada por factores culturales más que biológicos –en muchos varones es resultado de la masturbación– interesaba conocer cuándo informaban haberla experimentado los muchachos argentinos. Como puede verse en la tabla 2.1, al cumplir 13 años la mitad de la Generación 2 manifestaba haber pasado por dicha experiencia. La media de edad fue 12,83 con una desviación típica de 1,29.

*TABLA 2.1: Edad de aparición del semen en los varones y de la menstruación en las mujeres en los nacidos en 1982-85 según edad*

Edad	Varones	Mujeres
8-9	1%	3%
10	3%	3%
11	12%	20%
12	33%	35%
13	26%	30%
14	19%	6%
15	4%	3%
16-18	2%	-
N	336	338

A los varones de la Generación 1 se les preguntó, en cambio, respecto a tres caracteres sexuales secundarios. A los 13-14, 95% manifestó tener vello púbico, 60% haber pasado por el cambio de voz y sólo 28%, necesitar afeitarse la barba. Dos años después, los porcentajes habían ascendido a 100%, 87% y 73%, respectivamente.

En las últimas décadas, los jóvenes del primer mundo interpretan los cambios puberales en forma predominantemente positiva. Así también ocurría en la Argentina, donde sólo el 7% de los muchachos y el 16% de las chicas de la Generación 1 informaban a los 15-16 haber tenido reacciones negativas –transitorias o no– ante las transformaciones operadas en sus cuerpos.

### **Impacto psicológico de la edad de comienzo de la pubertad**

Las variaciones en la edad de comienzo y en la velocidad del cambio puberal son enormes e independientes una de la otra, lo cual significa que en un grupo de adolescentes tempranos normales, algunos habrán concluido con las transformaciones puberales antes de que otros las hayan siquiera comenzado. Los factores genéticos, pero también la nutrición y el estado de salud, explican estas diferencias.

Durante décadas se han estudiado los efectos de la pubertad temprana versus tardía sobre distintos aspectos del desarrollo psicológico. Aunque los hallazgos han resultado a veces contradictorios, emerge un cuadro bastante consistente en lo referente al impacto negativo de la pubertad temprana en las chicas y de la pubertad tardía en los muchachos.

Se clasificó a las mujeres como tempranas, medias o tardías según la edad de aparición de la menarca y a los varones, según la cantidad de indicadores puberales a los 13-14 en la Generación 1 y según la edad de la primera eyaculación en la generación posterior. Los rangos de edades y los porcentajes correspondientes a cada grupo se exhiben en la tabla 2.2

**TABLA 2.2:** *Pauta temporal de la pubertad en los nacidos en 1974-75 y en 1982-85 según sexo*

Pubertad		Temprana	Media	Tardía
Varones	1974-75 vello púbico-voz barba a los 13-14	21% 3 indicadores	42% 2 indicadores	36% 0-1 indicadores
	1982-85 edad primera eyaculación	16% 11,9 o menos	59% 12-13,9	25% 14 o más
Mujeres	1974-75 menarca	27% 11,6 o menos	49% 11,7-13,2	24% 13,3 o más
	1982-85 menarca	20% 11 o menos	66% 11,1-13,4	14% 13,5 o más

En la tabla 2.3 se comparan los resultados encontrados en poblaciones estadounidenses –según el resumen de Susman y Rogol (2004)– con los hallados en la presente investigación. La descripción de las medidas con las cuales se evaluaron los distintos constructos puede verse en el Apéndice 1.

**TABLA 2.3:** *Efectos de la pubertad temprana y tardía en los Estados Unidos y en la Argentina*

<i>Mujeres tempranas</i>	
Estados Unidos de América	República Argentina
En la adultez, se relacionaban en mayor medida con pares desviados, tenían hijos a menor edad, más hijos, más abortos,	Tanto a los 17-21 como a los 24-26 no tenían más hijos ni menos años de educación ni vivían en mayor medida con una

(continuación)

menor jerarquía ocupacional y menos años de educación.	pareja. A los 13-15 eran sexualmente más precoces que las tardías, pero la diferencia desaparecía con la edad.
En las que habían tenido problemas de conducta en la niñez, la menarca temprana incrementaba los problemas de conducta adolescentes.	Se carece de información sobre problemas de conducta en la niñez. En la adolescencia no evidenciaban mayor conducta antisocial que las otras. Pero cuanto más temprana la menarca, mayores problemas de conducta aparecían a los 24-26 años.
Mayor consumo de sustancias tóxicas (fumar, beber alcohol, borracheras).	Mayor consumo a los 13-15 y dos años después. A los 17-21 la diferencia con las tardías iba desapareciendo.
Algunos estudios hallaban mayor nivel de síntomas depresivos; otros, no.	A los 13-15 sufrían de mayor cantidad de problemas emocionales –algo peor en síndrome depresivo y peor en ansiedad y en autoestima global– pero las diferencias desaparecían en edades posteriores.
Menor satisfacción con la apariencia, altura, peso, características corporales, a diferencia de Alemania, donde estaban más satisfechas que las tardías. Algunos estudios no encontraban estas diferencias.	Aunque a lo largo de la adolescencia se sentían más insatisfechas con su peso, las diferencias sólo eran significativas a los 13-14. En comparación con las tardías, a lo largo de la adolescencia estaban algo más insatisfechas con su apariencia física sin que la diferencia alcanzara significación estadística.
Las notas escolares eran peores que las de las tardías, pero mejores que las de las medias. Sus aspiraciones educativas eran menores.	A los 17-18 no diferían ni en las notas ni en las aspiraciones educativas.

*(continuación)*

<i>Varones tempranos</i>	
Estados Unidos de América	República Argentina
Mayor uso de sustancias.	Mayor uso que los tardíos a los 15-18 y, sobre todo, dos-tres años después.
Mayores sentimientos hostiles expresados al exterior.	A los 17-21, mayor ira expresada en comparación con los tardíos y mayor vandalismo y robos que los restantes.
Mayores síntomas de malestar psicológico, en contradicción con los hallazgos de décadas anteriores.	No se hallaron diferencias en depresión ni en ansiedad. Única excepción, a los 24-26 años, mejor ánimo en los tempranos que en los tardíos.
Mayor satisfacción con su altura, pero peor imagen corporal.	Aunque desde la adolescencia hasta la adultez evaluaron su apariencia peor que los otros grupos, las diferencias no resultaron significativas.
Notas más altas seguidos por lo medianos y por último, los tardíos. Sin embargo, sus metas educacionales eran menores que las de los otros dos grupos.	A los 17-18 años, no existían diferencias ni en las notas ni en el nivel de aspiraciones educativas. A los 24-26, no diferían en los años de escolaridad cursados.

<i>Varones tardíos</i>	
Estados Unidos de América	República Argentina
Mayor depresión, menor autoestima, menor felicidad, aunque el efecto es menos claro que en los tempranos.	En la adolescencia no diferían en depresión, ansiedad ni autoestima. Pero en la adultez emergente mostraban peor au-

*(continuación)*

	toestima respecto a sus relaciones sociales (atractivo amoroso, amistad íntima, aceptación social, buen comportamiento) y a sus capacidades (se veían peor en competencia escolar, inteligencia, creatividad y competencia deportiva).
Menor logro académico.	En la adolescencia no había diferencias en notas ni aspiraciones académicas ni en cómo percibían su competencia escolar. Pero a los 19-21 sólo 39% cursaba estudios terciarios o universitarios versus 57% de los restantes.

Es importante señalar algunas limitaciones metodológicas de los hallazgos argentinos que se presentan en la tabla 2.3. Una es el número de casos: incluso una muestra grande como la del segundo estudio longitudinal, sólo incluía poco más de 50 varones y 50 mujeres de desarrollo temprano y lo mismo sucedía con los de desarrollo tardío. Al ser los efectos psicológicos de la edad de comienzo de la pubertad –por lógica– pequeños, se necesitaría un número mayor de casos para detectarlos. Existían muchas diferencias entre los grupos que no resultaban estadísticamente significativas debido a esta circunstancia.

La otra limitación metodológica radica en los indicadores utilizados para evaluar la pubertad, sobre todo la masculina. En los Estados Unidos se emplean habitualmente los cinco estadios de desarrollo del pene y del vello púbico en los muchachos (Morris y Udry, 1980) y del pecho y del vello púbico en las chicas (Marshall y Tanner, 1969). En los dos estudios longitudinales argentinos, en cambio, a las mujeres se les preguntó por la menarca, mientras a los varones se les inquirió por tres caracteres sexuales secundarios en el primer estudio y por la edad de aparición del semen, en el segundo. Cuando a las mismas chicas se les volvía a

preguntar por la edad de la menarca, sus respuestas mostraban un grado de coherencia elevado (confiabilidad 0,84), mientras que no sucedía lo mismo con los varones en lo que se refiere a la edad de la primera eyaculación (confiabilidad 0,50). Además, la aparición del semen, al depender del comienzo de la masturbación, constituía un indicador biológico afectado por poderosos factores culturales y de la personalidad. Desconocemos en qué medida el fuerte efecto de la eyaculación masculina tardía sobre el autoconcepto a los 19-21 años (aunque no en la adolescencia) se explica por la edad de aparición de los cambios puberales o por las características psicológicas asociadas a una masturbación temprana versus tardía.

A diferencia de los muchachos, a medida que las chicas argentinas avanzaban en edad, los efectos psicológicos negativos de la pubertad temprana tendían a diluirse en lugar de mantenerse, como sucede en los Estados Unidos.

## CAPÍTULO 3

### *El sí mismo adolescente*

Aunque los cambios en la manera en que las personas se perciben y sienten respecto de sí mismas ocurren a lo largo de toda la vida, es en la adolescencia cuando el tema resulta de particular relevancia ya que importantes transformaciones biológicas, cognitivas y sociales le suceden a un joven que dispone, ahora, de la capacidad intelectual para ser más consciente de ellas (Steinberg, 1999).

El interés por el estudio del sí mismo, desestimado durante el auge teórico del conductismo radical, resurgió en la década del sesenta al producirse en psicología la llamada “revolución cognitiva”. A partir de allí, diferentes modelos y marcos teóricos han enfatizado uno u otro aspecto de este constructo.

En el caso del sí mismo adolescente, existen tres líneas diferentes de investigación:

- La primera se concentra en la autoestima (cuán positiva o negativamente se percibe a sí mismo).
- La segunda, en los cambios del autoconcepto, esto es, en las ideas que el joven tiene de sus rasgos y atributos (Harter, 1999).
- La tercera, en el desarrollo de la identidad (el sentido de quién es uno, de dónde viene y hacia adónde va).

El presente capítulo incluye información relativa a la autoestima y el autoconcepto, pero sólo se refiere a algunos aspectos de la formación de la identidad (objetivos de vida, sí mismo ideal, definición del éxito personal).

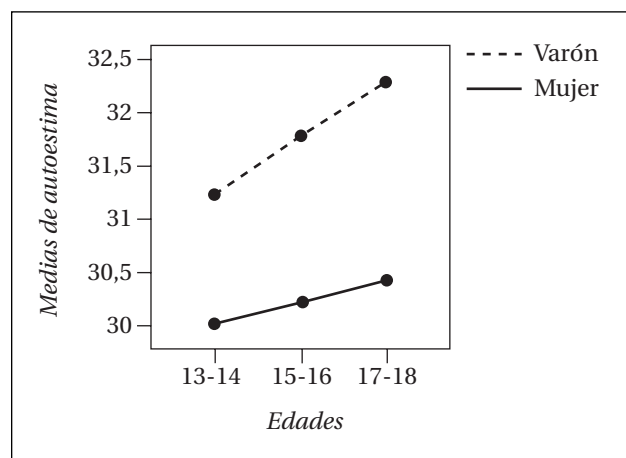


## Autoestima global, edad y género

La autoestima global –la evaluación general del propio valor como persona– constituye una dimensión relevante del sí mismo debido a sus importantes efectos sobre el bienestar psicológico y la salud mental de los individuos. Como ha sido estudiada extensamente en los países del primer mundo, pero muy poco en la Argentina, se aplicó la Escala de Autoestima Global de Rosenberg (ver Apéndice 1) a la Generación 1 en tres oportunidades a lo largo de la adolescencia y a la Generación 2, en dos ocasiones. Este último grupo, a los 17-18 completó la escala Autoestima Global del Perfil de Autopercepción de Harter (ver Apéndice 1).

Como puede observarse en el gráfico 3.1, los muchachos de la Generación 1 disfrutaban de una mayor autoestima que las chicas, tanto a los 13-14 como en las edades subsiguientes. En ellos, al igual que en los Estados Unidos, la satisfacción con la propia persona mejoraba ligeramente a lo largo de la adolescencia. Esto no sucedía en el caso de las mujeres argentinas.

GRÁFICO 3.1: Trayectorias de autoestima global en los nacidos en 1974-75 según género



Aunque en general los sujetos de alta, media o baja autoestima tendían a conservar su posición a través del tiempo, el porcentaje de quienes empeoraban o mejoraban a este respecto era también considerable.

En los adolescentes nacidos diez años después, la brecha entre los géneros no había disminuido, aunque ahora también en las mujeres el nivel de satisfacción consigo mismas subía ligeramente hacia los 17-18.

## Autoestima global y apariencia física

La identidad del género es un componente central de la identidad, que se desarrolla temprano en la niñez y está inextricablemente relacionado con las expectativas que cada cultura tiene sobre el rol sexual. Feminidad o masculinidad es el grado en que un individuo posee las características del rol sexual estereotípico, esto es, la apariencia, conductas y actitudes que su cultura considera adecuadas para dicho rol.

En Occidente se espera que las mujeres estén más orientadas a lo interpersonal que los hombres y se considera a la belleza un aspecto central de la feminidad (Striegel Moore, 1993). Las mujeres incluyen sus relaciones significativas en la definición de sí mismas y se preocupan por los sentimientos y el bienestar de los otros en mayor medida que los hombres. Están más interesadas en obtener aprobación social y en evitar la desaprobación y son más propensas a experimentar emociones ligadas a la presentación social del sí mismo, tales como vergüenza e incomodidad. Si estas diferencias son resultado de la distinta educación o producto de factores biológicos, es un tema que continúa siendo objeto de considerable investigación. La conexión con los otros –dice Striegel Moore– es un contexto primario para el crecimiento de las mujeres a lo largo de toda su vida y el sentimiento básico del propio valor está fuertemente vinculado con su habilidad para establecer relaciones mutuamente empáticas e igualitarias. Por todo esto, las mujeres son muy vulnerables a lo que los otros piensan de ellas y a las conductas que tienen para con ellas. El

fracaso en encontrar mutualidad y comprensión en una relación representa un desafío para su identidad y les produce emociones desagradables tales como culpa y baja autoestima.

En nuestra cultura, el atractivo físico contribuye al éxito social. Los hombres y las mujeres de buena apariencia son más sociables, más habilidosos socialmente y la belleza recibe un trato diferencial por parte de los demás. Si bien ambos géneros se benefician siendo atractivos, la belleza influye en mayor medida en la vida de las mujeres; por ejemplo, a los hombres les importa más la apariencia física de su pareja amorosa. Como la delgadez es un componente importante de cuán atractiva y deseable se perciba a una mujer, ellas hacen de su apariencia y peso una alta prioridad. Pero, lamentablemente, muchas no estarán a la altura de las estrictas normas estéticas en vigencia.

En las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y Europa del norte, la peor autoestima y la subsiguiente mayor depresión experimentada por las chicas a partir de los 13 ó 14 años se explica por el aumento, a partir de esa edad, de la identificación con el rol sexual femenino y de la insatisfacción con la apariencia física. En la temprana adolescencia, la intensificación de las presiones para que chicas y muchachos se comporten de acuerdo con el rol sexual estereotipado da como resultado que las chicas se identifiquen más fuertemente con el estereotipo femenino y los varones, con el masculino.

La extraordinaria importancia que Occidente otorga a la delgadez facilita la insatisfacción femenina con la apariencia: la grasa adquirida por las mujeres durante el desarrollo puberal las aleja del ideal del cuerpo prepuberal, mientras que la maduración coloca al muchacho más cerca del ideal masculino (mayor altura y músculos). Una pubertad temprana –que da al adolescente una apariencia física más madura ante padres y pares– acelera este proceso.

En la Argentina, a diferencia de lo que ocurría en los Estados Unidos, en las chicas de la Generación 1 la satisfacción con el peso o con la estatura o con la apariencia física en general no correlacionaba con la autoestima global. Sólo a los 17-18 se detectaba

una modesta asociación entre mejor evaluación del aspecto y mayor satisfacción consigo mismas.

En los varones de la Generación 1, en cambio, al igual que en los muchachos del primer mundo, la autoestima global correlacionaba con la aceptación de la apariencia física –a lo largo de toda la adolescencia– y del peso y la estatura –a los 17-18 años–.

Como puede constatar en la tabla 3.1, un marcado cambio histórico se produjo en sólo diez años: la insatisfacción con el aspecto físico era mucho mayor en la generación 1984-85 que en la anterior. Los varones se habían vuelto más críticos con su apariencia ya a los 13-14 y no recién a los 15-16 como ocurría antes. En las chicas, la caída afectaba no sólo al comienzo, sino también a las etapas media y final de la adolescencia. La brecha entre los géneros se había agrandado, en lugar de disminuir, en comparación con la generación anterior.

TABLA 3.1: Satisfacción con el aspecto físico según generación, edad y género

Aspecto físico	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
<i>Generación: Nacidos en 1974-75</i>						
Muy linda/o-Linda/o	72%	55%	56%	39%	52%	40%
<i>Generación: Nacidos en 1984-85</i>						
Buen aspecto físico	47%	19%	50%	24%	59%	21%
Algunas cosas feas	48%	68%	47%	60%	40%	69%
Feo/fea	5%	13%	3%	16%	1%	10%

Cuando a los 17-18 se utilizó, además, la escala Apariencia Física del Perfil de Autopercepción de Harter para adolescentes, la menor satisfacción de las mujeres se hizo otra vez evidente.

A lo largo de la adolescencia, los muchachos de la Generación 2 se iban sintiendo algo más lindos, mientras que las chicas no mejoraban su evaluación.

Otro importante cambio histórico se detectó en las mujeres de la Generación 2: a diferencia de la Generación 1, la satisfacción con la apariencia física se relacionaba ahora con el valor asignado a la propia persona, tanto a los 13-14 como a los 15-16 y 17-18; se habían vuelto semejantes a las de los Estados Unidos y otros países.

Es probable que este cambio, como la menor satisfacción con el aspecto físico arriba mencionada, se deba a la globalización creciente de las pautas culturales estadounidenses.

En los varones la satisfacción con la apariencia física y la autoestima también se relacionaban contemporáneamente, pero sólo en ellos la conformidad con el propio aspecto a los 13-14 predecía el valor asignado a la propia persona cuatro años después, con mayor eficacia que el nivel de autoestima que ostentaban en los comienzos de la adolescencia.

El aspecto físico, entonces, parecía influir de manera más contundente en la autoestima masculina que en la femenina (sobre todo en la Generación 1), al contrario de lo que sucede en los Estados Unidos y Europa septentrional. En conformidad con el rol masculino estereotipado, la fuerza y la altura eran los criterios que nuestros varones más tenían en cuenta al evaluar su apariencia.

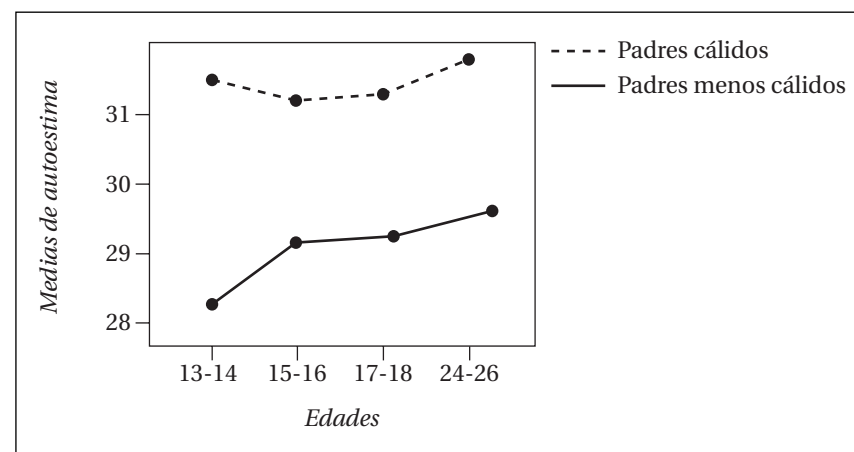
### Autoestima global y vínculos

En los países del primer mundo se sabe que, mientras la autoestima masculina se ve especialmente perjudicada cuando los padres otorgan poca autonomía al adolescente, la de las chicas se ve afectada, en cambio, por el grado de apoyo y calidez de los progenitores (Noller y Callan, 1991).

Así sucedía también en la Argentina donde, como puede observarse en el gráfico 3.2, las chicas que a los 13-14 pensaban que sus padres eran muy cálidos con ellas –relación muy buena y sentirse comprendidas casi siempre o siempre– tenían una mejor

autoestima global no sólo a dicha edad sino también dos, cuatro y once años después, en comparación con las que no los veían de esta manera. La diferencia entre ambos grupos no había desaparecido ni siquiera en la adultez.

GRÁFICO 3.2: Trayectorias de autoestima global según calidez de los padres a los 13-14 en mujeres nacidas en 1974-74



En el caso de los varones, aunque en las tres edades la calidez parental se asociaba contemporáneamente con la autoestima, no ejercía efectos posteriores sobre la satisfacción con ellos mismos, como sucedía en el caso de las mujeres.

En varones y mujeres de la Generación 2 el impacto de la calidez de los padres a los 13-14 sobre los niveles de autoestima global (contemporánea y posterior) fue prácticamente el mismo que el encontrado en la generación anterior. La importancia del vínculo parental para la autoestima femenina no había, entonces, disminuido.

En consonancia con lo postulado por la hipótesis que a mayor conformidad con el estereotipo femenino tradicional, peor autoestima, las chicas de la Generación 1 que a los 13-14 deseaban noviar con un solo muchacho a lo largo de la adolescencia –en lugar de considerar a esta edad una etapa de experimentación

respecto a la pareja amorosa— tenían peor autoestima que las que pensaban de otra manera.

## Autoconcepto

Susan Harter (1988, 1999), considerada la teórica e investigadora más importante del mundo en el área del autoconcepto, diseñó el Perfil de Autopercepción para Adolescentes (ver Apéndice 1), una extensión del Perfil de Autopercepción para Niños que creara en 1985. La versión infantil incluía juicios de adecuación o competencia en cinco dominios separados (competencia escolar, deportiva, apariencia física, aceptación social y buen comportamiento), como asimismo una escala de autoestima global constituida por un conjunto de preguntas y no por el promedio de la autoestima en áreas específicas, como hacían hasta el momento otros inventarios.

Las investigaciones de Harter a lo largo de la década del ochenta habían comprobado que los niños discriminan esas cinco áreas de su vida e informan niveles de adecuación diferentes según el dominio de que se trate. Lo mismo sucedía en los adolescentes los cuales, además de evaluarse en los cinco dominios antedichos, lo hacían también en amistad íntima, atractivo amoroso y competencia laboral. Es que a partir de la temprana adolescencia, la habilidad para hacer y mantener amistades íntimas, como también el interés por atraer a ciertos pares para mantener un vínculo amoroso, se vuelven relevantes. Además, en los Estados Unidos muchos jóvenes comienzan a desempeñarse en trabajos pagos a tiempo parcial, cosa que no ocurre tan frecuentemente en nuestro medio.

Cuando se aplicó esta prueba a los adolescentes de 17-18 de la Generación 2, las diferencias en el perfil de uno y otro género resultaron importantes. Como puede observarse en el gráfico 3.3, los varones se mostraban significativamente más satisfechos que las chicas con su apariencia física, competencia deportiva, atractivo amoroso, autoestima global, aceptación social y competencia escolar, en orden descendente de importancia.

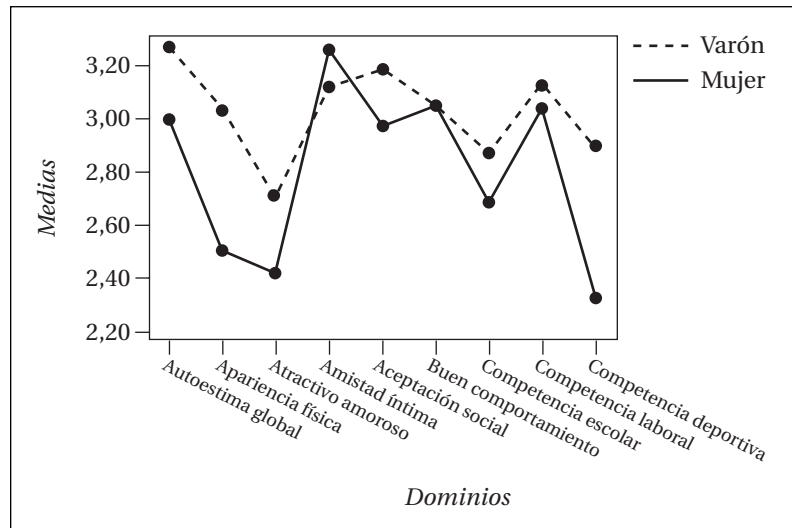
Las diferencias entre ambos géneros eran mucho mayores que las halladas por Harter en los Estados Unidos, país donde las mujeres se percibían menos competentes que los muchachos sólo en apariencia física y en deportes, aunque la brecha era menor que la encontrada en la Argentina. Por otra parte, los estadounidenses superaban a los varones en el grado de satisfacción con su buen comportamiento.

El autoconcepto de las mujeres argentinas fue también más negativo que el encontrado por Wichstrom (1998) en Noruega. Las noruegas de 17-18 se calificaban peor que los varones en autoestima global, apariencia física, competencia deportiva y atractivo amoroso, pero las desventajas en los dos últimos dominios eran menores que en la Argentina. Además, en Noruega no existían diferencias entre los géneros en competencia escolar ni en aceptación social y las mujeres se percibían más adecuadas en amistad íntima.

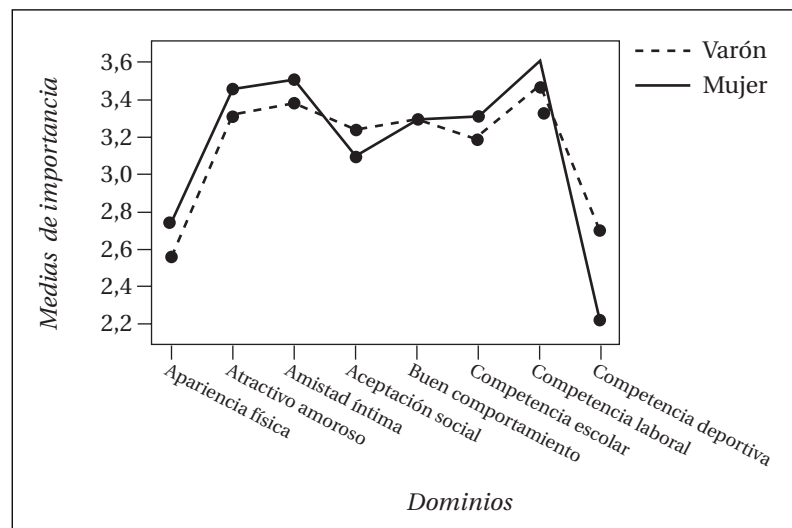
En Argentina, al igual que en los Estados Unidos, varios países de Europa y Japón, la apariencia física era el dominio con mayor impacto sobre la autoestima global contemporánea de los adolescentes de ambos géneros. En el caso de las mujeres, el buen comportamiento, la aceptación social y el atractivo amoroso y en el caso de los varones la buena conducta, el atractivo amoroso y la competencia escolar, constituían los otros factores que, en orden decreciente de importancia, precedían la autoestima global. Lo mismo que en dichos países, la competencia deportiva era el dominio de menor incidencia.

Se les preguntó a los adolescentes argentinos cuál era la importancia que otorgaban a cada uno de los ocho dominios del autoconcepto evaluados por el Perfil de Autopercepción. Una media 1-2 indicaba poca importancia; 3, bastante y 4, mucha. Como puede observarse en el gráfico 3.4, los perfiles eran muy semejantes en ambos géneros, con excepción de la competencia deportiva. Varones y mujeres consideraban al área laboral la más importante, seguida por el atractivo amoroso y la amistad íntima —que compartían un segundo puesto— y por la competencia escolar, el buen comportamiento y la aceptación social —que empataban en el tercero—. Para chicas y chicos la apariencia física y la competencia deportiva constituían los dominios menos valorados.

**GRÁFICO 3.3: Autoconcepto en los nacidos en 1984-85 a los 17-18 años según género**

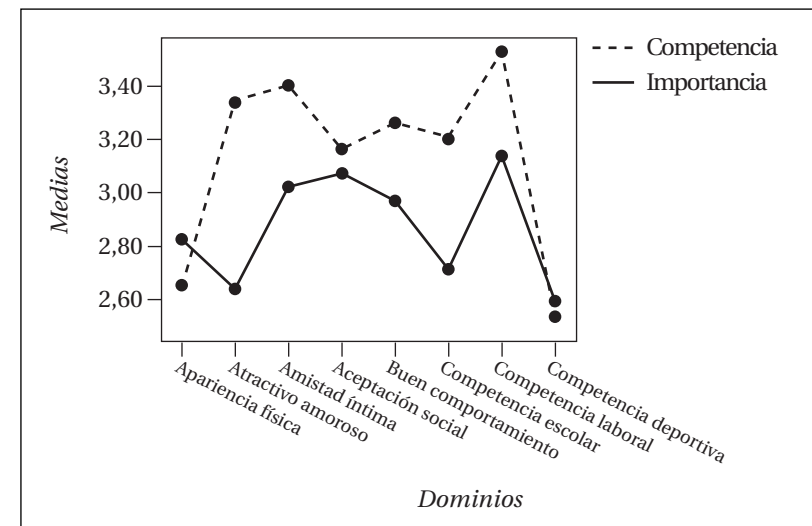


**GRÁFICO 3.4: Importancia de los dominios del autoconcepto en los nacidos en 1984-85 a los 17-18 años según género**



En el gráfico 3.5 se compararon los promedios de competencia y de importancia asignados a cada dominio del autoconcepto. Las mayores discrepancias se produjeron en atractivo amoroso y, en segundo lugar, en competencia escolar. Las menores, en competencia deportiva, aceptación social y aspecto físico. En los varones, la satisfacción con su apariencia era mayor que el grado de importancia que le asignaban, mientras en las chicas sucedía lo contrario.

**GRÁFICO 3.5: Competencia versus importancia de cada dominio del autoconcepto en los nacidos en 1984-85 a los 17-18 años**



La investigación sobre autoestima predice que si una persona se ve poco competente en un área de la vida a la cual concede mucha importancia, el impacto de esta discrepancia sobre su autoestima global será máximo mientras que si esto sucede en un área que no le resulta relevante, el impacto será mínimo. Si los adolescentes argentinos no estaban muy satisfechos con su apariencia física y la consideraban un área poco importante ¿cómo se explica que, al igual que en otros países, éste fuera el dominio más relacionado con la autoestima global? Parecería que, aunque los

chicas y chicos argentinos sostenían normas culturales según las cuales la belleza no debe ser el principal valor a la hora de evaluar a un ser humano, en realidad la tenían muy en cuenta a la hora de juzgarse a sí mismos.

## Objetivos de vida

Como ya se dijo, una línea de investigación respecto al sí mismo adolescente es la que explora el desarrollo de la identidad, esto es, el sentido de quién es uno, de dónde viene y hacia adónde va. Estos temas han sido escasamente investigados en Argentina y los trabajos de la psicóloga Piccini Vega (2004) sobre el desarrollo del yo en muestras transversales de adolescentes, utilizando el Test de Completamiento de Frases de Jane Loevinger, constituyen una excepción.

En el resto del capítulo se presenta información referente a qué objetivos de vida deseaban alcanzar los chicos y chicas argentinos, cómo veían su futuro personal y cómo definían la adultez exitosa.

El proceso de autodefinition consiste en establecer objetivos personales, desarrollar planes para alcanzarlos y evaluar si se los está logrando; el autoconcepto es una resultante de este proceso de autodefinition. Los adolescentes construyen su propio futuro a partir de las distintas posibilidades que les provee su contexto cultural. Las expectativas que la sociedad tiene con relación a los logros que deben conseguirse en las diferentes edades y la manera en que se organizan la educación y el trabajo, crean rutas predecibles y socialmente reconocidas para las vidas humanas (Nurmi, 2004).

Todos tenemos una imagen ideal de nosotros mismos, de lo que nos gustaría ser o llegar a ser. Este “yo ideal” se forma a través de la identificación con determinadas personas y va cambiando con el desarrollo a medida que se adquieren más experiencias. El niño se identifica con los padres y otras personas cercanas pero, más tarde, al ampliarse el círculo de aquéllos con quienes entra en contacto, también incluye personajes lejanos

como los históricos y los de ficción, sobre todo los conocidos a través de los medios de comunicación masiva.

Para conocer los objetivos personales de los adolescentes de nuestro país se le solicitó a la Generación 1 una breve redacción sobre “La persona que me gustaría ser en la edad adulta”. En una página debían referirse a la edad, carácter, aspecto físico, ocupación y recreación de esa persona y, si querían parecerse a alguien en especial, aclarar de quién se trataba.

La investigación realizada por Havighurst y colaboradores (1963) en los Estados Unidos, Nueva Zelanda y la Argentina indicó que las identificaciones progresan claramente desde figuras específicas (padre, madre, adultos fascinantes o atractivos), hasta un personaje abstracto compuesto con rasgos pertenecientes a distintas personas con las que el adolescente puede o no tener contacto.

Las categorías empleadas para clasificar los datos fueron las utilizadas por Havighurst: padres; equivalentes de los padres (maestros, sacerdotes, tíos); adultos atractivos conocidos por el adolescente (hermanos o amigos mayores, tíos jóvenes, etcétera); pares (amigos o parejas de aproximadamente la misma edad); adultos fascinantes de fama efímera (deportistas como Maradona, Monzón, Schwarzenegger; músicos populares como Alejandro Lerner; figuras de la televisión y del cine como Susana Giménez, distintos modelos, Ricardo Darín, Paul Newman, etcétera); héroes de fama probada a través del tiempo como Einstein; santos y otras figuras religiosas (Virgen María, Juan Pablo II); una ocupación como única referencia notable (veterinario, maestra jardinera, profesora de educación física, etcétera) y caracteres compuestos. También hubo un grupo de respuestas inclasificables en las cuales el joven se negaba a contestar por su rechazo a parecerse a nadie que no fuera él mismo o por considerar que su sí mismo ideal era el actual.

Pese a los más de veinticinco años transcurridos desde que Havighurst estudiara a los adolescentes de 13 y 16 en Buenos Aires, las semejanzas entre las respuestas de su muestra y las de Paraná fueron mayores que las diferencias. Un porcentaje similar progresaba con la edad desde la identificación con los padres o



con personajes atractivos o fascinantes hasta la identificación con un personaje abstracto lo cual indicaba, según Havighurst, un mayor grado de madurez.

TABLA 3.2: *Persona que le gustaría ser cuando adulto/a a los nacidos en 1974-75 según edad y género*

Persona	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Padres	12%	11%	11%	4%	6%	5%
Sustitutos paternos	6%	4%	3%	1%	2%	0%
Adultos atractivos	1%	4%	1%	3%	0%	1%
Pares	2%	2%	1%	3%	0%	0%
Héroes	0%	0%	2%	0%	0%	0%
Santos	0%	2%	1%	1%	2%	2%
Ocupación	8%	8%	0%	9%	7%	4%
Adultos fascinantes	12%	12%	9%	8%	3%	2%
Caracteres compuestos	57%	55%	63%	71%	72%	82%
Inclasificables	2%	1%	7%	0%	7%	4%
N	92	83	91	82	91	82

En la década del 60 los adolescentes de Buenos Aires habían sido mucho más precoces que los de Chicago en cuanto a tener como ideal una figura compuesta, en lugar de querer parecerse a alguien en particular.

Al comparar los jóvenes argentinos actuales (ver tabla 3.2) con los de la década del 60, al comienzo de la adolescencia los padres eran mencionados por una minoría muy semejante; los adultos atractivos bajaban en frecuencia de 26% a 2% y los adultos fascinantes de fama efímera ascendían de 2% a 12%. Pese al enorme incremento de la influencia de los medios de comunicación masiva ocurrido en nuestro país entre 1961 y 1988, que las estrellas populares crecieran tan poco como figuras con las cuales identificarse, puede interpretarse como un positivo indicador de la sensatez de nuestros jóvenes.

Al igual que en Buenos Aires y Chicago en 1961, también en Paraná quienes mencionaban un personaje compuesto pertenecían a un nivel socioeconómico promedio más alto, tanto a los 13-14 como a los 15-16. Como postulara Havighurst, los que brindaban este tipo de respuesta eran más maduros: menos fantasiosos a los 13-14 (no preferían imaginar en lugar de hacer; no se consideraban “soñadores” ni soñaban despiertos buena parte del día) y menos variables respecto a la idea que tenían de sí mismos a los 15-16, en comparación con quienes querían parecerse a otra persona en el futuro.

En la viñeta clínica 3.1 se presentan las respuestas que cuatro adolescentes brindaron a la edad de 13-14 y dos y cuatro años después. La redacción no se ha corregido.

#### VIÑETA CLÍNICA 3.1:

*“La persona que me gustaría ser en la edad adulta”*

##### **Mujer de 14 años, nivel socioeconómico bajo**

“Me gustaría ser una persona con un carácter más suave, estatura media, con muchos amigos, más de los que tengo ahora, y poder viajar. En aspecto físico, no cambiarlo demasiado”.

A los 16 años

“De carácter siempre el mismo, buen humor. Aspecto físico agradable y sin problemas de salud. Mi ocupación odontóloga y mecánica dental. Tener el día bien desarrollado con respecto al trabajo y al tiempo libre. Tener momentos libres para hacer alguna clase de deporte o ejercicio”.

A los 18 años

“Me gustaría seguir siendo como soy. Con respecto a la edad, pasando los 40 años no aparentarlo pero sin cirugías sino con gimnasia. Con una gran familia y compinche de mis hijos”.

##### **Mujer, 13 años, clase media baja**

“Me gustaría ser como mi papá y mi mamá bueno lo que pasa es que los dos son geniales, aclarando esta situación diría que me gustaría ser tranquila, inteligente, graciosa, en fin tener un poco de cada cosa. A los 28 años casarme,

(continuación)

formar un hogar bien constituido, tener un marido envidiable. Pero anteriormente terminar la universidad y disfrutar de mi juventud. Me gustaría ser de estatura mediana, tener un cuerpo hermoso (aunque ya lo tengo), el cabello ondulado hasta los hombros, en fin tener algo llamativo y a la vez discreto. Me gustaría ser arquitecta, arqueóloga, astronauta, piloto, todo lo que se refiere a la aventura, a mí me gustaría ser maestra y enseñar a niños que no tienen posibilidades de estudiar, ya sea por su ubicación o por otros motivos”.

A los 15 años

“La verdad es que nunca lo he pensado, quizás seré médica forense, quizás monja, astronauta, no sé; creo que aún no es tiempo de preocuparme. Con respecto al aspecto físico, me gustaría seguir como ahora delgada, alta, en fin. Me gustaría alcanzar alguna de estas carreras u otras aproximadamente a los 23 años”.

A los 17 años

“Mirá, me parece una estupidez imaginar cómo me gustaría ser, me acepto como soy, y no me hago el mate con eso de que me gustaría ser como...o me encantaría tener el cuerpo de... Con respecto a la ocupación me gustaría ser instrumentista, y lo voy a hacer”.

#### **Varón, 13 años, nivel socioeconómico bajo**

“Me gustaría ser cuando sea grande médico. Bueno acerca de la edad no sé qué puedo decir y del carácter tampoco. Me gustaría ser una persona que yo conozco que es de buen carácter, es un buen amigo y se preocupa mucho por sus padres”.

A los 15 años

“Cuando sea grande quisiera seguir la carrera de medicina; me gustaría ser un gran médico, carácter fuerte y un aspecto físico bueno, no obeso sino normal y no quiero parecerme a ninguna persona en especial porque yo soy yo pero me gustaría tener las ideas, la personalidad de Albert Einstein”.

A los 17 años

“Me gustaría ser como yo soy. Cuando sea adulto quisiera ser médico, especialista en cardiología, recibirme a los 27 años aproximadamente y de carácter muy fuerte”.

(continuación)

#### **Varón, 13 años, nivel socioeconómico medio**

“Me gustaría ser una persona honrada y trabajadora. Tener buen carácter, mantenerme joven y vital. Mantenerme bien físicamente, poder jugar y practicar algún deporte los fines de semana. Ser alguien importante dentro de mi especialidad”.

A los 15 años

“Me gustaría ser una persona alegre, de buen carácter, gozar de buena salud, andar bien en mi deporte (gozar de un buen estado físico), lucir joven, tener un trabajo estable y bien recompensado, ser honesto, importante, llevarme bien con mi pareja, tener hijos fuertes y sanos, conservar a mis padres, tener tiempo para salir y verme con mis amigos. Me gustaría, finalmente, conocer Disneyworld y recorrer Europa. Me gustaría que el país se encontrara en un buen momento tanto política, social, como económicamente”.

A los 17 años

“Me gustaría ser una persona culta, tranquila, agradable, encontrarme muy bien físicamente, practicar deportes hasta muy alta edad. Tener una familia hermosa, y convivir sin ningún tipo de problemas. Me gustaría también trabajar de contador, y administrar alguna empresa, vivir bien económicamente, y tener tiempo para disfrutar mi familia”.

TABLA 3.3: *Lo más importante en la vida de los nacidos en 1974-75 según edad*

“Lo más importante...”	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Mi familia	52%	45%	43%
Mi futuro	15%	27%	21%
Mis amigos	6%	10%	12%
Mi noviazgo	4%	3%	4%
Mi vida escolar	9%	5%	8%
Mi religión	7%	4%	4%
Mi Patria	4%	1%	4%
Mis ideas políticas	0%	1%	1%
Mis diversiones o deportes	3%	4%	3%
N	175	171	171



Cuando se les presentó a los adolescentes una lista de nueve alternativas entre las cuales elegir qué consideraban lo más importante de sus vidas, el porcentaje que optó por su futuro personal se incrementaba a mediados de la adolescencia, aunque sin superar nunca a la familia. Como puede observarse en la tabla 3.3, los adolescentes que optaban por las otras alternativas constituían una minoría nunca superior al 12%.

### Optimismo sobre el futuro personal

El optimismo puede definirse como la expectativa de que cosas buenas sucederán, incluso ante la presencia de dificultades; esta confianza genera sentimientos positivos, mientras que esperar resultados negativos se acompaña de ansiedad, tristeza y otras emociones negativas.

La gran mayoría de nuestros adolescentes eran optimistas respecto a su futuro personal. En claro apoyo a la importancia de los factores psicológicos por sobre los relativos al contexto económico y político, los de 17-18 que respondían en 2002 –en medio de la peor crisis económica e institucional del último siglo en la Argentina– eran más y no menos optimistas que los de la misma edad diez años antes, cuando las circunstancias argentinas –aunque difíciles– eran más favorables que las de 2002. El 48% se consideraba optimista o muy optimista; 40% afirmaba que, aunque se presentaran obstáculos, igualmente alcanzaría sus metas y sólo 8% percibía su futuro con preocupación y 3%, con pesimismo. Como también sucede en otros países, las chicas se mostraban algo menos esperanzadas que los muchachos.

Estos resultados de ninguna manera deben interpretarse como una prueba de que los adolescentes ignoraban la situación del país. Como se verá en el capítulo 9, las dos generaciones aquí estudiadas demostraron conocer que la Argentina es una nación empobrecida y en crisis.

Los jóvenes de 17-18 de Río Gallegos y de la ciudad de Buenos Aires se mostraban, en 2002, tan esperanzados como los de

Paraná. En las mujeres, el nivel de optimismo se relacionaba con cuán competentes se percibían para el aprendizaje escolar y con su buen ánimo (a menor depresión, mayor esperanza); en los varones, con el nivel de ánimo y con cuán capaces se consideraban en la escuela y en los deportes.

En la Generación 1 los adolescentes más optimistas con respecto a su futuro personal evidenciaban mejores niveles de autoestima y estado de ánimo a la edad 24-26.

En mayo de 2002, en plena crisis, dos tercios de los jóvenes de 17-18 deseaban vivir cuando fueran adultos en la ciudad a la que pertenecían, Paraná; 16% preferían un lugar distinto en la Argentina (Córdoba, Buenos Aires o el sur, en la mitad de los casos) y sólo 17%, en un país extranjero. Un tercio de quienes planeaban emigrar pensaban en los Estados Unidos y otro tercio, en Italia o España por igual.

Estos proyectos no diferían según el género ni el nivel económico-social de la familia ni el grado de optimismo con respecto al futuro personal. Tampoco quienes planeaban emigrar tenían una percepción más negativa de la relación con ambos padres. Sin embargo, su imagen de la Argentina era peor y la de los Estados Unidos más favorable, en comparación con quienes deseaban permanecer en el país.

En Río Gallegos, más jóvenes querían mudarse en el futuro a un lugar distinto de la Argentina; pero los que pensaban emigrar constituían un porcentaje muy similar al de Paraná.

### ¿Qué es tener éxito en la vida?

Havighurst (1951) introdujo el concepto “tareas del desarrollo” para describir cómo los contextos en los cuales crecen las personas están graduados según la edad. Las definió como expectativas y requerimientos normativos que las sociedades tienen con respecto a qué debe lograrse y a qué edad. Su exitosa consecución –decía Havighurst– conduce a la felicidad y al logro de las tareas evolutivas posteriores, mientras que fracasar en ellas implica la infelicidad del individuo, la desaprobación de la sociedad y mayor dificultad para resolver las posteriores.

Estos requerimientos normativos difieren según la etapa de la vida. Por ejemplo, lograr relaciones maduras con los pares, formar una identidad del rol sexual, prepararse para el matrimonio y la vida familiar, lograr independencia emocional respecto de los padres y capacitarse para una carrera laboral –lo cual incluye planear la educación– son algunas de las tareas del desarrollo propias de la adolescencia. Las de la adultez joven comprenden encontrar una ocupación, seleccionar una pareja con la cual comenzar una familia propia, criar los hijos, encontrar un grupo social afín y asumir una responsabilidad cívica. Las tareas del desarrollo también incluyen creencias acerca de qué constituye una manera apropiada o inapropiada de manejar una tarea específica.

A la Generación 1 se le preguntó qué se necesitaba para tener éxito en la vida. Se les permitía optar por dos de las nueve alternativas ofrecidas. La tabla 3.4 muestra los resultados ordenados según los porcentajes de adhesión.

A lo largo de la adolescencia, un altísimo porcentaje de jóvenes adherían a estrategias moralmente valiosas para el logro del éxito: capacidad, laboriosidad, honestidad. Sólo una pequeña minoría pensaba que tener dinero, acomodo o ser deshonesto eran métodos efectivos.

La importancia de la honestidad, más considerada por las chicas que por los muchachos (70% versus 41% a los 13-14 y 63% versus 45% a los 15-16) descendía en cierta medida a los 17-18, edad en la cual se incrementaba la mención de la audacia como factor de éxito.

Cuando estos mismos jóvenes respondieron a la pregunta abierta “Una persona con éxito en la vida es la que ha logrado...”, a los 13-14 los varones enfatizaron tener estudios o un título (29%) y las chicas los logros morales, el estudio y el formar una familia (33%, 20% y 18%, respectivamente). En las edades subsiguientes disminuía la importancia del estudio y aumentaba marcadamente una visión individualista: el éxito radica en que cada uno logre los sueños u objetivos que se propuso. En los varones de 15-16 este criterio empataba con constituir una familia (24%) y en las chicas, con familia y logros morales (alrededor de 25%).

A los 17-18, alcanzar los propios objetivos era la categoría más nombrada por ambos géneros (cerca de 30%), seguida en los chicos por constituir una familia (23%) y en las chicas por familia (25%) y moral (25%). A lo largo de la adolescencia, las referencias a la moral –siempre más frecuentes en las mujeres– no aumentaron ni disminuyeron.

TABLA 3.4: “Para tener éxito en la vida se necesita...”  
en los nacidos en 1974-75 según edad\*

Causas del éxito	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Honestidad	55%	54%	43%
Capacidad	52%	58%	57%
Laboriosidad	45%	47%	42%
Suerte	27%	14%	20%
Audacia	7%	17%	21%
Dinero	3%	3%	6%
Acomodo	0%	2%	6%
Deshonestidad	0%	1%	1%
Otra	0%	1%	2%
N	175	171	171

Al definir un adulto exitoso, los adolescentes argentinos tenían muy en cuenta que éste cumpliera con las tareas del desarrollo que la sociedad espera de un adulto joven, tales como encontrar una ocupación y constituir una familia. Pero incluían, además, los logros morales y el respeto por la individualidad (cada uno quiere realizar sus propios sueños y alcanzar sus propias metas). La fama y los logros económicos destacados fueron mencionados por 10% o menos en las distintas edades.

\* Como podían elegirse dos alternativas, los porcentajes suman más de 100.

VIÑETA CLÍNICA 3.2:

*“Una persona con éxito en la vida es la que ha logrado...”*

**Mujer, nivel socioeconómico bajo**

A los 14, “Ser la más querida”.

A los 16, “Romper la barrera del ‘no puedo’ y luchar por lo que quiere”.

A los 18, “Lo que se ha propuesto, siempre que lo haga con honestidad y esfuerzo”.

**Varón, nivel socioeconómico bajo**

A los 13, “Tener un buen trabajo”.

A los 15, “Tener un matrimonio y una vida feliz”.

A los 17, “Formar una buena familia, con un trabajo fijo, sin problemas con nadie y siempre obedeciendo a Dios”.

**Mujer, nivel socioeconómico medio-alto**

A los 13, “Obtener un título, amigos, un hogar feliz”.

A los 15, “Estudiar, perfeccionarse moralmente”.

A los 17, “Ser buena persona, constituir una familia y realizar sus sueños a través del esfuerzo”.

**Varón, nivel socioeconómico medio-alto**

A los 14, “Superarse y reconocer sus errores”.

A los 16, “Ganarse el éxito con mucho trabajo”.

A los 18, “Haber realizado sus sueños”.

## CAPÍTULO 4

### *El adolescente y la familia*

Las familias han experimentado grandes cambios en los últimos cincuenta años: mayor tasa de divorcio y de segundas uniones, mayor porcentaje de madres que trabajan, menor número de hermanos, menor presencia de abuelos y otros miembros de la familia extensa en el hogar. Los apocalípticos de siempre han hablado de la destrucción de la familia y de los terribles efectos perjudiciales que estos cambios generarían en los hijos. Sin embargo, gran cantidad de investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y el norte de Europa indican que la familia continúa siendo una influencia extremadamente importante en el desarrollo de los adolescentes y que, más allá de ser criado por uno o dos padres, tener relaciones familiares cálidas y positivas es una de las influencias más poderosas para lograr un desarrollo psicosocial saludable durante la adolescencia.

La investigación científica ha demostrado que el conflicto o brecha generacional, de la que tanto se habla, no existe al menos en lo que a cuestiones importantes se refiere. Si bien algunos tienen serios problemas, la inmensa mayoría de los adolescentes respetan mucho a sus padres como individuos; tienen en cuenta sus opiniones; se sienten amados y creen que sus progenitores se preocupan por ellos. Los problemas familiares no son más frecuentes en la adolescencia que en cualquiera otra etapa del ciclo vital (Steinberg, 1990).

Cuando se examinan las diferencias intergeneracionales en valores y actitudes, se encuentra poca evidencia de una brecha;

las discrepancias entre los adolescentes y sus padres surgen en cuestiones de preferencias personales (vestimenta, gustos musicales, uso del tiempo libre), áreas en las cuales es más probable que los jóvenes se vean influidos por sus pares.

En la Argentina ¿cómo perciben los adolescentes la relación que mantienen con padres y hermanos? Los padres ¿continúan siendo figuras muy importantes en sus vidas o amigos y parejas amorosas los han desplazado de su privilegiado primer lugar? Cuando tienen un problema ¿recurren a los padres o a los amigos? ¿Admiran todavía a sus padres y quieren parecerse a ellos o son las figuras del deporte y la farándula quienes figuran, ahora, al tope de su valoración? ¿La relación es tensa y conflictiva, como suelen afirmar los programas de televisión o la prensa escrita o las chispas saltan por pequeñeces de la vida cotidiana más que por temas relevantes? ¿Son violentos los hogares argentinos? ¿Es normal que los hermanos se peleen frecuentemente? ¿Cuál es el impacto del divorcio sobre los hijos adolescentes y adultos? ¿Cuál es el efecto, tanto contemporáneo como posterior, de las buenas o malas relaciones familiares sobre los problemas emocionales y de conducta, sobre la calidad de las relaciones interpersonales, sobre los logros educativos y ocupacionales?

Intentaremos responder a estas preguntas basándonos en los datos provenientes de las dos muestras longitudinales.

### Relación con los padres

Como puede observarse en las tablas 4.1 a 4.4, la gran mayoría de la segunda generación evaluó positivamente su vínculo con ambos progenitores, en igual medida que la generación anterior.

En lo que concierne a la madre, al combinar las respuestas a ambas preguntas, 60% de los de 13-14 expresaban alta satisfacción (la relación era muy buena y casi nunca o nunca se sentían incomprendidos por ella). Los muy insatisfechos sumaban sólo un 2%.

**TABLA 4.1:** *Relación con la madre en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Calidad	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Muy buena	73%	65%	66%	63%	61%	56,5%
Buena	23%	31%	31%	29%	33%	36%
Regular	3%	2%	2%	7%	5,5%	6%
Mala	0%	1%	0,5%	0,5%	0%	0,5%
Muy mala/inexistente	1%	1%	0,5%	0,5%	0,5%	1%
N	193	198	190	191	180	187

**TABLA 4.2:** *Incomprensión materna en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	49%	34%	37%	34%	31%	22%
Casi nunca	30%	33%	28%	28%	35%	38%
A veces	17%	24%	30%	28%	29%	28%
Casi siempre	1%	5%	4%	6%	4%	9%
Siempre	3%	4%	1%	4%	1%	3%
N	193	198	190	191	180	187

En los comienzos de la adolescencia las chicas eran algo más críticas con respecto a este vínculo, pero a partir de los 15-16 ambos géneros se igualaban. Como sucede con varios otros aspectos del desarrollo de las relaciones interpersonales, los varones demoraban uno o dos años más que las chicas en comenzar a superar la idealización de la madre. Aunque ambos géneros tendían a ser algo más críticos a medida que avanzaban en

edad, el grado de satisfacción permanecía alto hasta el final de la adolescencia.

La relación con el padre, aunque positiva para la gran mayoría, no resultaba tan incuestionable como el vínculo con la madre.

TABLA 4.3: *Relación con el padre en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Calidad	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Muy buena	64%	43%	51%	38%	52%	38%
Buena	23%	35%	35%	36%	34%	37%
Regular	6%	11%	7%	15%	8%	16%
Mala	2%	3%	1%	2%	1%	1%
Muy mala/inexistente	5%	8%	6%	9%	5%	8%
N	192	195	188	184	175	176

TABLA 4.4: *Incomprensión paterna en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	42%	29%	32%	25%	23%	15%
Casi nunca	25%	20%	26%	21%	36%	26%
A veces	23%	29%	30%	29%	30%	34%
Casi siempre	3%	7%	7%	10%	6%	12%
Siempre	7%	15%	5%	15%	5%	13%
N	192	195	188	184	175	176

Al combinar las respuestas a ambas preguntas, 58% de los varones y 40% de las chicas de 13-14 estaban muy satisfechos

con el padre (el vínculo era muy bueno y se sentían comprendidos casi siempre o siempre) y 8% y 13%, respectivamente, muy insatisfechos (relación mala o muy mala e incomprensidos casi siempre o siempre). Las mujeres eran sistemáticamente más críticas del padre y, al igual que con la madre, ambos géneros disminuían algo su satisfacción hacia el final de la adolescencia.

Sólo a los 17-18 se llevó a cabo un análisis más detallado del vínculo materno utilizando la Red de Relaciones Interpersonales de Furman (ver Apéndice 1).

El adolescente promedio consideró que había entre “poco o nada” y “algo” de interacciones negativas (conflicto, antagonismo); que intercambiaba confidencias con ella entre “algo” y “mucho”; que se sentía aprobado más que “mucho” y amado más que “muchísimo” y que su fe en la perdurabilidad de la relación, aunque eventualmente surgieran problemas, era más que “muchísima”.

Respecto al padre, el adolescente promedio consideró que había entre “poco o nada” y “algo” de interacciones negativas (conflicto, antagonismo); que intercambiaba confidencias con él entre “poco o nada” y “algo”; que se sentía aprobado más que “mucho” y amado, “muchísimo” y que su fe en la perdurabilidad de la relación, aunque eventualmente surgieran problemas, era “muchísima”.

Tener una relación problemática con la madre o con el padre o con ambos no era algo ni normal ni esperable durante la adolescencia, sino que implicaba consecuencias negativas para el desarrollo psicosocial, tanto contemporáneo, como dos y cuatro años después.

Como puede verse en las tablas 4.5 y 4.6, los menos satisfechos con uno u otro progenitor sufrían, concomitantemente, mayores problemas emocionales o internalizantes (baja autoestima, depresión, ansiedad) y de conducta o externalizantes (mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas, precocidad sexual). Las dificultades se experimentaban tanto a los 13-14 como a los 15-16 y 17-18, aunque con variaciones según el género del progenitor y del joven.

**TABLA 4.5:** *Problemas emocionales y de conducta en los nacidos en 1984-85 menos satisfechos con su relación con la madre, comparados con los más satisfechos según edad y género*

Edad	Muchachos	Chicas
13-14	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.
15-16	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial
17-18	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.	Menor autoestima, mayor depresión. Mayor conducta antisocial.

**TABLA 4.6:** *Problemas emocionales y de conducta en los nacidos en 1984-85 menos satisfechos con su relación con el padre, comparados con los más satisfechos según edad y género*

Edad	Muchachos	Chicas
13-14	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.
15-16	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad.

(continuación)

	Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.	Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.
17-18	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.

Los efectos perjudiciales contemporáneos de la insatisfacción en las relaciones con la madre eran de igual intensidad en chicas y muchachos. Pero una relación difícil con el padre afectaba en mayor medida a las hijas que a los hijos; en ellos el impacto disminuía a través de la adolescencia, mientras que en ellas se mantenía alto y constante.

La relación poco satisfactoria con uno u otro progenitor no producía sólo efectos simultáneos en el desarrollo psicosocial del hijo/a, sino que el impacto sufrido en una edad más temprana perduraba años después. En la tabla 4.7 se presentan las consecuencias de estar menos satisfecho respecto al vínculo con la madre o con el padre a los 13-14 sobre las trayectorias en problemas emocionales y de conducta a los 15-16 y a los 17-18, esto es, dos y cuatro años después.

Las dificultades con el padre a los 13-14 producían un costo mayor en la salud mental posterior que el generado por un vínculo insatisfactorio con la madre. Las chicas se veían más afectadas que los muchachos, al punto que el efecto estadísticamente más fuerte se observaba entre la relación con el padre, por un lado, y los problemas emocionales de la hija en los años subsiguientes, por el otro.

Al igual que en los Estados Unidos y el norte de Europa, también en la Argentina chicas y chicos se sentían más cercanos y compartían su intimidad en mayor medida con la madre que con el padre y la relación hija-padre era la más distante dentro de la familia. En el primer mundo todavía no se dispone de investigación empírica sobre las causas de este estado de cosas, como tampoco de la medida en que dicho distanciamiento "normal" afectaría el desarrollo de las hijas (Steinberg, 1999).

Aunque los trabajos extranjeros proporcionan sólida evidencia empírica concerniente al efecto del conflicto con los progenitores al comienzo de la adolescencia sobre el desarrollo de problemas emocionales –principalmente depresión– al final de dicha etapa o al comienzo de la edad adulta, no hemos encontrado referencias a que, como sucede en la Argentina, la mala relación con el padre colocara a las hijas en mayor riesgo de psicopatología posterior, que las dificultades con la madre.

**TABLA 4.7:** *Problemas emocionales y de conducta dos y cuatro años después, de los nacidos en 1984-85 menos satisfechos con sus padres a los 13-14, comparados con los más satisfechos según género*

Vínculo	Muchachos	Chicas
Menos satisfechos con la madre a los 13-14	Mayor conducta antisocial.	Mayor depresión y consumo de sustancias tóxicas.
Menos satisfechos con el padre a los 13-14	Menor autoestima, mayor depresión. Mayor consumo de sustancias tóxicas.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas.

### Relación con los hermanos

En el año 2000, la tasa global de fertilidad por mujer ascendía a 2,44 en la Argentina. Esto significa que la mayoría de los jóvenes integraban familias con dos o tres hijos. En las muestras de Paraná, el promedio era 3,4, cifra muy semejante a la de Río Gallegos.

El 9% tenía medio-hermanos por parte de la madre y el 16%, por parte del padre. La mitad de los primeros y sólo 10% de los segundos compartían el hogar con el adolescente. Los medio-hermanos se excluyeron de los hallazgos que se presentan a continuación.

Como puede observarse en la tabla 4.8, la relación con los hermanos era percibida como muy buena o buena por el 72% de los de 13-14, 73% de los de 15-16 y 81% de los de 17-18. Quienes la evaluaban como mala o muy mala constituían una pequeñísima minoría (2%) en las tres edades.

**TABLA 4.8:** *Relación entre hermanos en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Calidad	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Muy buena	37%	34%	42%	35%	43%	35%
Buena	37%	36%	32%	37%	43%	41%
Regular	25%	27%	24%	25%	13%	22%
Mala	0,5%	3%	0%	3%	0,5%	1%
Muy mala	0,5%	0%	2%	0%	0,5%	1%
N	188	183	185	177	174	174

Como se muestra en la tabla 4.9, a lo largo de la adolescencia casi la mitad se peleaba con los hermanos sólo a veces. Las disputas frecuentes o muy frecuentes ocurrían en menos de un tercio de los casos y bajaban a sólo 13% en la edad 17-18.

**TABLA 4.9:** *Pelear con hermanos en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	7%	1%	11%	4%	17%	5%
Casi nunca	19%	18%	22%	21%	36%	31%
A veces	51%	45%	48%	44%	37%	48%
Frecuentemente	16%	25%	12%	25%	6%	14%
Muy frecuentemente	7%	11%	7%	6%	4%	2%
N	188	183	185	177	174	174

La relación fraternal, entonces, mejoraba (mayor satisfacción, menos peleas) hacia los años finales de la adolescencia. Pequeñas cuestiones del diario vivir constituían el motivo de la mayoría de las disputas. En las tres edades sucesivas las chicas informaban mayor frecuencia de conflictos fraternos que los muchachos.

En las etapas inicial y media de la adolescencia, 70% consideraba que al menos uno de sus hermanos era una fuente de apoyo a la cual recurrir en caso de que surgieran problemas.

Cuando a los 17-18 se llevó a cabo un análisis más detallado de distintos aspectos del vínculo fraterno con la Red de Relaciones Interpersonales de Furman, el adolescente promedio consideró que con su hermano/a más cercano las interacciones negativas (conflicto, antagonismo) se producían “algunas veces”; que intercambiaban confidencias “algunas veces”; que se sentía aprobado por él o ella entre “mucho” y “muchísimo” y amado, “muchísimo”; su fe en la perdurabilidad de la relación, aunque surgieran problemas, era la más alta (promedio mayor a “muchísimo”).

Como puede observarse en la tabla 4.10, una relación menos satisfactoria con los hermanos se asociaba en los varones en las tres edades con mayores problemas concomitantes tanto emocionales como de conducta, aunque el impacto disminuía a los 17-18. En las chicas, en cambio, el efecto simultáneo era modesto a los 13-14, aumentaba a los 15-16 y se volvía aún más fuerte a los 17-18, ya que se asociaba con los tres problemas emocionales y los tres de conducta aquí estudiados. Sería interesante investigar las causas de esta diferencia entre los géneros.

Tener una relación fraterna menos satisfactoria a los 13-14 producía efectos muy específicos en la salud mental posterior: sólo en los varones incrementaba la conducta antisocial y el consumo de sustancias dos y cuatro años después. Las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y en el norte de Europa han señalado reiteradamente la influencia de los hermanos –sobre todo de los mayores y del mismo sexo– en la conducta delictiva de los jóvenes (Farrington, 2004).

Es probable que el fuerte malestar psicológico contemporáneo asociado a las dificultades en el vínculo fraterno se originara, en realidad, en disfunciones del sistema familiar en su conjunto.

Cuando se incorporaba la relación con los progenitores, la relación con los hermanos no mejoraba ya la predicción de los problemas emocionales que se sufrirían en edades posteriores.

**TABLA 4.10:** *Problemas emocionales y de conducta en los nacidos en 1984-85 menos satisfechos con la relación fraterna, comparados con los más satisfechos según edad y género*

Edad	Muchachos	Chicas
13-14	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.	Mayor depresión y ansiedad.
15-16	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial.
17-18	Mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial.	Menor autoestima, mayor depresión y ansiedad. Mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual.

## Violencia en la familia

Considerable evidencia científica proveniente de los países del primer mundo indica que el mejor o peor funcionamiento de la pareja de los padres se relaciona con el bienestar de los hijos en el corto y en el largo plazo (Erel y Burman, 1995). Aunque el efecto de la discordia marital no siempre es grande, puede



producir problemas tanto emocionales como de conducta y cambios cognitivos y fisiológicos negativos en el hijo a ella expuesto. Es que la desdicha matrimonial, además de brindar un modelo disfuncional de lo que es una relación íntima, tiende a alterar el estilo de la crianza, disminuyendo la calidez y deteriorando la sana puesta de límites. La agresión entre los progenitores incrementa la probabilidad de tener escasas habilidades sociales y relaciones problemáticas con los pares.

Como puede observarse en las tablas 4.11 y 4.12, alrededor del 10% informaba que sus padres convivientes se peleaban o discutían entre sí casi siempre o siempre y aproximadamente un 20% señalaba que había habido episodios de agresión física (golpes, empujones, tirarse con cosas, etcétera) en al menos una oportunidad. La frecuencia más grave nunca superaba el 3%.

Las chicas percibían la violencia marital –física y verbal– en mayor medida que los muchachos, una muestra más de la mayor atención que las mujeres prestan a las relaciones interpersonales.

Los adolescentes que vivían con ambos padres y consideraban que la pareja era pacífica –nunca hubo agresión física y discutían o peleaban casi nunca o nunca– estaban, contemporáneamente, más satisfechos de su relación con uno y otro progenitor.

TABLA 4.11: *Discusiones entre los padres convivientes en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	29%	18%	24%	13%	27%	13%
Casi nunca	39%	29%	40%	39%	44%	34%
A veces	30%	39%	31%	36%	24%	38%
Casi siempre	2%	8%	4%	6%	5%	12%
Siempre	0%	6%	1%	6%	0%	3%
N	182	180	179	171	156	157

TABLA 4.12: *Golpes entre los padres convivientes en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	13-14		15-16		17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	89%	76%	84%	72%	94%	87%
Una o dos veces	6%	15%	11%	16%	5%	5%
Algunas veces	5%	8%	4%	7%	1%	7%
Muchas veces	0%	1%	1%	5%	0%	1%
N	182	180	179	171	156	157

En los muchachos, ser testigo de violencia marital tanto a los 13-14 como a los 15-16 se asociaba con un mayor grado de conflicto con ambos progenitores a los 17-18.

En las chicas, en cambio, se deterioraba la relación con el padre, aunque no con la madre. Estos hallazgos permiten suponer que ante la discordia marital, las hijas responsabilizarían al padre más que a la madre, mientras que los hijos culparían a ambos por igual.

La investigación extranjera ha encontrado que los varones son más vulnerables ante el conflicto marital que las chicas. Ello se debe a que, como los padres los protegen menos, se constituyen en testigos frecuentes del abuso físico y de las discusiones más violentas y prolongadas (Hetherington y Parke, 1993). En nuestro medio, los problemas emocionales y de conducta sufridos contemporáneamente por hijos e hijas de las parejas menos armónicas eran prácticamente de la misma intensidad. Pero la discordia matrimonial observada a los 13-14 por los varones, se relacionaba con mayor cantidad de ambos tipos de problemas, dos y cuatro años después. Por ejemplo, ellos sufrían a los 17-18 una ansiedad marcadamente más alta que los hijos de matrimonios pacíficos, mientras dicha diferencia era menor entre las chicas provenientes de uno y otro tipo de hogares.

En las últimas décadas, muchas investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y el norte de Europa han comprobado las consecuencias negativas del maltrato físico y/o psicológico de los padres sobre el desarrollo psicosocial de los hijos adolescentes: peor rendimiento y comportamiento en la escuela; mayor repitencia; mayores problemas emocionales y de conducta; menores habilidades sociales; mayores dificultades en la relación con los pares (Cicchetti y Toth, 1998).

Como puede verse en la tabla 4.13, en la Argentina alrededor del 40% afirmaba haber recibido golpes del padre antes, pero no ahora y un 5% a los 13-15 (que bajaba a 2% dos años después) los continuaba recibiendo. Las cifras eran muy similares en el caso de la madre, la cual seguía pegando en el 7% de los casos a los 13-15 y en el 3%, dos años después.

**Tabla 4.13:** *Golpes propinados por el padre y la madre a los nacidos en 1983-85 según edad y género*

Frecuencia	Padre golpea				Madre golpea			
	13-15		15-17		13-15		15-17	
	V	M	V	M	V	M	V	M
Nunca	60%	59%	55%	61%	58%	55%	54%	58%
Antes	35%	35%	44%	36%	37%	36%	44%	38%
Antes y ahora	5%	6%	1%	3%	5%	9%	2%	4%
N	300	293	288	270	311	312	301	296

En la tabla 4.14 se observa que a uno de cada tres adolescentes su padre lo insultaba o le gritaba cuando hacía algo mal y los porcentajes de agresión verbal eran similares en lo que a la madre se refiere.

**Tabla 4.14:** *Gritos o insultos del padre y de la madre en los nacidos en 1983-85 según edad y género*

Progenitor	Padre				Madre			
	13-15		15-17		13-15		15-17	
	V	M	V	M	V	M	V	M
Grita o insulta	31%	39%	29%	36%	25%	36%	28%	39%
N	300	293	288	270	311	312	301	296

Sólo uno de cada tres jóvenes no recibía ni gritos ni golpes de ninguno de los padres, mientras dos de cada tres sufrían o habían sufrido anteriormente distintos niveles de violencia. Esto era así tanto a los 13-15 como dos años después. Contrariamente a lo que suele afirmarse, los padres no eran más hostiles con los hijos y las madres, con las hijas: chicos y chicas informaban el mismo nivel de agresión tanto materna como paterna.

Existían climas familiares violentos: en los hogares donde el padre gritaba o golpeaba al hijo era más probable que la madre también lo hiciera y que, además, los miembros de la pareja se agredieran entre sí. La consistencia entre lo que el adolescente informaba a los 13-15 y dos años después sugería que dicho clima se perpetuaba a través del tiempo.

A los 13-15 y a los 15-17 pertenecer a la mitad más agredida por los padres se asociaba, contemporáneamente, con sufrir mayor cantidad de problemas emocionales y de conducta. Aunque esto sucedía tanto en las chicas como en los muchachos, el impacto de la violencia era más poderoso en ellas que en ellos. Al igual que en las investigaciones extranjeras, las chicas más agredidas por los padres a los 13-14 continuaban experimentando mayor depresión y ansiedad y menor autoestima dos y cuatro años después. Ignoramos las causas por las cuales los muchachos víctimas de distintos niveles de violencia parental en la adolescencia inicial, no ostentaban años después el

mayor nivel de agresión informado por dichos estudios (Cicchetti y Toth, 1998).

### Padres, hermanos y pares como fuentes de apoyo

La investigación llevada a cabo en otros países señala que uno de los más importantes predictores del desarrollo psicosocial de los adolescentes es el apoyo que perciben en la relación con sus seres queridos. Algunos investigadores han enfatizado las diferentes dimensiones del apoyo social. Furman y Buhrmester (1992), por ejemplo, postularon que consiste en el promedio de compañerismo, ayuda instrumental, intimidad, protección, afecto, admiración y alianza duradera. Otros han destacado, en cambio, de qué personas proviene el apoyo recibido. En la actualidad se considera más apropiado estudiar simultáneamente la provisión y el proveedor, esto es, qué aspectos del apoyo son brindados en distintas etapas de la vida por cuáles personas.

La investigación extranjera ha confirmado una y otra vez que cuanto mejor es la relación con los padres, mayor posibilidad existe de que el adolescente se vuelva hacia ellos en búsqueda de ayuda. Por otra parte, el vínculo con diferentes miembros de la red interpersonal parece cambiar en esta etapa de la vida; por ejemplo, la intimidad permanece estable con los progenitores mientras se incrementa sistemáticamente con los amigos. En nuestro país ¿seguían siendo los padres las principales fuentes de apoyo para sus hijos adolescentes o ahora ellos preferían acudir a los pares? ¿y cómo se relacionaba recurrir a unos o a otros con el nivel de problemas emocionales y de conducta experimentado por los jóvenes?

Para responder a estas preguntas se presentó en dos oportunidades a la Generación 2 una serie de problemas hipotéticos y una lista de personas entre las cuales seleccionar a quién apelarían en primer término.

Los padres eran netamente preferidos cuando se trataba de problemas de salud, embarazo no deseado y adicción al alcohol o drogas. Respecto a las dificultades con el estudio, aunque los progenitores eran elegidos muy por encima de los amigos a los

13-15, la diferencia se atenuaba marcadamente dos años después. Los amigos, en cambio, superaban ampliamente a los padres como confidentes favoritos en cuestiones íntimas, tanto en el primero como en el segundo tramo de la adolescencia. En las restantes cuestiones (preocupaciones con respecto a la sexualidad, problemas de noviazgo o de relaciones con el otro género y problemas con amigos) predominaban los padres como fuentes de apoyo a los 13-15 y dos años después, los amigos.

Estos hallazgos indicaban que en la Argentina, al igual que en los Estados Unidos y el norte de Europa, la tendencia del desarrollo iba desde los padres como principales proveedores de apoyo instrumental y emocional a los 13-15 a principal apoyo instrumental, pero en menor medida emocional, dos años después.

En la tabla 4.15 se presenta el número promedio de problemas (puntajes posibles de 0 a 8) ante los cuales los jóvenes recurrirían a una u otra fuente de apoyo.

TABLA 4.15: Número promedio de problemas para los que buscarían ayuda en distintas fuentes los nacidos en 1983-85 según edad y género

Fuentes de apoyo	Edad 13-15		Edad 15-17	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
Padres	4,05	3,82	3,40	3,24
- Madre	2,44	3,46	2,08	3,01
- Padre	1,61	0,36	1,32	0,23
Hermano/a	0,75	0,75	0,77	0,78
Amiga/o	1,65	2,49	2,30	2,61
Pareja amorosa	0,18	0,16	0,29	0,56
Nadie	0,94	0,37	0,75	0,37
N	316	317	305	299

Como puede observarse, los padres continuaban siendo a lo largo de la adolescencia las principales fuentes de apoyo de los jóvenes sin distinción de edad ni de género. De ambos progenitores

la madre era, por lejos, a quien preferían los hijos cuando buscaban ayuda, aunque la diferencia a su favor era mayor en el caso de las chicas que en el de los muchachos.

En lo referente a uno de los aspectos del apoyo –la intimidad– los adolescentes de ambos géneros preferían compartir confidencias con la madre más que con el padre. La relación madre-hija era la más íntima y la relación padre-hija la menos; los vínculos madre-hijo y padre-hijo ocupaban un lugar intermedio a este respecto.

La segunda fuente de apoyo en orden de importancia eran los amigos, aunque una minoría sustancial (30% a los 13-15 y 22% dos años después) no recurriría a ellos ante ninguna de las ocho circunstancias aquí estudiadas.

Los hermanos representaban el principal recurso para una minoría y para un subgrupo aún más pequeño, la pareja amorosa era el respaldo principal. Un número llamativo, sobre todo en los varones de menor edad, afirmaba que no recurriría a nadie.

Lo mismo que en los Estados Unidos y el norte de Europa, para los adolescentes argentinos los pares no reemplazaban sino que se agregaban a los padres como proveedores de ayuda.

A los 13-15 años se perfilaban cuatro grupos de adolescentes: los que apelaban predominantemente a los padres (41%), a un amigo/a (37%), a algún hermano/a (15%) o a nadie (10%). Dos años después a estos cuatro –cuyos porcentajes eran ahora 35%, 35%, 10% y 12%, respectivamente– se sumaba un grupo más, integrado por quienes se tornarían predominantemente hacia la pareja (8%).

Preferir una u otra fuente de ayuda mostraba una estabilidad significativa a lo largo de los dos años. Quienes elegían a los padres a los 13-15 en su mayoría lo continuaban haciendo a los 15-17. Lo mismo sucedía con los que recurrían a algún amigo/a, si bien algunos de ellos se volcaban luego hacia la pareja. Aunque casi el 40% de quienes no se apoyaban en nadie continuaba con su aislamiento dos años después, el resto lo superó recurriendo a distintos proveedores de apoyo. El grupo más inestable era el de quienes apelaban a un hermano/a, los cuales se volvían después casi por igual hacia hermano/a, padres o a un amigo/a.

Al igual que en los Estados Unidos y el norte de Europa, también en la Argentina preferir la ayuda de los padres por sobre la

de los amigos u otras personas se asociaba con menor nivel de problemas emocionales y, sobre todo, de conducta. Los varones de 13-15 que acudían a los padres presentaban, dos años después, mayor bienestar psicológico y menor consumo de sustancias, precocidad sexual y conducta antisocial que quienes se apoyaban en los amigos. En las chicas, preferir a los padres y no a los pares disminuía los problemas de conducta experimentados dos años después en forma más contundente que en los varones. Apoyarse en los hermanos o en nadie presentaba un riesgo intermedio en lo relativo a dificultades de conducta.

### **Padres y hermanos como modelos a imitar**

El proceso de socialización –mediante el cual el individuo adquiere aquellas conductas, creencias, normas y valores que resultan significativos para su familia y para la cultura o subcultura a la que ésta pertenece– constituye una parte importante del desarrollo de la personalidad. Durante la niñez los padres y hermanos suelen ser los agentes más influyentes sobre este proceso aunque, por supuesto, no los únicos. En la adolescencia, los padres continúan cumpliendo muchas funciones de suma importancia; una de ellas es proveer modelos y brindar prototipos sobre cuya base los hijos evaluarán otras interpretaciones posibles de los roles sociales.

La investigación llevada a cabo en otros países señala que la identificación con las actitudes y características de los padres se ve favorecida por factores tales como el afecto y la calidez de la relación, el grado en que el joven participa en la toma de decisiones y el buen nivel de comunicación (Noller y Callan, 1991).

Como puede observarse en la tabla 4.16, en la Argentina los padres eran, por lejos, las personas más admiradas por los adolescentes: más del 50% a los 13-14 y 15-16 y casi la mitad a los 17-18 mencionaban a uno, otra o ambos. Elegirlos disminuía ligeramente a lo largo del lapso de cuatro años aquí estudiado. Aunque no existían diferencias según género en el grado de admiración hacia los progenitores, más varones admiraban al padre y más chicas a la madre.

TABLA 4.16: *Objetos de admiración de los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Objeto	Varones			Mujeres		
	13-14	15-16	17-18	13-14	15-16	17-18
Uno o ambos padres	56%	58%	46%	51%	54%	48%
- Madre	35%	28%	20%	44%	43%	38%
- Padre	37%	37%	35%	15%	18%	16%
Hermano/a	8%	6%	3%	8%	8%	5%
Amiga/o	7%	3%	4%	14%	7%	3%
Pareja o ex pareja amorosa	1%	2%	2%	2%	6%	3%
Personajes famosos	11%	10%	6%	7%	5%	2%
Figuras religiosas	1%	1%	2%	2%	1%	2%
Nadie	8%	11%	33%	6%	9%	32%

Pequeños porcentajes mencionaban otras categorías como hermanos, amigos, pareja o ex-pareja amorosa, figuras religiosas (Dios, Jesús, etcétera).

Las personas famosas –en su mayoría deportistas en el caso de los varones y casi por igual actores, músicos, deportistas y personas de gran prestigio político, científico, etcétera, en el caso de las mujeres– no se mencionaban muy frecuentemente en los comienzos de la adolescencia y disminuían aún más hacia los 17-18. En esta última edad, la alternativa más elegida luego de los padres era la de no admirar a nadie, lo cual sucedía en uno de cada tres casos. Los adultos no familiares y no famosos sumaban menos del 1% y otros familiares (tíos, abuelos, primos, cuñados, sobrinos, padrinos, suegros, etcétera), no superaban el 10%.

En la Argentina admirar a la madre a los 13-14 se correlacionaba tanto en las chicas como en los muchachos con menor cantidad de problemas de conducta contemporáneos. Pero a los 17-18, pertenecer al 10% de varones que admiraban a la madre –sin afirmar simultáneamente lo mismo sobre el padre– implicaba algunos resultados negativos para el desarrollo psicosocial. Aunque la

conducta antisocial continuaba siendo menor, su autoestima global era más baja y estaban más insatisfechos con respecto a su apariencia física, atractivo amoroso, aceptación social y competencia deportiva.

Cuando se analizaron las trayectorias de desarrollo de otro grupo atípico, el 8% de las chicas que a los 13-14 afirmaban admirar al padre –sin enunciar simultáneamente lo mismo respecto de la madre– se comprobó que, cuatro años después, ellas continuaban disfrutando de una relación con el padre mejor que la del resto (con menor conflicto y mayor intimidad) sin tener, simultáneamente, un vínculo difícil con la madre. Además, a los 17-18 mostraban mejores trayectorias de sintomatología depresiva y evaluaban más alta su competencia en los deportes.

A los 13-14, quienes admiraban a los amigos tenían peor relación con los padres que aquéllos que elegían a uno u otro progenitor como figura con la cual identificarse.

Los datos de la tabla 4.16 confirman que los adolescentes admiraban casi exclusivamente a los más allegados, a los que conocían más íntimamente. Esta situación continuaba a los 24-26 años, edad en la cual los padres ocupaban, por mayoría, la primera posición (48%) seguidos a buena distancia por “nadie” (27%).

### Las diez personas más queridas

En dos oportunidades se les pidió a la Generación 2 que ordenaran de mayor a menor las personas que más querían, sin pasar del número de diez. A los 13-15 la madre ocupaba el primer lugar; el padre, el segundo y un hermano/a o los hermanos sin diferenciar, el tercero. A los 15-17, la madre conservaba su privilegiada posición, pero el padre compartía ahora con los hermanos el segundo puesto.

El 87% ubicó a la madre en los dos primeros lugares de sus afectos y sólo un 4%, teniéndola viva, no la incluyó entre las diez personas más queridas. Un porcentaje bastante menor (64%) colocó al padre en los dos primeros lugares y 13%, teniéndolo vivo



o presuntamente vivo –como en el caso de los padres desconocidos– no lo mencionó.

La importancia afectiva de la madre no difería según el género ni descendía dos años después. La del padre, en cambio, era menor en el caso de las mujeres y disminuía en el lapso de dos años. Aunque ambos géneros privilegiaban a la madre con respecto al padre, la distancia entre las valoraciones de uno y otra era mayor en el caso de las chicas que en el de los muchachos.

A los 13-15, una minoría sustancial (17%) ubicó a un hermano en los dos primeros lugares, posición que la mayoría reservaba para los padres. Un 8%, teniendo al menos un hermano/a biológico, no lo incluyó entre las diez personas más queridas. La importancia afectiva de este vínculo era prácticamente la misma en ambos géneros y su nivel promedio no se había modificado dos años después.

A lo largo de la adolescencia, los amigos ocupaban, en promedio, el sexto lugar entre las diez personas más queridas. A los 13-15 la mayoría (50%) incluyó un amigo/a en los puestos cuarto a séptimo de la jerarquía. Mientras un pequeño grupo (9%) los ubicó en las dos primeras posiciones, una minoría sustancial (18%) no mencionó a ningún amigo/a. La importancia afectiva de este vínculo ni aumentaba ni disminuía a lo largo de dos años y era mayor en las chicas que en los muchachos.

La pareja amorosa –o ex pareja en algunos casos– ocupaba el noveno lugar entre las diez personas más queridas, tanto a los 13-15 como a los 15-17. Una amplia mayoría (78% a los 13-15 y 73% a los 15-17) no la incluyó y la minoría (3% y 6% en ambas edades) la ubicó en los dos primeros lugares. La importancia afectiva de este vínculo ascendía a lo largo de los dos años y era mayor en las chicas que en los muchachos, tanto al comienzo como al final de la adolescencia.

### Efectos del divorcio en el desarrollo psicosocial de los hijos

En la Argentina, país en el cual la unión familiar es un valor altamente estimado, la tasa de divorcio es mucho más baja que en

naciones tales como los Estados Unidos y Gran Bretaña. La iglesia católica, religión con que se identifica la mayoría de la población, condena el divorcio. Además, éste se hizo legal en fecha tan reciente como 1987. Considerando todas estas circunstancias, interesaba conocer si el impacto del divorcio era mayor en la Argentina que en los países del primer mundo, donde muchísimas investigaciones han detectado pequeños o nulos efectos negativos de la disolución matrimonial.

TABLA 4.17: Estructura familiar de los adolescentes nacidos en 1974-75 y en 1984-85 según edad

Estructura	Generación 1974-75				Generación 1984-85		
	13-14	15-16	17-18	24-26	13-14	15-16	17-18
Juntos	88%	86%	84%	71%	81%	79%	76%
Divorciados/ Nunca juntos	7%	9%	10%	17%	16%	17%	18%
Padre muerto	4%	4%	5%	11%	2%	3%	5%
Madre muerta	1%	1%	1%	1%	1%	1%	1%

Como puede observarse en la tabla 4.17, la proporción de jóvenes cuyos padres se divorciaron o nunca vivieron juntos se incrementó en la Argentina. En 1988, los adolescentes de 13-14 en tal situación eran 7%, porcentaje que ascendió a 16% en los nacidos diez años después.

A diferencia de otros países, en la generación 1974-75 del total de divorcios la mayor proporción había acontecido cuando los hijos eran mayores (44% durante su niñez, 19% en la adolescencia y 37% cuando tenían entre 19 y 26 años). Esta tendencia, sin embargo, estaría revirtiéndose: en la Generación 2 seis de cada siete divorcios ocurrieron cuando el joven era niño. Es probable que la mayor aceptación de la disolución matrimonial en la sociedad argentina conduzca a no postergar una situación insostenible “hasta que los chicos sean grandes”.

Muy semejantes a las de Paraná fueron las cifras encontradas en los adolescentes de Río Gallegos: 72% de los padres que permanecían juntos, los divorciados o nunca juntos sumaban 23% y los fallecidos, 5%. En la pequeña muestra de la ciudad de Buenos Aires, las cifras fueron 55% juntos, 5% fallecidos y 40% divorciados o nunca juntos, porcentaje muy superior al de las dos ciudades de provincia.

Al comparar los hijos de padres divorciados con los de aquéllos que continuaban juntos, en los varones no se detectaron diferencias con respecto a problemas emocionales y de conducta a lo largo de la adolescencia. En cambio, en el caso de las chicas se encontraron efectos diversos, aunque casi todos de pequeña magnitud. A los 13-14 las hijas de padres divorciados tenían puntajes ligeramente más altos en síndrome depresivo, ansiedad y consumo de sustancias tóxicas que las de padres que continuaban juntos. A los 15-16, mostraban algo más de conductas antisociales y consumían más sustancias tóxicas. A los 17-18, la autoestima global, el agrado con la apariencia física, la conducta antisocial y el nivel de ansiedad eran algo peores. El impacto del divorcio aumentaba ligeramente con la edad, en el caso de las mujeres. Este hallazgo no coincide con las investigaciones extranjeras, las cuales no encuentran diferencias según género en los efectos a largo plazo del divorcio sobre problemas de adaptación de los hijos adolescentes, tales como consumo de alcohol o drogas o embarazos tempranos (Amato, 2001).

En la adultez emergente, a los 24-26 años, aquéllos cuyos padres se habían divorciado ya no se diferenciaban en autoestima global ni en síndrome depresivo ni en tres dimensiones básicas de la personalidad (ver Cuestionario de Personalidad Eysenck en Apéndice 1): la predisposición a experimentar emociones positivas, la predisposición a experimentar emociones negativas y la predisposición a ser antisocial (impulsivo, agresivo, frío, impersonal, egocéntrico).

Los adultos emergentes de 24-26 años dijeron que el impacto psicológico de “alguna” intensidad que sufrieron cuando ocurrió el divorcio de sus padres había descendido marcadamente en el momento actual. Quienes eran niños pequeños o adultos mayores

de 18 al producirse este acontecimiento informaban un sufrimiento menor –“nada” o “poco”– al de quienes se encontraban en los años de la escuela primaria o en el primer tramo de la adolescencia –“bastante” o “mucho”– cuando ocurrió el divorcio.

El vínculo con el padre se perjudicaba con la disolución matrimonial. Tanto a los 13-14 como a los 15-16, el grado de satisfacción con la relación y el lugar ocupado por él entre las personas más queridas eran, en promedio, peores. Los varones recurrían a él por ayuda en menor grado que los hijos de matrimonios intactos; en las chicas, en cambio, esta diferencia no existía porque ellas preferían a la madre como proveedora de apoyo, estuvieran o no conviviendo los progenitores. A diferencia de lo postulado por algunos investigadores, el divorcio no deterioraba ni la satisfacción con la relación ni el lugar ocupado entre las diez personas más queridas por madre, hermanos, amigos y pareja amorosa, como tampoco el grado de ayuda encontrada en estos vínculos.

A los 17-18, la relación con el padre continuaba siendo peor en los hijos del divorcio: los jóvenes se sentían menos aprobados, menos amados y confiaban menos en que el vínculo con él continuaría existiendo aunque surgieran problemas. La relación con la madre se veía afectada solamente en el caso de los varones, quienes experimentaban mayor nivel de conflicto y se sentían menos aprobados y amados por ella, que los hijos cuyas madres permanecían casadas. Tampoco en esta edad el divorcio se asociaba con diferencias en la percepción que los jóvenes tenían de sus relaciones con hermanos, amigos o pareja amorosa. Los investigadores extranjeros, en cambio, han encontrado que algunos de los efectos del divorcio ocurrido en la niñez se manifiestan en la adolescencia en la esfera de los vínculos de pareja, sobre todo cuando éstos adquieren, con la edad, un mayor grado de compromiso emocional (Tasker y Richards, 1994).

También en la Generación 1 a la edad 24-26, los hijos de matrimonios disueltos expresaban mayor insatisfacción con el vínculo paterno, aunque no con el materno ni con el fraternal. Asimismo percibían un poco más desfavorablemente el grado de unión existente entre los miembros de su familia de origen. En lo

que respecta a la relación de pareja, aunque no surgían diferencias en cuanto al grado de satisfacción ni de consenso respecto a distintos temas, así como tampoco en lo referente a la expresión de afecto, los hijos del divorcio evidenciaban un compañerismo algo menor con sus novios/as o cónyuges (ver Escala Spanier de Ajuste Diádico en el Apéndice 1).

En resumen, aunque también en la Argentina se detectaron efectos negativos del divorcio sobre el bienestar psicológico, comportamiento y la autopercepción de los hijos adolescentes y adultos emergentes, éstos fueron tan pequeños como los que muestran muchísimos estudios llevados a cabo en otros países. Además, el divorcio parece no afectar mayormente la relación con madre, hermanos o con la pareja amorosa.

Que el vínculo con el padre se deteriorara significativamente puede no deberse al divorcio en sí. Es necesario recordar que, ya antes de que se produjera este acontecimiento, los jóvenes tenían una relación paternal menos satisfactoria e informaban mayores niveles de agresión física y verbal en la pareja –aunque no del padre para con ellos– que los hijos de los matrimonios que continuaron casados. También, como lo sugiere la investigación estadounidense y del norte de Europa, es de fundamental importancia el comportamiento del padre luego de la ruptura matrimonial (por ejemplo, 10% de los hijos argentinos perdieron todo contacto con él luego de la separación). Por otra parte, los valores familiares no eran menores en los hijos del divorcio (ver Escala Familismo de Bardis en Apéndice 1) y 61% de los de 17-18 años que convivieron algún tiempo con su padre antes de la separación matrimonial, informaron mantener con él una relación muy buena o buena.

Los hallazgos argentinos resultaron, en general, congruentes no sólo con los de los Estados Unidos, sino también con los de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña y otros países europeos: los hijos del divorcio no funcionan, en promedio, tan bien como aquéllos criados por dos padres que permanecen juntos, pero las diferencias tienden a ser modestas debido a la gran heterogeneidad de experiencias antes, durante y después del divorcio (Amato, 2001).

## Los abuelos

Casi todos los adolescentes tenían, al menos, un abuelo vivo y la mayoría (más o menos dos tercios) dos o tres. Como era esperable dada la mayor expectativa de vida de las mujeres, existía casi el doble de abuelas (alrededor del 70%) que de abuelos.

Aunque en los Estados Unidos sólo el 4% de los ancianos reside en el hogar de sus hijos, en Paraná 17% de los adolescentes de 15 a 18 años convivía con al menos un miembro de la generación mayor en 1986. Este porcentaje había descendido al 10% en los jóvenes de la misma edad, dieciséis años después.

Que en distintos niveles sociales se observara el mismo porcentaje de abuelos convivientes, sugiere que la diferencia con los países del primer mundo se debería más al elevado valor que la tradición latina concede a la lealtad, a la cercanía y al apoyo mutuo dentro de la familia, que a las penurias económicas o el déficit habitacional. De todos modos, la disminución en la cifra acaecida entre 1986 y 2002 podría indicar una tendencia creciente a la “nuclearización” de la familia argentina, como también una mejora en el nivel de salud o en la expectativa de vida de los ancianos, que postergaría la edad de la viudez o de la dependencia. La abuela materna era, por gran mayoría, la presencia más frecuente en la casa, seguida por el abuelo materno, la abuela paterna y, en ínfima proporción, el abuelo paterno. Resultaba mucho más probable que la madre conviviera con sus propios padres que con los de su marido.

También ocupaban un lugar de suma importancia en la vida afectiva de los nietos de la Generación 1. En los varones, tanto a los 13-14 como a los 15-16, algún abuelo en particular o “mis abuelos” se ubicaban en el cuarto puesto entre las diez personas más amadas y a los 17-18 los amigos los desplazaban a la quinta posición. Las chicas de 13-14 los colocaban en el quinto lugar, del cual descendían hasta el sexto, dos y cuatro años después, edad en la que eran precedidos por amigos y novios. Casi la mitad de los de 13-14 incluían un abuelo entre las cinco personas más queridas; que este porcentaje no disminuyera en quienes tenían la misma edad diez años después indica que,



pese al descenso de la cohabitación, estos lazos no se habían debilitado en la generación 1984-85.

A diferencia de lo que indican estudios sociológicos extranjeros respecto a que la clase trabajadora tiene vínculos más estrechos con la familia extensa y recurre más a ella por ayuda que los sectores de clase media, los adolescentes argentinos concedían a sus abuelos igual importancia afectiva sin distinción de clases.

Mayor porcentaje de adolescentes (25%) tenía un abuelo en la casa cuando los progenitores ya no estaban juntos por divorcio o fallecimiento. Además, los pocos (menos del 1%) criados por una abuela o por los abuelos, generalmente habían sufrido complicaciones en la relación con los padres subsiguientes al divorcio o a la muerte de un progenitor. En concordancia con lo que los autores denominan la función latente de los abuelos (Troll, 1983), ellos asumirían una participación no intervencionista en la vida de sus hijos y nietos cuando la generación intermedia funciona bien; pero cuando estresores importantes perturban el funcionamiento familiar, los abuelos se comportan como bomberos voluntarios e incrementan el contacto, la cercanía emocional y dan apoyo tangible como el cuidado de los nietos, ayuda financiera o, como en este caso, conviviendo con el hijo que ha quedado a cargo de la custodia o amparando en su hogar al nieto con severos problemas en la relación parental.

En los jóvenes de 15-18 años estudiados en 1986, 25%, 24%, 22% y 10% tenían un vínculo malo o inexistente con el abuelo paterno, materno, abuela paterna y materna, respectivamente. A diferencia de los Estados Unidos donde ambos abuelos maternos eran los preferidos, en la Argentina se privilegiaba a la abuela materna, debido a la superior valoración que de ella tenían las nietas. ¿Cuáles eran los aspectos del abuelo/a que los adolescentes criticaban más? Un grupo de respuestas expresaba un fuerte rechazo emocional sin explicar a qué se debía –“lo odio con toda el alma”; “no la quiero”; “es una arpía”–. Otro indicaba que la ruptura del vínculo resultaba de problemas familiares importantes –“no se ocupó de sus hijos ni de sus nietos”; “estoy peleada con ella porque dejó a mi madre cuando era chica”–. Aparecieron también reproches concernientes a la poca

disponibilidad afectiva y/o material para con los nietos –“es egoísta”; “es mezquina”; “es un hombre con un carácter difícil de llevar y que nunca se preocupó por darme un consejo o regalarme algo”; “es antisociable y miserable como mi padre”–. Había quejas ante la preferencia por otros nietos –“es seleccionador de sus nietos”; “ella está más con la otra nieta que conmigo”; “tiene otra nieta favorita”–. Surgieron, asimismo, referencias a autoritarismo, severidad, rigidez –“es un hombre terco, de un carácter casi inaguantable”; “es cabeza dura y obstinado”; “es una mujer de carácter fuerte que no puede estar sin retar a alguien”; “es un hombre muy rígido”–. El tema de la poca capacidad de comunicación surgió, sobre todo, al referirse a los abuelos varones –“habla poco, es muy reservado”; “era antipático y poco social”–. La crítica centrada en ser quejosa, entrometida, crítica, apareció exclusivamente referida a las abuelas –“vive quejándose por todo y es terriblemente disconforme”; “es algo metida, es un plomo”; “es un poco rezongona y no le gusta que salga o que me pinte y me dice la ropa que debo usar”–. Por último, otro grupo de cuestionamientos se refería a los abuelos vistos como anticuados –“es aburrida”; “es muy conservadora”; “es muy chupada a la antigua”; etcétera–.

Alrededor del 15% tenía un vínculo regular con uno u otro abuelo, categoría que se asignó a quienes expresaban simultáneamente conceptos positivos y negativos –“es buena pero bastante gritona”, “era rezongón pero muy bueno y cariñoso”–. En lo que respecta a los dos abuelos paternos y al abuelo materno, alrededor del 50% consideraba que la relación era buena, esto es, enunciaban sólo aspectos positivos del vínculo –“me brinda bondad, amor, comprensión”; “la quiero mucho”; “es simpático”; “divertido”; “trabajador”; “nos vemos muy seguido”–. Esta cifra, sin embargo, subía al 60% cuando se trataba de la abuela materna.

El 15%, 18%, 11% y 12% tenían un vínculo excelente con el abuelo paterno, materno, abuela paterna y materna, respectivamente. Se asignaba tal categoría cuando el nieto mencionaba recibir consejos, ayuda, enseñanza, ser el preferido del abuelo o considerarlo un modelo de vida.

VIÑETA CLÍNICA 4.1:  
*Recordando al abuelo muerto*

Las expresiones de algunos adolescentes respecto a sus abuelos muertos resultaban enternecedoras. Algunos ejemplos:

- “No lo conocí pero igual lo admiro por sus firmes convicciones, por su autoridad y sus decisiones arriesgadas”.
- “Era muy compañero, sabio, y fue para mí una guía para crecer en la fe”.
- “Era una persona de muchos ideales, muy culto y digno de admirar”.
- “Fue el único político que no se enriqueció a costas del pueblo”.
- “Era compañera, juguetona, me guiaba para crecer con metas correctas y me ayudaba a formarme como persona”.
- “Era muy buena, compartí con ella momentos inolvidables y sus consejos me sirvieron para formarme y educarme”.
- “Su rectitud y su decisión fue un modelo para mí”.
- “Murió hace dos años, era buenísima, yo era su nieto preferido, sentí mucho su muerte”.
- “Era una persona muy admirada por su honestidad y por su forma de ser y a pesar de tener cáncer, causa por la que murió hace un año, nunca se la vio triste”.

Debe recordarse que la muerte de uno o más abuelos era, sin lugar a dudas, el acontecimiento vital estresante más frecuentemente sufrido por los jóvenes argentinos de 24-26 años a lo largo de su existencia (60%), seguido por la ruptura de algún noviazgo (48%).

A lo largo de la adolescencia sólo un 4% afirmó que un abuelo o abuela era la persona a quien más admiraba, porcentaje pequeño si se lo compara con los padres, pero semejante a los encontrados para hermano, amigo o pareja amorosa.

Aunque en menor medida que los abuelos, otros miembros de la familia extensa tales como tíos, primos, cuñados, sobrinos, aparecen mencionados entre las personas más importantes afectivamente o más admiradas o a quienes se recurriría por ayuda ante distintos tipos de problemas.

## CAPÍTULO 5

### *El adolescente y los amigos*

En la sociedad contemporánea los pares –gente de aproximadamente la misma edad– se han convertido en una influencia sobre el desarrollo psicosocial de los adolescentes, más importante de lo que nunca antes fuera. Las investigaciones del primer mundo indican que los jóvenes actuales pasan más tiempo en la exclusiva compañía de los pares que de los adultos y que consideran a tales momentos como los más gratificantes de su vida.

En otras épocas, sólo un pequeño porcentaje de chicos y chicas argentinos concurría a la escuela secundaria. Al salir de la primaria accedían al mundo del trabajo, donde compartían su tiempo con personas de diversas edades. La explosión de la matrícula secundaria producida en el tercer cuarto del siglo XX hizo, junto con las leyes que controlan el trabajo de los menores, que la mayoría de los adolescentes permaneciera en la escuela en contacto con gente de aproximadamente su misma edad.

Pasar tanto tiempo con los pares ha hecho crecer la influencia que ellos ejercen y los pensadores se dividen entre quienes hablan de la peligrosidad de su ascendiente y quienes afirman que la socialización por parte de los pares cumple un papel ineludible en una sociedad democrática. El primer grupo sostiene que la segregación por edades ha conducido a una cultura juvenil separada, en la cual los jóvenes mantienen actitudes y valores diferentes e incluso contrarios a los de los adultos. También afirman que el incremento que se viene registrando en las últimas décadas en una serie de problemas juveniles (suicidio, alcoholismo, drogadicción, delincuencia, precocidad sexual), se debe al aumento del

poder del grupo acaecido a lo largo del mismo período. Como bien señala Steinberg (1999), la investigación empírica indica que los iguales ejercen influencias tanto positivas como negativas, que es incorrecto describir al grupo de pares como una monolítica influencia negativa y que, además, muchos otros cambios ocurrieron en la sociedad en las últimas décadas como para culpar, sin más, al incremento del poder de los pares por el aumento de los problemas juveniles.

Los pares, sintetiza Steinberg (1999), tienen un papel fundamental en el desarrollo de la identidad, autonomía, intimidad, sexualidad y motivación para el logro de los adolescentes. En lo que respecta a la identidad, los coetáneos brindan modelos, ayudan a lograr un sentido de sí mismo diferenciado de la familia y ejercen una importante influencia sobre la autoimagen; en el grupo los jóvenes experimentan con distintos roles e identidades con mayor facilidad que en la familia. En cuanto a la autonomía, el grupo ayuda al logro de una relación más independiente con respecto a los padres y brinda un contexto donde probar las habilidades para la toma de decisiones sin interferencia adulta. La intimidad y la sexualidad son mucho más comunes con los pares que con los adultos; la capacidad para intimar se desarrolla primero a través de la amistad con pares del mismo sexo y sólo después en las relaciones amorosas. Los pares, por último, ejercen una importante influencia sobre los logros de los adolescentes: aunque padres y maestros influyen en mayor medida sobre los planes educacionales y laborales, los coetáneos inciden en cuánto se valora la escuela y en cuánto esfuerzo se dedica al estudio.

### Grupos de amigos

Las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y Europa del norte indican que los adolescentes pertenecen a pequeños grupos de dos a doce amigos de la misma edad (cinco o seis en promedio), que se conocen bien y se aprecian entre sí más que a los no-miembros. Estos grupos constituyen el principal contexto social en el que los adolescentes interactúan entre

sí: con sus integrantes salen, pasan el rato, conversan y, con algunos de ellos, forman amistades íntimas. En la adolescencia temprana los grupos suelen ser del mismo sexo; en la adolescencia media frecuentemente se han transformado en mixtos y, al final de la etapa, comienzan a desintegrarse y son reemplazados por un conjunto de parejas que salen juntas. Al igual que en la adultez, la diada amorosa se constituye en el centro de la actividad social.

La investigación extranjera señala, además, que los miembros del grupo se caracterizan por sus similitudes: la misma edad, el mismo nivel socioeconómico, los mismos intereses y actividades y, en los comienzos de la adolescencia, el mismo sexo. Aunque los miembros de un grupo se influyen uno al otro respecto a conductas y valores, también es cierto que los amigos se seleccionan desde el inicio sobre la base de actitudes similares en lo que concierne a la escuela, la cultura juvenil, la participación en actividades antisociales, etcétera (Steinberg, 1999).

En la Argentina la gran mayoría (80%) integraba un grupo de amigos y el porcentaje no disminuía a lo largo de la adolescencia. A diferencia de lo informado por las investigaciones extranjeras, su tamaño promedio era de nueve personas y ya a los 13-14 estaba formado por jóvenes de ambos géneros en alrededor de dos tercios de los casos. Un 17% manifestaba tener distintos amigos que no constituían un grupo y los restantes (3%) poseían un solo amigo o conocidos o compañeros, pero no amigos.

### Popularidad y rechazo

Las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y el norte de Europa indican que el determinante principal de la popularidad de un joven en la adolescencia es su nivel de habilidad social. Según el criterio de sus pares, el adolescente popular actúa apropiadamente, tiene confianza en sí mismo sin ser vanidoso y se da cuenta de las necesidades de los otros y sabe cómo satisfacerlas. Además, es amistoso, alegre, con sentido del humor e inteligente; sabe más con respecto a cómo se logra y se

mantiene una amistad. Las características son las mismas para varones o mujeres, para jóvenes de mayor o de menor edad (Steinberg, 1999).

Los investigadores distinguen tres tipos de adolescentes rechazados (los demasiado agresivos, los demasiado tímidos y los agresivos-tímidos) y han comprobado que ser impopular tiene consecuencias negativas para el desarrollo psicosocial: se asocia con posterior depresión, problemas de conducta y dificultades escolares.

A la Generación 2 se le pidió que caracterizaran al chico o chica “imbancable” marcando dos alternativas de una lista de diez cualidades; a los 13-15 años, 58% eligió “agrandado, se cree más que los demás”, seguida por “ordinario, guarango, agresivo” (21%) y por “se pasa de vivo con el otro género” (15%). En general, las transgresiones que la sociedad adulta condena en los adolescentes, tales como las dos anteriores o “se emborracha, droga o fuma demasiado”, “es mal alumno”, fueron señaladas en mayor porcentaje (44%) que aquéllas que repudiaban las conductas convencionales –“tímido, aburrido”; “estudia demasiado”; “no toma alcohol ni fuma”; “no es piola con el otro sexo”– mencionadas una u otra por el 20%.

Dos años después, a los 15-17, el panorama era muy semejante, con la diferencia que a menos jóvenes les resultaba “imbancable” el compañero tímido o que estudiaba demasiado o que no consumía alcohol ni tabaco o que no era “piola” con el otro género (15%). El porcentaje de quienes se molestaban con las conductas transgresoras, en cambio, era el mismo que a los 13-15. Tal como indican las investigaciones extranjeras, el agresivo era más rechazado que el tímido, tanto a los 13-15 como a los 15-17.

Cuando a la Generación 1 se le preguntó cuáles eran las condiciones para formar parte de su grupo de amigos, a los 13-14 “sencillo, no agrandado” fue el criterio al que adhirió la mayoría (40%) seguido por “serio, maduro, responsable” (31%) y “simpático, divertido, optimista” (24%). Otras opciones como “ayudar, dar buenos consejos”; “ser comprensivo, paciente, con buen diálogo”; “sincero, desinteresado” nunca superaban el 17% y

conceptos como “original”, “vivo, moderno, de onda”, “inteligente” recibieron muy pequeñas adhesiones.

Cuando a estos adolescentes se les pidió que pensarán en el chico o chica más buscado por la gente de su edad y dijeran qué características lo hacían tan aceptado, a los 17-18 la gran mayoría sabía que las habilidades sociales constituyen el elemento determinante de la popularidad. Otros, en cambio, pensaban que ser una buena persona, leal, sincera, sencilla, “sin vicios”, amable, era suficiente para acceder a ese estatus privilegiado. En muchos casos, el atractivo físico aparecía mencionado en combinación con distintas virtudes. En la otra punta del espectro, uno de cada cinco se refería a la popularidad como derivada, solamente, de las posesiones materiales, la belleza y/o de ciertos rasgos negativos de la personalidad.

#### VIÑETA CLÍNICA 5.1:

##### *El adolescente más popular entre los pares*

- “Alegre, divertido, sincero, amable y con personalidad”.
- “El que posee sentido del humor, humildad, desinterés e inteligencia”.
- “No es tímido y es simpático e independiente”.
- “Por su simpatía y buen carácter”.
- “Caballero, interesante físicamente, maduro, sociable”.
- “Que se sabe dar con todo tipo de gente”.
- “Depende de cada uno, pero supongo que una persona buena es aceptada por todos”.
- “Porque es bueno y sincero”.
- “Su buen pensar, su buen humor, su comprensión”.
- “Buena persona, linda y con buen aspecto físico”.
- “Muy macanudo, desinteresado, valora a las personas por lo que son y no por lo que tienen; es un buen amigo”.
- “Es popular, famoso, de buen aspecto y con mucho dinero”.
- “Es lindo, jodón, careta, tiene plata, moto y autos”.
- “Es muy sociable, tiene dinero, aunque su modo de obrar no es el correcto”.
- “Es canchero, medio agrandado, falopero, vive jodiendo, no tiene conciencia de nada. Pero a mí ese tipo no me gusta”.

## Reputaciones deseadas

En los Estados Unidos determinadas reputaciones estereotipadas –llamadas “crowds”– ejercen un efecto importante sobre el desarrollo de la identidad en la adolescencia al funcionar como grupos de referencia. Las “crowds” se clasifican en función del grado de compromiso con la cultura de los pares, por un lado, y con las instituciones adultas, por ejemplo con la escuela, por el otro. Quienes tienen reputación de “deportistas” o “populares” se caracterizan por su alto compromiso con ambas dimensiones, mientras los “tragas” se rigen por las expectativas adultas, pero no por las de los pares. Los “pesados”, los “faloperos” y los “fiesteros” están poco comprometidos con la cultura de los adultos pero los diferencia su nivel de participación en la de los pares, muy alta en el caso de los “fiesteros” y mínima en el de los “pesados”.

El impacto de estas reputaciones estereotipadas, caricaturescas, es mayor en la adolescencia media y menor en la tardía, cuando se hacen más diferenciadas y permeables.

En la Argentina las reputaciones no resultan un concepto útil para estudiar las relaciones de los adolescentes con los pares, al menos en el contexto de la escuela. Tampoco hay evidencia de que ejerzan un efecto importante sobre el desarrollo psicosocial. El grado de aceptación que brindan los pares es aquí lo importante y, aparentemente, esa aceptación no se ve influida por ser un deportista destacado o un estudiante exitoso sino por otras cualidades.

En una clásica investigación llevada a cabo por el sociólogo estadounidense J.S. Coleman (1961) se comprobó que la destreza deportiva en los chicos y el éxito en las relaciones sociales en las chicas eran los factores que determinaban, a los ojos de sus pares, la inclusión como miembros de una elite, con mucha mayor frecuencia que ser un estudiante brillante. Cuando se les preguntó “¿Cómo te gustaría que te recordaran en la escuela?” el éxito deportivo fue lo más valorado. Como puede verse en la tabla 5.1, en la Argentina los resultados fueron muy distintos.

TABLA 5.1: “Me gustaría que me recordaran en la escuela como...” en los nacidos en 1983-85 según edad y sexo

Reputación	Edad 13-15			Edad 15-17		
	V	M	T	V	M	T
Excelente estudiante	9%	5%	7%	7%	2%	5%
Excelente deportista	10%	2%	6%	4%	2%	3%
La/el más piola y divertida/o	20%	28%	24%	24%	22%	22%
El/la más atractivo/a para el otro sexo	2%	2%	2%	3%	1%	2%
Mejor compañero/a	36%	34%	35%	37%	35%	36%
Una/o más	23%	29%	26%	25%	38%	32%
N	316	317	633	302	297	599

La gran mayoría de los jóvenes deseaba lograr reputaciones que no implicaban destacarse por sobre los demás. El mejor compañero suele elegirse entre quienes son vistos por los pares como no “agrandados”, sociables, divertidos, con ganas de ayudar y escuchar y la categoría “uno más” lo expresa de manera evidente.

No se detectaron diferencias entre las respuestas dadas a los 13-15 y dos años después ni tampoco entre ambos géneros, con la excepción del deseo de no destacarse (mayor en las mujeres) y la reputación como deportista, deseada mucho más por los muchachos a los 13-15.

## Amigos íntimos

Las investigaciones extranjeras han comprobado que en la adolescencia se producen cambios en el concepto de intimidad: los jóvenes destacan –en mayor medida que los niños– que el amigo íntimo debe ser leal y digno de confianza e intercambian confidencias y son más generosos y empáticos con él, que lo que

resultaba habitual en edades anteriores. Los adolescentes que tienen amigos íntimos disfrutaban de mayor salud mental que quienes no los tienen. Si bien es probable que los jóvenes psicológicamente saludables sean más habilidosos para hacer y mantener relaciones íntimas con los pares, éstos, a su vez, constituyen un aspecto fundamental del desarrollo social saludable y el apoyo que proveen aumenta el bienestar psicológico de los adolescentes.

En la Argentina, una vasta mayoría consideraba a la amistad como posible y muy positiva. Puestos a elegir entre una serie de proposiciones, más de la mitad de la Generación 1 la describió como necesaria e importante para los seres humanos en todas las etapas de la vida y uno de cada cuatro, como algo que hay que cuidar para que sea cada día mejor. Menos del 10% la vio como difícil de conseguir y mantener y sólo poquísimos como “algo imposible de tener porque te engañan y te dejan de lado”. Como se dijera en el capítulo 4, los amigos ocupaban en promedio el sexto lugar entre las diez personas más queridas.

La tabla 5.2 muestra que la mayoría de los jóvenes contaba con un amigo íntimo que casi siempre era del mismo sexo y de la misma edad. Sin embargo, en casi un tercio de los varones de 13-14 se trataba de una chica que no era la novia.

En la adolescencia temprana y en la media, más mujeres que varones tenían un amigo íntimo. Este hecho sugiere una competencia más adelantada para la intimidad en las mujeres, ventaja que va desapareciendo hacia el final de esta etapa de la vida.

TABLA 5.2: Adolescentes nacidos en 1984-85 con un amigo íntimo y con un amigo íntimo del otro sexo según edad y género

Situación respecto a la amistad	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Tiene amigo íntimo (Del otro sexo)	76% (31%)	85% (8%)	73% (22%)	89% (14%)	88% (16%)	89% (10%)
N	195	199	191	187	182	187

A diferencia de lo que sucede en países como los Estados Unidos, donde existe una intensa movilidad geográfica de la población, la duración del vínculo (cuatro o cinco años en promedio) resultaba llamativamente larga. En Río Gallegos era aún mayor (alrededor de seis años).

Más de la mitad conoció a su amigo íntimo en la escuela, alrededor de un tercio en el barrio y los restantes en el club u otros lugares. Quienes lo hallaron en su vecindad tenían, en promedio, amistades más largas. A los 17-18, uno de cada diez se refería a amigos que frecuentaba desde antes de comenzar la escuela primaria.

Cuando la Generación 1 explicaba por qué alguien era el mejor amigo, la disponibilidad para el diálogo, el saber escuchar, constituía la principal razón mencionada por casi la mitad al comienzo y a mediados de la adolescencia y por más de la mitad a los 17-18. Porcentajes bastante menores se referían a “me da buenos consejos, me ayuda”, “me quiere mucho”, “somos muy parecidos”. Alegre y no arrogante, criterios tan tenidos en cuenta para admitir un integrante al grupo de pares, carecían de importancia cuando de amigos íntimos se trataba.

### La amistad, un éxito en la vida de los adolescentes

Se preguntó a la Generación 1 cuáles eran sus principales éxitos y fracasos (ver tablas 5.3 y 5.4). La amistad –tener amigos, conservarlos, lograr nuevos o muchos, reanudar amistades, ser ayudado o querido por ellos– constituía el área más exitosa a lo largo de las tres edades. A través del tiempo, la pareja y la personalidad aumentaban como motivo de satisfacción.

A los 13-14 los fracasos relativos a estudio y personalidad fueron los más señalados por los adolescentes. A buena distancia (14%) aparecía la amistad –tener pocos amigos, perderlos, no integrar un grupo, experimentar problemas de relación con ellos– seguida muy de cerca por pareja, familia, deportes, salud personal. A los 15-16, el estudio seguía siendo el principal tropiezo, pero la pareja ocupaba ahora la segunda posición (23%), desplazando a la personalidad como tercer motivo. Amigos, familia, deportes, salud, empataban en



alrededor del 10%. A los 17-18, la situación era la misma, excepto que amistad y salud eran, ahora, los fracasos menos frecuentes.

TABLA 5.3: Éxitos experimentados por los nacidos en 1974-75 según edad\*

Área de éxito	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Amistad	31%	38%	44%
Pareja	9%	14%	25%
Familia	17%	13%	19%
Estudio	29%	28%	19%
Personalidad	9%	20%	23%
Deportes	31%	26%	12%
Salud	26%	17%	15%
N	175	173	173

TABLA 5.4: Fracasos experimentados por los nacidos en 1974-75 según edad\*

Área de fracaso	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Amistad	14%	11%	7%
Pareja	11%	23%	21%
Familia	9%	11%	11%
Estudio	26%	27%	32%
Personalidad	27%	17%	18%
Deportes	9%	14%	12%
Salud	10%	10%	6%
N	175	173	173

A los nacidos en 1984-85 se les preguntó si tenían o no problemas –en lugar de fracasos– en una serie de áreas. Los porcentajes

\* Como podían elegirse dos alternativas, los porcentajes suman más de 100.

de quienes indicaron la amistad resultaban igual de bajos que los que fueron informados diez años antes, aunque ambos conceptos no son sinónimos.

La amistad, entonces, era percibida como el área más exitosa de la vida y ni siquiera al comienzo de la adolescencia constituía un motivo importante de frustración para los chicos argentinos. Más aún, quienes experimentaban este tipo de tropiezo disminuían entre los 13-14 y los 17-18.

### Habilidades sociales

La única fuente informativa en esta investigación es el adolescente mismo. Los estudios realizados en otros países indican que, desafortunadamente, los jóvenes no son informantes confiables en algunos de los aspectos de sus relaciones con los pares: frecuentemente exageran la similitud entre sus amigos y ellos mismos y consideran que su popularidad en el grupo y sus habilidades sociales son mayores que lo que indican estudios basados en la observación directa o en los informes de pares o docentes (Brown, 2004).

En la tabla 5.5 se observa que en la Argentina la gran mayoría de los adolescentes de 13-15 estimaba que su facilidad para hacer amigos era muy grande o grande; un 28% la evaluó como mediana y una pequeña minoría (6%) como escasa. Estas calificaciones se mantenían dos años después.

TABLA 5.5: Facilidad para hacer amigos en los nacidos en 1983-85 según edad

Facilidad	Edad 13-15	Edad 15-17
Muy grande	19%	18%
Grande	47%	44%
Mediana	28%	32%
Escasa	6%	7%
N	633	604

Aunque muchos de los que se consideraban habilidosos o no habilidosos tendían a verse de la misma forma, también se observaban muchos cambios a lo largo de los dos años. Si bien en otros aspectos del desarrollo psicológico las chicas se evaluaban mucho más negativamente que los muchachos, en esta área la diferencia era más pequeña.

Al explicar por qué se consideraban habilidosos para hacer amigos, la mayoría seleccionó razones como “soy alegre y divertido”, “soy sociable, abierto, me gusta la gente” y “sé escuchar, comprender”. Quienes se evaluaron como menos capacitados lo atribuían, mayoritariamente, a su timidez.

Tal vez reflejando que la experiencia de los adolescentes argentinos con el grupo de pares se ha ido tornando más intensa y precoz, los jóvenes de 13-14 de la Generación 2, como sucedía con la apariencia física, eran más críticos de sus habilidades para formar amistades que los que tenían la misma edad diez años antes.

### **¿Es positivo que un adolescente sea muy sociable?**

Gran número de investigaciones llevadas a cabo en otros países indican que cuanto más extensa y temprana es la sociabilidad con los pares, mayor resulta la predisposición a sufrir problemas de conducta. Cuando se comparó al 66% más sociable de los adolescentes de 13-14 de la Generación 2 –aquéllos que tenían tanto un grupo como un amigo íntimo– con el tercio menos sociable, los primeros consumían más sustancias tóxicas tanto en dicha edad como dos y cuatro años después.

El grado de sociabilidad a los 15-16 resultaba influyente en los problemas de conducta de los varones, pero no de las mujeres: los que tenían grupo y amigo íntimo mostraban, a esa edad y dos años después, mayor consumo de sustancias tóxicas y mayor conducta antisocial y precocidad sexual. Sería interesante investigar por qué razones el impacto no alcanzaba a las chicas.

A diferencia de lo que indican las investigaciones extranjeras, el grado de sociabilidad no se relacionaba con el nivel de problemas

emocionales ni en varones ni en mujeres a los 13-14 ni a los 15-16. Esto quiere decir que un adolescente puede conservar su autoestima y su bienestar psicológico ya sea que cuente con muchos o pocos amigos.

¿Cuál era el impacto del grado de sociabilidad en los comienzos de la adolescencia sobre el desarrollo social, dos y cuatro años después? A los 15-16, al igual que a los 13-14, los más sociables recurrían en mayor medida a los amigos cuando necesitaban ayuda. A los 17-18, los muchachos sociables seguían manteniendo sus diferencias con los otros en cuestiones de amistad: 95% versus 77% tenían un mejor amigo y, además, percibían en dicha relación mayor grado de apoyo social (más intimidad, aprobación, afecto y mayor confianza en que el vínculo perduraría aunque surgieran problemas). En cambio, las chicas de 17-18, provinieran del grupo de alta o mediana sociabilidad, tenían una amiga íntima en el mismo elevado porcentaje (90% versus 86%) y percibían con igual satisfacción el apoyo social brindado por este vínculo. Como lo indican las investigaciones llevadas a cabo en otros países, los lazos íntimos y cálidos –entre ellos la amistad– ocupan un papel tan importante en la vida emocional de las mujeres que la mayoría de ellas, más allá de sus diferencias iniciales en sociabilidad, termina teniéndolos.

Quienes anteriormente habían sido más o menos sociables no diferían a los 17-18 en estar de novia/o, ni en el grado de conflicto ni de apoyo social que percibían en la relación amorosa.

Los adolescentes que afirmaban no tener grupo ni amigo íntimo eran tan pocos que su escaso número impedía el análisis estadístico.

### **Actividades preferidas para el tiempo libre**

Como puede observarse en la tabla 5.6, a lo largo de la adolescencia compartir con amigos era la forma preferida de utilizar el tiempo libre. Al pedirles que señalaran de una lista de alternativas las dos formas de ocio favoritas, los amigos constituyeron tanto a los 13-14 como a los 17-18 la compañía preferida y pasear o ir a bailar con ellos, la actividad predilecta.



A los 13-14 las chicas estaban volcadas hacia el ocio con amigos en mayor medida que los muchachos, pero a los 17-18 ambos géneros ya no diferían a este respecto.

TABLA 5.6: *Actividades preferidas para el tiempo libre en los nacidos en 1984-85 según edad\**

Actividad preferida	Edad 13-14	Edad 17-18
Con la familia	57%	38%
- En casa	32%	29%
- Salir a pasear	31%	10%
Con los amigos	73%	80%
- En casa	21%	13%
- En su casa, en el barrio o en la escuela	14%	21%
- Salir a pasear o a bailar	49%	53%
Estar o salir con la pareja	11%	30%
N	394	369

Se producía un fuerte incremento en la preferencia por compartir el ocio con un par muy especial -la pareja amorosa- hecho poco sorprendente considerando que el porcentaje de quienes estaban de novio/a al final de la adolescencia aumentaba considerablemente en comparación con los de 13-14. Pero a diferencia de lo encontrado por las investigaciones estadounidenses, el grupo de amigos no parecía haberse disuelto a los 17-18 en beneficio de la pareja, al menos en el 70% de los adolescentes de esa edad.

Aunque a lo largo de los cuatro años decrecía el número de quienes optaban compartir el ocio con la familia, al final de la adolescencia un tercio de ellos lo continuaba haciendo.

\* Como podían elegirse dos alternativas, los porcentajes suman más de 100.

## Amigos y padres ¿sinergia o antagonismo?

Más que competir entre sí, familia y grupo de pares son instituciones que proveen distintas oportunidades para el desarrollo adolescente. La familia tiene una función importante en la socialización de la responsabilidad y de la motivación de logro. El grupo de pares, en cambio, al proveer las oportunidades para la interacción social y el ocio, contribuye al desarrollo de la identidad y aumenta el grado de bienestar psicológico (Steinberg, 1999).

Bronfenbrenner (1987) afirma que, si bien los microsistemas (familia, grupo de amigos) son los escenarios básicos en los que se lleva a cabo el desarrollo, la interacción entre los mismos –el mesosistema– es también de gran importancia. Si los distintos grupos a los que el individuo se integra funcionan sinérgicamente, con normas y valores compatibles, permite un desarrollo más positivo que cuando se desconocen o, peor aún, se combaten u oponen entre sí. Interesaba, entonces, explorar si el adolescente argentino percibe a sus padres y a sus amigos enfrentados o no, disputándose o no la influencia que podrían ejercer sobre él.

Cuando se les preguntó cómo era la relación entre padres y amigos, a los 13-15 más del 80% de la Generación 2 respondió buena o muy buena; 13%, regular y sólo un 4%, mala o inexistente. La situación era la misma dos años después. En ambas oportunidades las chicas, como sucede habitualmente cuando de vínculos se trata, lo evaluaban algo peor.

Al inquirir la frecuencia con que los padres criticaban a sus amigos del mismo sexo, a los 13-15, 66% afirmaba que ello acontecía nunca o casi nunca; 26%, que sucedía a veces y sólo un 8% se refería a un nivel problemático de antagonismo –casi siempre o siempre–. Dos años después, a los 15-17, las críticas se habían vuelto más frecuentes.

Como puede verse en la tabla 5.7, cuando se trataba de amistades con el otro sexo las chicas eran marcadamente más cuestionadas por sus padres, ya al comienzo de esta etapa de la vida. Sólo en los varones las críticas aumentaban en el segundo tramo de la adolescencia en comparación con el primero.

TABLA 5.7: *Críticas de los padres a los amigos del otro sexo en los nacidos en 1983-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-15		Edad 15-17	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
Nunca	77%	47%	61%	42%
Casi nunca	13%	15%	24%	21%
A veces	9%	23%	12%	24%
Casi siempre	1%	8%	2%	7%
Siempre	0%	7%	1%	6%
N	315	314	303	298

Otra manera de examinar la sinergia o antagonismo entre ambos tipos de vínculos era preguntarles qué harían si existiera oposición entre lo que sus padres y sus amigos quisieran de ellos. Si bien a los 13-15 la alternativa “tomaría mi propia decisión” era la más elegida, en los varones apenas superaba a “haría lo que dijeran mis padres” (43% versus 38%), mientras 64% de las chicas optaban por su autonomía. Dos años después, a los 15-17, la proporción de varones que decidirían según su propio criterio había ascendido a 60%. En las mujeres, en cambio, el aumento era menos pronunciado (73%). A qué se debía la mayor autonomía de las chicas cuando se las enfrentaba a un conflicto en el área interpersonal, es un tema interesante que debería seguirse investigando.

En ambas edades, una ínfima minoría (1%) optó por “haría lo que quisieran mis amigos” y menos de uno en cinco por “insistiría hasta que mis padres y mis amigos se pusieran de acuerdo”.

Las chicas que a comienzos de la adolescencia elegían tomar su propia decisión, cuatro años después percibían a la madre como más respetuosa de su autonomía y lo mismo sucedía en el caso de los varones, en lo que al padre respecta.

Estos hallazgos sugieren que los pasos en el desarrollo no son dejar de obedecer a los padres para obedecer a los amigos

y arribar, por último, a la autonomía. La toma de conciencia del derecho a decidir por uno mismo en cuestiones personales aparece ya en los comienzos de esta etapa de la vida, en casi la mitad de los adolescentes.

## CAPÍTULO 6

### *Amor y sexualidad en la adolescencia*

Todas las teorías del desarrollo adolescente adjudican a la sexualidad un papel central en el pasaje de la niñez a la adultez. Para su adecuada canalización, los impulsos sexuales que aparecen en la pubertad deben relacionarse con otros aspectos de la vida del joven y los sentimientos sexuales, integrarse con la propia identidad en forma positiva y coherente.

La mayor parte de la expresión de la sexualidad entraña una relación, así sea efímera, con otro individuo. Estos vínculos con una pareja implican una exposición singular de sí mismo ante otro, con consecuencias potenciales tanto positivas como negativas ya que, por un lado, ofrecen la posibilidad de confirmar el sentido del propio valor y lograr una relación íntima, profunda y satisfactoria pero, por otro, elecciones equivocadas pueden conducir a resultados destructivos, sentimientos de ansiedad o culpa y a una vivencia de indignidad (Moore y Rosenthal, 1993).

Ford y Beach (1951) describieron tres tipos de culturas en lo que respecta a la sexualidad adolescente: las restrictivas, las semirrestrictivas y las permisivas. Hace algunas décadas en la Argentina, como en otros países latinos y católicos, existía una cultura restrictiva que prohibía la actividad sexual prematrimonial de las mujeres, aunque no de los varones. Entre 1986 y 1992, fuimos testigos de un cambio histórico asombroso: el escaso 22% de las chicas de 17-18 para quienes tener relaciones sexuales en la adolescencia sin estar casada era correcto ascendió a 58% en un grupo de edad equivalente, sólo seis años después. En los varones, en cambio, el porcentaje se mantenía constante: 75% y

72%, respectivamente. Puede decirse, entonces, que la Argentina a lo largo de los setenta y los ochenta pasó gradualmente de una cultura restrictiva a una semirrestrictiva, donde el sexo premarital adolescente se tolera, siempre y cuando las jóvenes sean lo suficientemente discretas al respecto. El embarazo adolescente conduce al casamiento o al aborto que, aunque ilegal, se practica frecuentemente. Las adolescentes que se convierten en madres solteras por elección o por carecer del dinero para un aborto ilegal, si bien no son condenadas socialmente como hace unas décadas, tampoco reciben una completa aceptación.

### Experiencia sexual en la adolescencia

En 1998 y 2000 sólo se introdujo una cautelosa pregunta relativa al grado de cercanía sexual alcanzado por los jóvenes, por temor a que una indagación más directa impidiera el acceso a alguna de las escuelas o a que generara reacciones negativas en algunos padres.

Como puede observarse en la tabla 6.1, se producía un cambio dramático a lo largo de sólo dos años: la cantidad de jóvenes que habían ido “más allá de besos en la boca” –implicara o no haber mantenido relaciones sexuales– se más que triplicaba. Reflejando la creciente igualación entre los géneros, chicos y chicas no diferían en el grado de cercanía sexual al que habían llegado.

Pese a la cautela de la pregunta, la respuesta brindada a los 15-16 resultó un excelente predictor de quiénes afirmarían y quiénes no haber mantenido relaciones sexuales dos años después, cuando por primera vez se inquirió directamente por el coito. En el 75% de los casos los más adelantados a los 15-16 manifestarían no ser ya vírgenes a los 17-18.

Era pertinente preguntarse si la creciente globalización había hecho a nuestros chicos y chicas semejantes a los de los Estados Unidos o si, por el contrario, habitar un país menos próspero y pertenecer a la tradición cultural latina y católica marcaba diferencias en lo que a sexualidad respecta.

TABLA 6.1: Grado de cercanía sexual en los nacidos en 1984-85 según edad y sexo

Grado de cercanía	Edad 13-14			Edad 15-16		
	V	M	T	V	M	T
Nunca intimidad con un chico/a	36%	40%	38%	12%	17%	14%
Caricias sin llegar a besos en la boca	9%	4%	6%	4%	3%	3%
Besos en la boca, sin ir más lejos	39%	45%	43%	39%	42%	41%
Más allá de besos en la boca	16%	11%	13%	45%	38%	42%
N	195	199	394	192	192	384

A los 24-26, sólo 13% de los varones y 6% de las mujeres de la Generación 1 no habían tenido aún relaciones sexuales. La edad promedio del primer coito era 16,6 y 18,4 en ellos y ellas, respectivamente. Las cifras se asemejaban notablemente a las de los Estados Unidos donde, entre los 18 y 24 años, 12% de los hombres y 6% de las mujeres no habían accedido al coito y donde el debut sexual masculino se producía a la edad promedio 16 y el femenino, a los 17 (Savin-Williams & Diamond, 2004).

Cuando la Generación 2 había alcanzado los 17-18, 46% de los varones y 51% de las mujeres eran vírgenes. Aunque no se registraban diferencias entre los géneros, la mayoría de los varones tenía experiencia sexual a los 18, mientras en las chicas sucedía un año después.

Al igual que indican investigaciones llevadas a cabo sobre distintas cohortes, etnias, países, estatus socioeconómicos y credos religiosos (Savin-Williams & Diamond, 2004), en la Argentina las jóvenes iniciaban el coito a una edad posterior a la de los jóvenes. Mientras en los Estados Unidos la proporción de muchachos con experiencia sexual era generalmente la misma que la de las chicas un año mayor, en la Argentina la brecha entre los géneros era algo más grande: aproximadamente dos años.

¿Existía también en la Argentina la tendencia histórica a una iniciación sexual más temprana? Y si así fuera, ¿resultaba más fuerte en las mujeres que en los varones, como sucede en otros países? En alrededor de una década se produjo el interesante cambio histórico que se muestra en la tabla 6.2. Según la información retrospectiva brindada a los 24-26 años por la Generación 1, el porcentaje sexualmente experimentado a los 17 años era 61% en el caso de los varones y 38% en el de las chicas; a los 18, 72% versus 52%; a los 19, 76% versus 64% y a los 20-21, 86% versus 81%, respectivamente. Aunque sin olvidar las distorsiones a las que puede estar expuesta la información retrospectiva, es posible afirmar que la igualdad en el número de varones y mujeres sexualmente activos ocurría a los 20-21, mientras que en los nacidos una década después ya había sucedido a los 19 años.

TABLA 6.2: Adolescentes de 17-18 años iniciados sexualmente en las generaciones 1974-75 y 1984-85 según género

Edad	Varones		Mujeres	
	1974-75	1984-85	1974-75	1984-85
17	61%	40%	38%	49%
18	72%	65%	52%	49%
N	83	176	80	179

El cambio histórico era producto de dos procesos: el retardo en la edad del primer coito de los varones y el adelanto de la iniciación sexual de las mujeres, a la que seguía luego un aplanamiento (33% de chicas vírgenes de 20-21 años en 2002-2003).

### ¿Es positivo ser virgen a los 17-18?

Se comparó a aquéllos de la Generación 2 que a los 17-18 eran vírgenes versus los sexualmente experimentados en aspectos del

desarrollo psicosocial como nivel de problemas emocionales y de conducta, autoestima, religiosidad, rendimiento académico.

Las chicas con experiencia sexual –pero no los muchachos– eran ligeramente más depresivas y más ansiosas que las otras.

En el Perfil de Autopercepción de Harter los varones vírgenes evidenciaban menor autoestima contemporánea: se veían menos lindos, menos competentes en lo que a deportes se refiere y con menor atractivo amoroso (menos confianza en que una persona que les gustara se sintiera, a su vez, atraída por ellos). La única área en la cual los vírgenes superaban a los sexualmente experimentados era en el agrado por su buen comportamiento –hacer lo que es debido, no meterse en líos, etcétera–. Otra era la situación en el caso de las chicas: el nivel de autoestima de vírgenes y experimentadas era el mismo y sólo en atractivo amoroso, las segundas superaban en alguna medida a las primeras.

Tanto muchachos como chicas iniciados sexualmente tenían mayor conducta antisocial a lo largo de la adolescencia. Sin embargo, la diferencia –presente tanto a los 13-14 como a los 15-16– desaparecía a los 17-18. Se trataría, entonces, de que comenzaban a mostrar determinados comportamientos transgresores a una edad más temprana que los vírgenes, más que de un resultado final peor en cuanto al respeto por las normas sociales.

Los mismos hallazgos se encontraron en otro tipo de problema de conducta: el uso de sustancias tóxicas pero, a diferencia del caso anterior, los no vírgenes las continuaban consumiendo en mayor grado, incluso a los 17-18. Estudiar a esta muestra por cuarta vez permitiría saber si tal diferencia desaparece o no a una edad posterior.

Se examinó, también, si los jóvenes vírgenes eran más religiosos o más estudiosos que quienes ya habían tenido relaciones sexuales. En los varones de 17-18 de la Generación 1, pero no en las mujeres, los que no habían debutado sexualmente evidenciaban mayor nivel de religiosidad que los que ya habían tenido su primera relación sexual. Pero diez años después, ni en los muchachos ni en las chicas de 17-18 el grado de participación religiosa se asociaba ya con la condición virgen-no virgen. Sólo en el grupo más practicante –quienes concurrían semanalmente a los

servicios religiosos— la diferencia persistía (35% había mantenido relaciones sexuales, cifra bastante menor al 51% de la muestra general).

En lo que respecta a la escuela, los hallazgos fueron mixtos. Por un lado, los adolescentes de 17-18 con experiencia sexual habían tenido —dos y cuatro años antes— una actitud más negativa con respecto al valor de la escuela y a la competencia y el buen trato de sus profesores. Sin embargo, no diferían de los vírgenes en el número de años de escolaridad logrados ni en las notas que informaban haber obtenido en el último término.

### Efectos de la iniciación sexual temprana o tardía

Mientras que a la Generación 2 se le preguntó a los 17-18 si habían tenido o no relaciones sexuales, sin inquirir a qué edad ni con qué tipo de pareja, a la generación anterior se le había inquirido sobre ambos puntos, aunque recién a los 24-26 años. La respuesta de la Generación 1 fue que a los 17 o menos, en el caso de los varones y a los 18 o menos, en el de las mujeres, la mitad había practicado el coito.

Entre quienes no eran vírgenes, el primer coito se había llevado a cabo con un novio/a en el 47% de los varones y en el 95% de las chicas. Sólo 18% de los muchachos habían recurrido a una prostituta, lo cual significa un claro retroceso de esta práctica machista en los comienzos de los noventa.

Quienes habían perdido la virginidad con una novia habían pospuesto su debut hasta una edad promedio de 17,4, casi dos años mayor que aquéllos que habían recurrido a una prostituta (15,3). No se encontraron diferencias en la edad de comienzo o en el tipo de compañero entre quienes pertenecían a la clase trabajadora o a la clase media.

Como puede verse en la tabla 6.3, se clasificó a los adolescentes en tempranos, medios y tardíos con respecto a su iniciación sexual según se ubicaran en el 25% inferior, en el 50% central o en el 25% superior de la distribución de edades de su propio género.

TABLA 6.3: *Pauta temporal del primer coito en los nacidos en 1974-75 según género*

Pauta	Varones	Mujeres	Total
Tempranos	Edad 12-15 26,5%	Edad 13-16 22,5%	24.5%
Medios	Edad 16-19 49,4%	Edad 17-20 51,3%	50.3%
Tardíos	Edad mayor a 19 y vírgenes 24,1%	Edad mayor a 20 y vírgenes 26,3%	25.2%
N	83	80	163

¿Se asociaba esta pauta temporal con determinadas ventajas o desventajas en el desarrollo psicosocial? Se comprobó que las chicas tardías, pero no los muchachos, mostraban una serie de ventajas: mayor satisfacción en la relación con sus padres y mejor estado de ánimo a lo largo de la adolescencia, además de menor ansiedad a los 17-18 en comparación con los otros dos grupos.

También se detectaron diferencias ideológicas en los tardíos de ambos géneros: habían sido más creyentes y practicantes de su religión y se habían opuesto a las relaciones sexuales prematrimoniales en mayor medida que los otros dos grupos. En ellos no se producía el descenso en religiosidad ni la mayor aceptación del coito prematrimonial que experimentaba la mayoría entre los 15-16 y los 17-18.

Aunque a los 24-26 años las tempranas, medias o tardías ya no diferían entre sí en sus niveles de autoestima, depresión, predisposición a experimentar emociones negativas o satisfacción con la pareja, las tardías retenían algunas ventajas tales como percibir a su familia de origen como más cohesiva; estar más satisfechas en la relación con su madre y mostrar menor rasgo antisocial de

la personalidad que los otros dos grupos. Además, el promedio de sus años de escolaridad era mayor que el de las medias y el de éstas, a su vez, mayor que el de las tempranas.

A los 24-26 años, los hombres de iniciación tardía también tenían ciertas ventajas (menor síndrome depresivo; menor predisposición a experimentar emociones negativas; menor nivel del rasgo antisocial de la personalidad; más años promedio de escolaridad), aunque su predisposición a sentir emociones positivas era menor.

### La pareja amorosa

La adolescencia es la etapa de la vida en la cual aparecen las primeras relaciones amorosas. Aunque la calidad de dichos vínculos se asocia con la adaptación socioemocional, con el desarrollo de la identidad y de la intimidad y con el curso de los posteriores lazos amorosos y del matrimonio adulto, existen aún escasas investigaciones sobre el tema. Se conoce menos sobre la pareja en la adolescencia temprana y media, en comparación con los años finales de esta etapa y la adultez.

La investigación sugiere una secuencia de cuatro pasos en el desarrollo de las relaciones heterosexuales. Al comienzo de la adolescencia aparece, estimulado por la pubertad, un nuevo interés por los pares del otro género. Cuando consiguen superar la incomodidad inicial, comienzan a mantener relaciones amorosas generalmente cortas y poco comprometidas. Recién cuando los vínculos son estables (exclusivos, de mayor duración), la pareja se constituye en fuente de apoyo y en alguien a quien se prodigan cuidados. El cuarto paso es el de la relación comprometida, de larga duración, en la cual –si todo va bien– se pasará a la convivencia o al matrimonio.

En la temprana adolescencia –séptimo grado– las parejas son ubicadas en cuarto lugar como proveedoras de apoyo (intimidad, aprobación, afecto, alianza duradera, etcétera). A medida que se tiene más experiencia en las relaciones amorosas, pasan a ocupar una posición más alta en la jerarquía de personas importantes:

tercero en el 10º grado y primero en los años de la universidad. Esta progresión no sucede si el adolescente ha pasado por experiencias negativas (Furman y Buhrmester, 1992).

En los Estados Unidos, las chicas comienzan a tener citas a los 12 ó 13 años y la mayoría de los muchachos, a los 13 ó 14. Estas edades están influidas no tanto por la madurez puberal, sino por las normas vigentes en el grupo de amigos. A los 16, más del 90% de los jóvenes de ambos sexos han tenido al menos una cita y al final de la escuela secundaria, más de la mitad se citan una o más veces por semana y 75% ha estado de novio con alguien (Steinberg, 1999).

En la Argentina la situación era bastante diferente, como puede observarse en la tabla 6.4. Aunque la proporción de quienes tenían una pareja amorosa aumentaba en forma sostenida a lo largo de la adolescencia, la situación más frecuente era gustar de alguien con quien no se salía. Las mujeres de 17-18 constituían la única excepción.

TABLA 6.4: Situación con respecto a la pareja amorosa en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Situación	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
No atraído por nadie	115%	8%	12%	6%	18%	9%
Gusta de alguien con quien no sale	60%	69%	50%	49%	42%	37%
Sale con alguien pero no son novios	7%	6%	10%	10%	8%	9%
Tiene novia/o	18%	17%	28%	35%	31%	42%
Convive o casado	0%	0%	0%	0%	1%	3%
N	195	199	191	189	182	187

Como se ve en la tabla 6.5, también entre nosotros se produjo el cambio histórico consistente en una menor edad de inicio de las relaciones amorosas.



**TABLA 6.5:** *Adolescentes de las generaciones 1974-75 y 1984-85 que tenían una pareja amorosa según edad y género*

Género y generación	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Varones 1974-75	23%	23%	26%
Varones 1984-85	18%	28%	32%
Mujeres 1974-75	12%	31%	44%
Mujeres 1984-85	17%	35%	45%

Tener una pareja era ligeramente más frecuente de lo que solía serlo diez años atrás, tanto en las chicas a lo largo de los tres momentos de la adolescencia, como en los varones a partir de los 15-16.

Lo mismo que en otros países, la duración de la relación amorosa en promedio era muy breve a los 13-14 (iniciada hacía cuatro o menos meses en la mitad de los casos). La permanencia aumentaba a los 15-16 (nueve o más meses en uno de cada dos noviazgos) y, más aún, a los 17-18 cuando la mitad de las relaciones había comenzado hacía poco más de un año. Alrededor de un 3% de los de 13-14 informó sobre noviazgos que perduraban desde los 10 a 12 años de edad, antes inclusive de haber tenido la menarca o de haber observado por primera vez la producción de semen; se trataba, en todos los casos, de adolescentes pertenecientes a los estratos socioeconómicos más humildes.

Como es frecuente en otros países, los muchachos se involucraban con parejas de aproximadamente su misma edad, mientras que las chicas lo hacían con compañeros de una amplia variedad de edades (de 12 a 28 años a los 13-14) que eran, en promedio, dos años mayores que ellas.

Menos de la mitad había conocido a su pareja en el barrio, en casa de familiares o de amigos; un tercio, en sitios públicos recreativos tales como discotecas, parques, playas y los restantes, en alguna institución a la que concurrían habitualmente (escuela, club deportivo, iglesia).

La gran mayoría de quienes tenían una pareja evaluaron la relación como muy buena o buena (68%, 74% y 83% a los 13-14, 15-16 y 17-18, respectivamente). La satisfacción con el vínculo crecía significativamente con la edad y era igual en varones que en mujeres, excepto a los 17-18, cuando –por razones que habría que investigar– ellas se mostraban menos conformes con respecto a la marcha de la relación.

Al igual que sucedía con los amigos, el grado de aceptación mutua entre los padres y la pareja –llevarse bien o muy bien– era elevado y ascendía a lo largo de la adolescencia (61%, 81% y 88%, respectivamente). Unos pocos afirmaban la existencia de problemas entre ambos. La proporción de padres que no conocían a la pareja de su hijo/a descendía desde un tercio a los 13-14 hasta 16% y 4% en las dos edades sucesivas, lo que significa una prueba de la mayor integración de este vínculo en la red de relaciones interpersonales de los adolescentes.

### ¿Es positivo estar de novio a los 17-18?

Las de la Generación 2 que estaban de novia a los 17-18 no tenían una autoestima mejor que las otras. Sin embargo, en el Perfil de Autopercepción de Harter mostraban mayor satisfacción con dos aspectos estrechamente relacionados: la apariencia física y el atractivo amoroso. No había diferencias con respecto a las relaciones amistosas o al nivel de competencia que consideraban tener para el estudio, el trabajo o los deportes.

El impacto de estar o no de novio era mucho más fuerte en el caso de los muchachos. Los sin pareja tenían una autoestima más baja debido a su menor satisfacción, no solamente con la apariencia física y el atractivo amoroso sino, además, con su competencia deportiva y su facilidad para hacer amigos.

Los varones que estaban de novio a los 17-18 no se diferenciaban del otro grupo en depresión, ansiedad ni conducta antisocial, pero sí consumían más sustancias tóxicas y se habían iniciado en el coito en mayor medida. Las chicas con novio sólo diferían de las otras en lo que respecta a su mayor experiencia sexual.



### ¿Y estar de novio a los 13-14?

La investigación estadounidense indica que estar de novio en serio antes de los 15 tiene efectos negativos sobre el desarrollo psicosocial. Aunque esto es cierto para ambos géneros, afecta más a las chicas porque menos varones se toman seriamente el noviazgo a una edad tan temprana y porque ellas se relacionan con muchachos algo mayores, que ejercen presión para mantener relaciones sexuales. Comparadas con sus pares, estas chicas son menos maduras socialmente, menos imaginativas y más superficiales.

Participar en grupos mixtos (ir a fiestas, a bailes, etcétera) tiene un impacto positivo sobre el bienestar psicológico del adolescente temprano. Las chicas que no salen con muchachos muestran señales de un desarrollo social retardado, excesiva dependencia de los padres y sentimientos de inseguridad, mientras las que habitualmente salen y van a fiestas son más populares, más aceptadas por sus amigos y con mejor imagen de sí mismas. En resumen, sobre todo para las chicas, comprometerse en forma temprana e intensa con un novio hace más mal que bien. Es posible que los adolescentes necesiten más tiempo para desarrollar su capacidad para la intimidad a través de las amistades con el mismo sexo, antes de entrar intensivamente en las relaciones amorosas que, al comienzo de la adolescencia, se caracterizan por su superficialidad (Steinberg, 1999).

En la Argentina, tener una pareja amorosa en la etapa final de la adolescencia parecía constituir una experiencia más positiva que negativa, sobre todo en el caso de los varones. Pero tenerla a los 13-14 ¿se asociaba en la Generación 2 con algunos resultados negativos para el desarrollo psicosocial, como sucedía en los Estados Unidos y como se había comprobado diez años antes?

Lo mismo que en las de la Generación 1, la autoestima promedio de las chicas que estaban de novio a los 13-14 era más baja cuatro años después. Cuando ellas tenían 13-14 su depresión, conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas era mayor en comparación con las que no noviabán tempranamente, pero la diferencia disminuía dos años después para finalmente desaparecer a los 17-18.

Las chicas que se ponían de novia a temprana edad no provenían de hogares de menor nivel educativo, ni habían tenido la

menarca a una edad más temprana; tampoco estaban en peores términos con su madre o con su padre ni eran menos sociables con la gente de su edad. Sí diferían de las otras en cuanto a sus dificultades escolares: aunque valoraban en igual medida la concurrencia a la escuela y la competencia de los profesores, sus notas eran peores y habían repetido grado en la escuela primaria con mayor frecuencia. Podría pensarse que su dificultad en el rendimiento escolar fue uno de los factores que las predispusieron hacia una trayectoria de vida distinta: apostar al rol femenino tradicional versus postergar el matrimonio y los hijos para una edad más avanzada, una vez completado un nivel más alto de capacitación. Cuatro años después mostraban mayor deserción de la escuela secundaria (18% versus 4%), menor nivel de aspiraciones educativas (23% versus 54% deseaban cursar la universidad), convivían con una pareja y se habían convertido en madres en mayor proporción que las restantes (11% versus 1% y 14% versus 5%, respectivamente). A los 17-18, sus relaciones con madre, padre, hermanos y pareja eran igualmente satisfactorias a las de las otras mujeres; pero la amistad íntima había pasado a ese segundo plano característico de la edad adulta joven: ya no estaban en el apogeo característico del final de la etapa adolescente y del transcurso de la adultez emergente.

Los varones precoces no diferían en bienestar psicológico (depresión, ansiedad), pero sí en su peor autoestima global y en su mayor nivel de conductas antisociales y de consumo de sustancias tóxicas. Estas desventajas en el desarrollo no se presentaban contemporáneamente al noviazgo temprano, sino años después: a los 17-18 en lo que respecta a los dos primeros problemas y tanto dos como cuatro años después, en lo relativo a la utilización de sustancias tóxicas.

Noviar precozmente tenía un significado distinto en el caso de los varones. Al igual que las chicas, no provenían de padres de menor nivel educativo ni tampoco de un desarrollo puberal más temprano pero, a diferencia de ellas, llegaban al final de la adolescencia con igual logro académico que los otros, teniendo en cuenta indicadores como porcentaje de deserción, años de escolaridad cursados y nivel de aspiraciones educativas. No convivían con una

pareja ni se habían transformado en padres en mayor proporción. No diferían en el nivel de satisfacción en sus relaciones con padre, madre, hermanos, amigo íntimo y pareja. En la adolescencia media habían sido más sociables con la gente de su edad –tenían grupo de amigos, amigo íntimo y novia en mayor proporción– y a los 17-18 contaban con una pareja y habían mantenido relaciones sexuales con una frecuencia más alta que el otro grupo. Parecía, entonces, que en los varones noviar tempranamente formaba parte del conglomerado de problemas de conducta descrito por Jessor y Jessor (1977): adolescentes extravertidos, activos, buscadores de sensaciones, con dificultades para manejar los impulsos (la ira, el consumo de alcohol y otras sustancias), para respetar la autoridad y cumplir con sus obligaciones. Tal vez el efecto acumulativo de sus tropiezos con las normas sociales los había conducido a la menor autoestima global y a la menor satisfacción con su buen comportamiento y rendimiento escolar, que manifestaban a los 17-18.

### **La pareja en la red de relaciones interpersonales de los adolescentes**

Ochenta y siete por ciento de los varones y 71% de las mujeres de 13-14 no incluían una relación amorosa en la lista de las diez personas más amadas. Las chicas le otorgaban al vínculo una importancia afectiva mayor: más de la mitad de los muchachos con novia no la mencionaron, cosa que sucedía en sólo una de cada cinco chicas. A los 13-14, en la red de relaciones interpersonales de quienes tenían pareja, ésta ocupaba un sexto lugar luego de madre, padre, hermanos, amigos y abuelos, bastante por debajo de lo encontrado por las investigaciones estadounidenses.

Ochenta y cinco por ciento de los varones y 67% de las mujeres de 15-16 no incluían una relación amorosa en la lista de las diez personas más amadas. Las chicas continuaban otorgando al vínculo una importancia afectiva mayor: la mitad de los muchachos con novia no la mencionó, cosa que sucedía en sólo 18% de las chicas. En la red de relaciones interpersonales de quienes tenían pareja, ésta ocupaba ahora el cuarto lugar, desplazando a amigos y abuelos.

A los 17-18, aunque continuaban ubicados por debajo de los familiares nucleares, la importancia afectiva de novias y novios seguía en ascenso y, por primera vez, era ahora la misma para uno y otro género.

En el capítulo 4 se examinó a quién recurrirían por ayuda los adolescentes, en caso de surgir distintos tipos de problemas. Cuando el análisis se limitó a los que tenían pareja, a los 13-14 ni chicas ni chicos la consideraban una fuente de apoyo. A los 15-16 se producía en las mujeres un fuerte incremento en volverse hacia el novio en busca de ayuda y el ascenso continuaba a los 17-18. En los varones esto se producía, recién, al final de la adolescencia.

Sólo a los 17-18 los jóvenes de la Generación 2 completaron seis de las escalas del Inventario Red de Relaciones de Furman (intimidad, aprobación, afecto, alianza confiable, conflicto y antagonismo). Las cuatro primeras integraban la dimensión apoyo social y las dos últimas se resumían bajo el rótulo intercambios negativos. Se les pidió evaluar en qué grado estaba presente cada una de estas cualidades en las relaciones con madre, padre, hermano/a preferido, mejor amigo/a y pareja amorosa.

El hecho que chicos y chicas describieran por igual la relación con su pareja puede interpretarse como una interesante señal de la creciente superación de la actitud machista vigente en las culturas mediterráneas hasta unas décadas atrás. Ambos informaban que el nivel de conflicto-antagonismo era bajo (entre “poco o nada” y “algo”) y los niveles de apoyo social altos (“mucho” o “muchísima” intimidad, “muchísima” aprobación y afecto y “mucho” o “muchísima” confianza en la duración del vínculo, aunque existieran problemas). Debe recordarse que los dos géneros tampoco diferían al caracterizar con estas escalas su relación con el hermano/a favorito, aunque sí en la descripción de su lazo con la madre (mayor intimidad con ella de las mujeres); con el padre (menor conflicto y mayor intimidad con él de los varones) y con la amiga/o (las chicas percibían el vínculo más íntimo, aprobador y afectuoso).

La tabla 6.6 muestra que ambos géneros asignaban al novio o novia un papel muy importante en sus vidas, en comparación con los otros vínculos íntimos: primera fuente de apoyo social en intimidad, aprobación y afecto, aunque con conciencia de que

su duración podría ser menor y un grado de intercambios negativos más bajo que con los familiares nucleares.

TABLA 6.6: Comparación de cinco cualidades en cinco relaciones interpersonales a los 17-18 en los nacidos en 1984-85 según género

Varones					
Lugar	Intimidad	Aprobación	Afecto	Alianza confiable	Conflicto antagonismo
1°	Novia	Novia	Novia	Madre	Hermano
2°	Amigo/a	Amigo/a	Madre	Hermano	Madre
3°	Padre	Madre	Padre	Padre	Padre
4°	Madre	Padre	Hermano	Amigo/a	Amigo/a
5°	Hermano	Hermano	Amigo/a	Novia	Novia

Mujeres					
Lugar	Intimidad	Aprobación	Afecto	Alianza confiable	Conflicto antagonismo
1°	Novio	Novio	Novio	Madre	Hermano
2°	Amigo/a	Madre	Madre	Padre	Padre
3°	Madre	Amigo/a	Padre	Hermano	Madre
4°	Hermano	Padre	Amigo/a	Amigo/a	Novio
5°	Padre	Hermano	Hermano	Novio	Amigo/a

Resultaba llamativo que los varones creyeran que su pareja los quería más que su madre y las chicas, en igual medida que su madre. La relación con el mejor amigo/a –aunque se percibía en ella algo menos de afecto– compartía con la pareja las otras cualidades y la superaba en permanencia en el tiempo. Puede decirse que la afirmación de Laursen y Williams (1997) respecto a que a esta edad la pareja se ubica rápidamente al tope de la jerarquía de relaciones, en la Argentina resultó cierta sólo en el caso de los varones. En las mujeres, novio y mejor amiga/o empataban como principales proveedores con igual promedio de apoyo social.

Aunque los vínculos parental y fraterno se percibían más permanentes que la pareja y la amistad, la relación con la madre era la más inquebrantable de las cinco. Además, en el caso de las mujeres, ella retenía un cierto rol de amiga (intimidad, aprobación) en mayor medida que el padre y el hermano/a. La relación fraterna fue vista como la más conflictiva y aquella en la que se encontraba menor aprobación y afecto.

Debe recordarse que los adolescentes incluidos en la tabla pertenecían al subgrupo (33%) que contaba con los cinco vínculos. Además, aunque el hermano/a favorito figurara último como proveedor de admiración, la brindaba en “mucho” o “muchísimo” grado; su afecto hacia la adolescente era “muchísimo” y sólo existía “algo” de conflicto. Aunque el mejor amigo/a se ubicaba en quinto lugar, proporcionaba –según los varones– “muchísimo” afecto. En cambio, sí era muy escaso el nivel de intimidad de las chicas con el padre (entre “poco o nada” y “algo”) y el de los varones con los tres familiares nucleares (“algo”).

Que el tener una pareja amorosa ni mejorara ni empeorara la calidad de la relación con los padres o con el hermano/a preferido/a, indica que las nuevas relaciones son elementos de una red en expansión, en la cual las influencias son complementarias más que conflictivas. Pero las chicas de 17-18 sin pareja, al no repartir las confidencias y secretos entre su mejor amiga/o y su novio, puntuaban más alto el nivel de intimidad con su par favorito. Esta diferencia no existía en el caso de los varones. Por otra parte, tener o no pareja no introducía cambios en el porcentaje de chicas y muchachos que manifestaban tener una amiga o amigo íntimo.

Otro tópico a examinar era si pertenecer al grupo más satisfecho con la relación de pareja implicaba experimentar, simultáneamente, mayor agrado con las restantes relaciones íntimas. Mediante un procedimiento estadístico llamado análisis de conglomerados se establecieron dos grupos de adolescentes, según sus respuestas a las escalas Furman. A uno de ellos se lo denominó “altamente satisfecho” (63%) y al otro “menos satisfecho”; integraban ambos grupos varones y mujeres por igual.

Los más y los menos contentos con la pareja no diferían, contemporáneamente, en su caracterización del vínculo con madre y hermano preferido pero en el caso de las chicas, las más satisfechas se sentían más aprobadas y amadas por el padre. En cambio, aparecían diferencias importantes en la descripción del lazo con el mejor amigo. Los más contentos se consideraban –simultáneamente– más aprobados y amados por él y más confiados en que la relación iba a durar a través del tiempo; no diferían en los niveles de intimidad ni de conflicto-antagonismo.

La creciente interconexión entre los distintos vínculos íntimos al final de la adolescencia que postulan Collins y Laursen (2000), se concreta parcialmente en la Argentina y recién en la adultez emergente abarca a las cinco relaciones interpersonales arriba mencionadas.

Los más contentos con su pareja a los 17-18 no provenían de mejores relaciones con su padre ni con su madre, ni a comienzos ni a mediados de la adolescencia. En las chicas, haber estado de novia dos años antes, sí contribuía a la satisfacción: sólo 25% de ellas –versus el 54% de las otras– pertenecía al grupo de las menos conformes. Tener experiencia en cuestiones de noviazgo era el factor que se asociaba con mayor felicidad, más que la duración del vínculo con la pareja actual. En los varones, en cambio, a mayor duración, mayor era el porcentaje de insatisfechos.

Pese a la considerable importancia emocional del novio o de la novia a los 17-18, en la Argentina la pareja amorosa se volvía un miembro realmente importante de la red de relaciones interpersonales recién en la adultez emergente. En esta etapa, más jóvenes estaban involucrados en un noviazgo y la duración creciente del vínculo fortificaba el apoyo mutuo y el compromiso emocional.

Una serie de hallazgos relativos a sexualidad y pareja en la Generación 1 no se incluyen en este capítulo debido a que fueron publicados en “La sexualidad de los adolescentes. Una investigación argentina” (Facio y Batistuta, 2000).

## CAPÍTULO 7

### *Problemas psicosociales en la adolescencia*

Aunque la mayoría de los jóvenes atraviesa la segunda década de la vida sin encontrar mayores problemas psicológicos, sociales o de salud, en la adolescencia se incrementa la prevalencia de depresión, trastornos de conducta y de alimentación como, asimismo, la frecuencia de comportamientos que constituyen amenazas para la salud (fumar, consumir sustancias tóxicas, mantener relaciones sexuales sin adecuada protección).

Se denominan factores de riesgo aquellas características del individuo (excesiva timidez) o de su ambiente (familia con alto nivel de conflicto) que incrementan la probabilidad de que el joven sufra un resultado negativo en su desarrollo. La resiliencia o resistencia, en cambio, es un proceso dinámico en el cual la persona despliega una adaptación positiva a pesar de haber sufrido significativa adversidad; puede resultar de factores protectores del individuo (alta inteligencia), del ambiente (una abuela que brindó la calidez que los padres negaban) o del interjuego entre los dos.

Estos conceptos son imprescindibles para comprender tanto el desarrollo saludable como el patológico. Investigar cómo actúan los factores de riesgo que crean vulnerabilidad permite identificar a los adolescentes que necesitan una temprana intervención preventiva, mientras que entender el funcionamiento de los factores protectores y la resiliencia posibilita diseñar intervenciones destinadas a fortalecer a quienes están en peligro (Compas, 2004).

## Estado de salud

La juventud es una etapa de la vida muy saludable. Una prueba de ello es que las cinco principales causas de mortalidad de la población mundial de 15-29 años son los accidentes, el SIDA, otras enfermedades infecciosas, el homicidio y el suicidio, en orden decreciente de importancia. En Sudamérica y el Caribe, en cambio, el homicidio constituye la primera causa, seguida por los accidentes, el suicidio, las infecciones y el SIDA (Blum y Nelson, 2004).

Al preguntarle a la Generación 1 si tenían o habían tenido alguna enfermedad de cierta importancia, 20%, 29% y 21% contestaron afirmativamente a lo largo de las tres edades sucesivas, sin diferencias entre varones y mujeres. Al descontar a quienes mencionaban enfermedades infecciosas sufridas en la niñez o en la adolescencia (paperas, varicela, sarampión, hepatitis, infecciones pulmonares, enterocolitis, otitis, meningitis) y otros trastornos que no dejaron secuelas (anemia, asma, alergia, hernia, apendicitis, parálisis facial), el porcentaje nunca superaba el 5% a lo largo de los cuatro años. Integraban este grupo quienes habían pasado por circunstancias de mediana o severa gravedad para su salud (cáncer de cerebelo, fiebre reumática, anorexia, epifisiolisis con largo período de inmovilización, asma que continuaba en la adolescencia y mancha de nacimiento que cubría la mitad de la cara).

Como se mostró en el capítulo 5, la salud no constituía una alta prioridad ni entre los éxitos ni entre los fracasos de los adolescentes. A los 13-14 se ubicaba en el cuarto lugar, a los 15-16 en el quinto y a los 17-18 en el sexto sobre siete alternativas de éxito. Como fracaso, ocupaba las posiciones quinta, última y última a lo largo de las tres edades sucesivas.

A los adolescentes de la Generación 2 se les preguntó si tenían problemas de salud o no, sin inquirir cuáles eran. Nueve por ciento a los 13-14, 10% a los 15-16 y 11% a los 17-18 contestaron que sí, las chicas en mucho mayor proporción que los muchachos. En las mujeres, esta respuesta se asociaba con menor autoestima y bienestar psicológico. En los varones, en cambio,

los que informaban dificultades de salud sufrían no sólo mayores problemas emocionales, sino también de conducta; pero su escaso número impedía profundizar el perfil psicológico que los caracterizaba.

## Síndrome depresivo

La depresión puede ser un síntoma, un síndrome o un trastorno como lo define el Manual Diagnóstico y Estadístico (versión IV) de la American Psychiatric Association (2000). Constituye el problema emocional más común en la adolescencia, ya que aflige al 3% en su variante más severa y al 25% en su forma más leve.

Según investigaciones llevadas a cabo en muchos países, tanto el ánimo como el síndrome y el trastorno depresivo se vuelven más frecuentes a lo largo de esta etapa de la vida. La depresión se duplica en frecuencia con respecto a la niñez y su prevalencia es mucho mayor entre las mujeres que entre los varones, luego de la pubertad (Graber, 2004).

Cuando a la Generación 2 se le aplicó el Inventario de Depresión para Niños de Kovacs (ver Apéndice 1), el nivel de síndrome depresivo en los adolescentes argentinos de 13-17 era más alto que el informado para la muestra normativa estadounidense de la misma edad (Kovacs, 1992). Esto se debía a que, si bien los muchachos argentinos mostraban mejor nivel de ánimo que los de los Estados Unidos, las chicas eran marcadamente más depresivas que las estadounidenses.

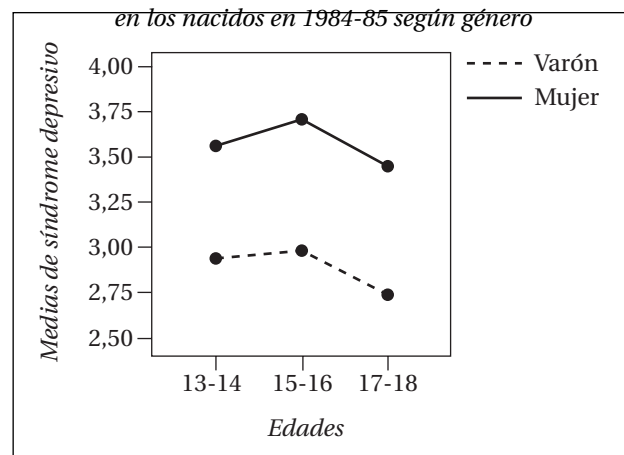
Como puede observarse en el gráfico 7.1, en ambos géneros los promedios de síndrome depresivo se mantenían entre las edades 13-14 y 15-16 y disminuían significativamente entre dicha edad y los 17-18. Aunque había adolescentes que empeoraban o mejoraban a través del tiempo, la estabilidad era alta (alrededor de 0,60 en un período de dos años y 0,50 en uno de cuatro).

Los síntomas que mejor reflejaban la depresión fueron las ganas de llorar, la tristeza, el sentimiento de soledad y la ineficacia –“Hago todo mal”– en el caso de las chicas y la soledad, la ineficacia, el



fastidio –“Las cosas me molestan todo el tiempo–” y el odio a sí mismo, en los muchachos. El rechazo al estudio, el bajo rendimiento académico y el disgusto por concurrir a la escuela no resultaron en la Argentina buenos indicadores de depresión adolescente. Tampoco las dificultades de conducta (portarse mal, desobedecer, meterse en peleas) guardaban una alta correlación con el ánimo negativo; la agresividad sólo a veces constituye una manifestación de depresión en los jóvenes (American Psychiatric Association, 2000).

GRÁFICO 7.1: Trayectorias de síndrome depresivo en los nacidos en 1984-85 según género



Llamativamente, el sentimiento de culpa no formaba parte del síndrome depresivo en esta muestra comunitaria de adolescentes argentinos. Muy pocos lo manifestaban y algunos incluso dejaban la pregunta sin contestar porque no se sentían culpables “de nada” y la alternativa más leve que ofrecía la prueba era “soy culpable de algunas cosas malas que pasan”.

La dificultad para tomar decisiones y las preocupaciones por la salud se relacionaban más con el nivel general de ansiedad y con la preocupación excesiva, que con el ánimo negativo. Por último, el interés social disminuido –“Casi nunca me gusta estar con la gente”– no se asociaba mayormente con la depresión.

Como era esperable, el síndrome depresivo correlacionaba fuertemente con otros problemas emocionales o internalizantes (autoestima global, ansiedad) y poco con los problemas de conducta o externalizantes (conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas, precocidad sexual).

### ¿Qué pone tristes a las chicas y chicos argentinos?

En la Generación 1 se evaluó sólo un aspecto del síndrome o del trastorno depresivo: la disforia, la cual puede definirse como un nivel general de infelicidad, tristeza o “bajón”. A quienes no la sufren, generalmente se las considera personas felices, que disfrutan de la vida.

Aunque el ánimo disfórico es relativamente común a lo largo de todas las etapas, no siempre forma parte de un trastorno psiquiátrico y está frecuentemente relacionado con acontecimientos vitales. Tiene, sin embargo, implicancias para la calidad de vida presente y futura del adolescente. Se sabe, por ejemplo, que un alto nivel de disforia a los 18 años predice, entre otros desenlaces, síntomas depresivos crónicos e ideación suicida en ambos géneros a los 23 (Gjerde y Westenberg, 1998).

Para evaluar el nivel de disforia, la Generación 1 completó la escala Rosenberg de Afectos Depresivos (ver Apéndice 1). Las adolescentes argentinas, como las de España y las de otras tradiciones culturales, se sentían menos felices que los varones, pero la diferencia entre los géneros era mayor que la encontrada en los Estados Unidos.

En América del Norte la discrepancia surge entre los 13 y los 14 años y algunos autores sostienen que la edad podría variar en distintas culturas (Graber, 2004). En la Argentina se la observó tanto a los 15-16 como a los 17-18. A los 13-14, aunque iba en la misma dirección, no resultaba significativa desde el punto de vista estadístico. Cuando se evaluó el síndrome depresivo –no sólo la disforia– utilizando un instrumento de medición de mayor calidad como el Inventario Kovacs, el peor ánimo de las chicas ya se hacía aparente a los 13 años.

Como sucedía con el síndrome depresivo, la estabilidad de la disforia a través del tiempo resultaba considerable: 0,54 y 0,61 para los tramos de dos años y 0,46 para el trayecto de 13-14 a 17-18.

En países del primer mundo se ha comprobado que factores tales como las actitudes de los padres, el nivel de autoestima, la imagen corporal, los acontecimientos vitales estresantes, influyen sobre el nivel de ánimo y la aparición de sintomatología depresiva en los adolescentes (Graber, 2004).

Al explorar algunos de los factores presentes a la edad de 13-14 que aumentaban o disminuían la disforia y el síndrome depresivo a través de los cuatro años subsiguientes, en la Argentina se halló que:

- Tener a los 13-14 un buen nivel de autoestima y un bajo nivel de ansiedad eran dos factores que ejercían un efecto protector sobre el estado de ánimo promedio durante la adolescencia. Aunque presente en ambos géneros, dicho efecto era más poderoso en el caso de las chicas que en el de los muchachos.
- En los Estados Unidos está bien establecida la relación entre calidez y apoyo parental, por un lado y ánimo adolescente, por el otro. En la Argentina, percibir calidez en la relación con ambos padres a los 13-14 (alta satisfacción en el vínculo con uno y otra, sentirse comprendido por ellos casi siempre o siempre) constituía un importante factor protector del ánimo a lo largo de la adolescencia en las chicas, pero no en los muchachos. Aunque en otros países está bien establecido que las mujeres muestran reacciones más negativas ante los estresores sociales que los varones (Graber, 2004), en la Argentina el efecto parecía mayor al detectado por las investigaciones anglosajonas. En las chicas de la Generación 2, el impacto de la relación con los padres a los 13-14 sobre el nivel de síndrome depresivo durante el transcurso de la adolescencia continuaba siendo importante, pero no constituía un factor protector tan contundente como el encontrado en la generación anterior.
- La relación con los hermanos percibida como muy satisfactoria a los 13-14 también protegía el posterior ánimo de las

chicas, aunque en menor medida que el vínculo con los padres. En las nacidas diez años después, el vínculo fraterno ya no cumplía esta función.

- Admirar un amigo/a a los 13-14 años era un factor de riesgo que incrementaba los niveles de disforia de las mujeres –pero no de los varones– a lo largo de la adolescencia. Hay que recordar que lo normativo en las tres edades era elegir a los progenitores como objetos de admiración.
- En los Estados Unidos y Europa septentrional, la satisfacción con la imagen corporal era el principal factor que explicaba el nivel de autoestima global entre los adolescentes. La autoestima, a su vez, daba cuenta de buena parte de las variaciones en disforia, sobre todo en las mujeres (Harter, 1999). En la Argentina, en cambio, el descontento con el peso corporal (menos musculatura y fuerza que la deseada) a los 13-14 constituía un factor de riesgo para el ánimo en los muchachos –pero no de las chicas– a lo largo de la adolescencia. Esto no acontecía respecto a la altura ni a la apariencia física en general. Sería interesante comprobar si también en otros países de tradición cultural latina y católica, la fuerza y la musculatura masculina producen un efecto comparable al encontrado en la Argentina.

En los varones de la Generación 2, el grado de satisfacción con la apariencia física a los 13-14 predecía el nivel de síndrome depresivo experimentado dos y cuatro años después. Esto no sucedía en las chicas, a diferencia de los cambios históricos relativos a autoestima y aspecto físico que se mostraron en el capítulo 3.

### **Suicidio e ideación suicida**

Depresión y suicidio se asocian frecuentemente, aunque sólo un porcentaje de los depresivos decide poner fin a su vida y muchos de los que se suicidan sufren de otros trastornos, además de depresión.



Es necesario distinguir entre ideación suicida, parasuicidio (intentos que no conducen a la muerte) y suicidio concretado. En nuestro país aproximadamente seis de cada 100.000 jóvenes de 15 a 24 años hallaron la muerte por mano propia en 1996. La tasa argentina, aunque mucho menor que la de Escandinavia y ligeramente inferior a la de países industrializados como Alemania y Japón, era una de las más altas de América Latina (Casullo y otros, 2000).

Aunque continúa siendo mucho más común entre los adultos que entre los jóvenes, tanto en la Argentina como en los restantes países de Occidente en años recientes se produjo un incremento del suicidio en la población adolescente, aunque no en la adulta.

Se han establecido cuatro tipos de factores de riesgo que incrementan la probabilidad de cometer suicidio: tener un problema psiquiátrico (especialmente depresión o abuso de sustancias tóxicas); una historia de suicidio en la familia; estar bajo estrés (sobre todo sexual o académico) y experimentar rechazo por parte de los padres o pertenecer a una familia altamente conflictiva. Un adolescente con uno de estos factores de riesgo es significativamente más probable que intente suicidarse. En aquéllos con más de uno, la probabilidad se incrementa de manera dramática (Steinberg, 1999).

El suicidio intentado sin éxito es más común en la adolescencia que en la adultez y entre las chicas, más que en los muchachos. La investigación extranjera indica que la relación entre suicidio intentado y consumado es aproximadamente de 40-50 a uno.

A los 24-26 años, 1% de los varones y 8% de las mujeres de la Generación 1 admitieron haber intentado matarse; menos de la mitad de ellos, en la adolescencia y los restantes, en la adultez emergente. Los intentos eran de distintos niveles de gravedad: extrema (arrojarse al vacío, dispararse a la cabeza con un arma de fuego); mediana (pastillas que exigieron un lavado de estómago en el hospital, arrojarse delante de un colectivo urbano) o leve (ingerir pastillas y vomitarlas). Uno de ellos falleció poco después de la última recolección de datos, debido a un suicidio exitosamente concretado luego de varios intentos severos.

Las cifras resultaban comparables al 2%-20% hallado en distintas muestras comunitarias anglosajonas, esto es, grupos tomados

al azar de jóvenes “normales” encontrados en escuelas secundarias, no en consultorios u hospitales donde se atienden problemas de salud mental.

Con respecto a la ideación suicida, a los 13-14 28% de la Generación 2 informó que en los últimos quince días había pensado en matarse –aunque no lo haría– o había querido quitarse la vida. Este porcentaje descendía a 23% a los 15-16 y 13% a los 17-18. Las cifras eran muy superiores a las indicadas por las investigaciones extranjeras (3,5%). A diferencia de lo ocurrido en otros países, con la edad éstas descendían en lugar de ascender y la mayor ideación suicida de las chicas con respecto a los varones se producía sólo en los comienzos de la adolescencia (Compas y otros, 1998).

## Ansiedad

El estudio de la ansiedad en la adolescencia ha sido relativamente olvidado por los investigadores, aunque se sabe que se incrementa durante este período de la vida, en comparación con la niñez y que las chicas la padecen en mayor grado que los muchachos (Graber, 2004).

Los teóricos afirman que la ansiedad y la depresión guardan una relación muy cercana, al punto que en la clínica es muy frecuente un síndrome denominado “cuadro mixto ansiedad-depresión”. Clark y Watson (1991) postulan que ansiedad y depresión comparten un componente significativo pero inespecífico de malestar general denominado “afecto negativo”. Los síntomas de ansiedad, ánimo depresivo, irritabilidad, las dificultades en la concentración y en el sueño, son síntomas del afecto negativo. Un constructo relacionado, “afecto positivo”, debe también incluirse para mejor entender la ansiedad y la depresión. Específicamente, la depresión –además del alto afecto negativo– se caracteriza por un bajo afecto positivo (anhedonia) combinado con una mayor lentitud de los procesos cognitivos y motrices. Por otra parte, la ansiedad comparte con la rabia ser estados afectivos negativos que, a diferencia de la depresión, muestran tendencias a la acción y a la activación fisiológica. Pero en la ansiedad predomina un

sentido de falta de dominio: el ansioso está orientado a un futuro en el cual anticipa un vago peligro al que no podrá controlar, cosa que no sucede con la rabia.

El gran interés teórico despertado por la comprensión y explicación del fenómeno de la ansiedad adulta no se vio reflejado en la creación de instrumentos adecuados para su evaluación hasta que, en los últimos treinta años, se produjeron progresos sustanciales. Tal vez los cuestionarios más populares en el primer mundo para la medición de la ansiedad son el Inventario Beck (1996) y el de Ansiedad Estado-Rasgo de Spielberger (1970).

En la Generación 1, la ansiedad se evaluó a través de la Escala Rosenberg de Síntomas Psicossomáticos (ver Apéndice 1) cuyo contenido, muy semejante al del Inventario Beck de Ansiedad, puede ser objeto de la misma crítica: medir la sintomatología del pánico más que la de la ansiedad generalizada.

En la tabla 7.1 se informan los porcentajes de quienes respondieron “algunas veces” o “a menudo” ante cada uno de los síntomas.

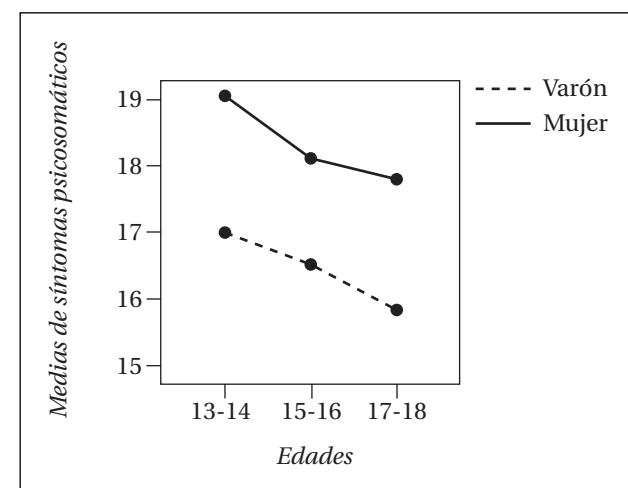
TABLA 7.1: *Síntomas psicossomáticos en los nacidos en 1974-75 según edad y género*

Síntomas	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nerviosismo	38%	53%	37%	46%	36%	45%
Insomnio	23%	28%	16%	33%	20%	34%
Pesadillas	16%	22%	16%	21%	10%	16%
Jaquecas	24%	35%	23%	31%	15%	35%
Fuertes dolores de cabeza	21%	30%	15%	25%	13%	26%
Manos que tiemblan	27%	40%	25%	31%	19%	24%
Manos que transpiran	46%	58%	42%	34%	29%	31%
Palpitaciones	12%	28%	7%	20%	12%	19%
Problemas al respirar	12%	13%	10%	22%	10%	19%
Onicofagia	39%	41%	51%	43%	35%	35%
N	92	83	86	81	91	80

La onicofagia –comerse las uñas– debió excluirse de la escala Rosenberg por no constituir en nuestro medio un síntoma de ansiedad en ninguna de las tres edades aquí estudiadas.

Puede apreciarse en el gráfico 7.2 que las chicas experimentaban mayor cantidad de síntomas psicossomáticos a lo largo de toda la adolescencia y que en ambos géneros disminuía el nivel de este tipo de malestar entre los 13-14 y los 17-18.

GRÁFICO 7.2: *Trayectorias de síntomas psicossomáticos en los nacidos en 1974-75 según género*



La Generación 2 respondió, en cambio, a la parte rasgo del Inventario de Ansiedad Estado-Rasgo de Spielberger, forma X, (ver Apéndice 1) en dos oportunidades: cuando tenían 13-15 y dos años después. Spielberger define la ansiedad como un estado emocional específico caracterizado por sentimientos desagradables como nerviosismo, tensión y aprensión, acompañado por la activación del sistema nervioso autónomo. Es importante diferenciar miedo de ansiedad. Ansiedad implica predisposición a sentir miedo o a estar pendiente del miedo para no sentirlo. Es una reacción generalizada de temor respecto a estímulos desconocidos, mientras que el miedo es específico.

El miedo se activa ante una amenaza presente y concreta y moviliza fuertemente las conductas de ataque-huida. La ansiedad, por el contrario, es la expectativa de que algo peligroso puede acontecer en el futuro.

La ansiedad como rasgo es la disposición a comportarse ansiosamente con cierta consistencia a través del tiempo y de las distintas situaciones. En la tendencia ansiosa existen diferencias individuales relativamente estables que se reflejan en la frecuencia e intensidad con que los estados de ansiedad se experimentaron en el pasado y en la probabilidad de que se manifiesten en el futuro. La ansiedad como estado, en cambio, se refiere a si el sujeto se siente ansioso en un momento determinado, no en la mayor parte del tiempo.

A diferencia de lo que sucedía cuando la ansiedad se evaluaba a partir de los síntomas psicósomáticos, en el inventario de Spielberg el nivel promedio de ansiedad descendía entre los 13-15 y los 15-17 sólo en el caso de los varones, pero no en el de las mujeres. La diferencia entre los géneros era mayor en esta prueba que en la escala Rosenberg. La estabilidad de los puntajes a través del tiempo resultó alta (correlación 0,60), lo cual indicaba que el adolescente que era ansioso a los 13-15, en la mayoría de los casos lo continuaba siendo dos años después.

Al estudiar las correlaciones (análisis factorial) entre las preguntas que constituían el test se hizo evidente que la prueba medía tres factores: depresión, preocupación excesiva e impotencia o vulnerabilidad (“me cuesta enfrentar los problemas y dificultades”; “cuando pienso en mis obligaciones me pongo nervioso, tenso”; “pierdo oportunidades por no poder decidirme rápidamente”).

Como era esperable, los puntajes se asociaban fuertemente con otros problemas emocionales o internalizantes (autoestima global, síndrome depresivo) y poco con los problemas de conducta (conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas, precocidad sexual). La correlación con el Inventario de Depresión de Kovacs resultaba excesivamente alta (alrededor de 0,75), mientras que con la escala de Síntomas Psicósomáticos de Rosenberg tomada dos años después, era apenas mediana (0,45).

Esto indicaba claramente que la prueba Spielberg evaluaba en realidad una mezcla de depresión y ansiedad, más que ansiedad generalizada.

También en los Estados Unidos el Inventario de Ansiedad-Rasgo de Spielberg ha demostrado, recientemente, ser una medida pobre de ansiedad generalizada: más de la mitad de sus preguntas miden, en realidad, depresión.

El sentimiento de soledad y los trastornos de la alimentación, dos problemas internalizantes o emocionales no estudiados en la presente investigación, fueron indagados en adolescentes argentinos por Minzi y Sacchi (2004), el primero y por Quiroga y Cryan (2002) y Vega (2004), el segundo.

## Problemas de conducta

La llamada “teoría de los problemas de conducta” de Jessor y Jessor (1977) –de la que se hablara en el capítulo 1– postula la correlación de los comportamientos riesgosos en los adolescentes. Los primeros trabajos se referían a los problemas de conducta tradicionales (delincuencia, uso de sustancias tóxicas y temprana actividad sexual), pero las investigaciones más recientes incluyen, además, el uso de tabaco, el manejo imprudente de vehículos, el inadecuado desempeño en el rol social (como un pobre rendimiento escolar), la depresión y las acciones que comprometen la salud, tales como una dieta inadecuada o el ejercicio físico insuficiente.

Jessor y Jessor también se refieren a las conductas convencionales que son aquéllas socialmente aprobadas, tales como cumplir con el trabajo escolar, concurrir a la iglesia, participar en actividades extraescolares, realizar ejercicio físico y usar equipos de seguridad. La teoría asume que la dimensión convencional no convencional es el rasgo de la personalidad que explica las correlaciones entre distintos comportamientos problemáticos y apoya la noción de que existe un síndrome de problemas de conducta. El mismo reflejaría una predisposición general a involucrarse en actos desviados cuando los jóvenes se encuentran en

situaciones que sacan a la luz tal disposición. Las llamadas conductas convencionales, en cambio, funcionan como factores protectores que disminuyen la probabilidad de involucrarse en acciones riesgosas o de tener resultados adversos en caso de haberse involucrado en ellas.

### Consumo de sustancias tóxicas

La investigación llevada a cabo en los Estados Unidos, sintetizada por Steinberg (1999), señala que casi todos los adolescentes han probado el alcohol y dos tercios, el cigarrillo. Casi la mitad de los concurrentes al último curso de la escuela secundaria habrían consumido alguna vez marihuana y un cuarto la fumó al menos en una oportunidad, durante el último año. Los inhalantes ocupaban el cuarto lugar con porcentajes marcadamente menores, lo mismo que sucedía con las restantes drogas. Si bien el uso de alcohol en los adolescentes estadounidenses resultaba comparable al de otros países industrializados, el de drogas ilícitas era mayor.

Como el consumo casi diario es el que afecta la conducta y la salud, saber que sólo una pequeña proporción de jóvenes tenía problemas serios de dependencia de las drogas (consumirlas diariamente o usar drogas “duras”), constituye un dato alentador. Una señal inquietante, en cambio, es que la experimentación con sustancias tóxicas comienza ahora a una edad más temprana que en generaciones anteriores, incluso en la escuela primaria.

La investigación extranjera indica que los adolescentes que utilizaban alcohol, tabaco o marihuana una vez por semana o más o que consumían otras drogas era más probable que ya hubieran tenido mayores problemas psicosociales en la niñez y que en la adolescencia sufrieran de depresión, practicaran sexo inseguro, experimentaran dificultades escolares, se involucraran en delincuencia y vagabundeo y tuvieran mayor cantidad de accidentes automovilísticos y de otro tipo. Al llegar a la adultez joven, era más probable que siguieran abusando del alcohol.

La investigación también ha señalado que existen tres clases de factores de riesgo para este tipo de problemas. Los psicológicos consisten en ciertas características de la personalidad que ya estaban presentes antes de la adolescencia: impulsividad, depresión y problemas con el rendimiento; además, quienes toleran la desviación de las normas en general están en mayor riesgo.

Los factores interpersonales se refieren a la pertenencia a familias conflictivas o distantes; a progenitores excesivamente permisivos, indiferentes o rechazantes y a hogares en los que se emplean sustancias tóxicas o se acepta su utilización. Asimismo, se tiende a buscar amigos que las usan o toleran lo cual, a su vez, favorece el mayor consumo.

Los factores del contexto social que facilitan el uso de las drogas son las normas que la comunidad tiene al respecto, el grado en que las leyes antidrogas se hacen cumplir y la manera en que los medios de comunicación presentan el consumo (Chassin y otros, 2004; Steinberg, 1999).

A diferencia de lo que ocurre con muchos otros aspectos del desarrollo adolescente, se cuenta con una importante encuesta argentina sobre consumo de sustancias lícitas e ilícitas en jóvenes de 12 a 18 años concurrentes a la escuela media, con la cual pueden compararse los datos de la presente investigación. La llevó a cabo la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico, dependiente de la presidencia de la Nación, en octubre-noviembre de 2001 (SEDRONAR, 2001). La respondieron 31.600 estudiantes de 676 colegios públicos y privados en 333 localidades del país.

El uso de drogas lícitas está muy extendido entre los adolescentes argentinos. Así lo indican las respuestas de la Generación 2, cuando por primera vez se incluyeron en la encuesta preguntas relativas al consumo de sustancias tóxicas.

Como puede observarse en la tabla 7.2, el uso de cigarrillos de tabaco se incrementaba con la edad, desde 22% que había fumado al menos una vez en el último año a los 13-14, a 42% a los 15-16 y 52% a los 17-18.

TABLA 7.2: Consumo de tabaco en el último año en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	87%	68%	68%	48%	56%	40%
Una o dos veces	7%	15%	15%	17%	12%	14%
Muchas veces	6%	17%	17%	35%	32%	46%
N	195	199	190	187	182	187

Estas cifras eran muy semejantes al 20% a los 12-14, 40% a los 15-16 y 48% a los 17-18 correspondientes al total del país y con el 34% en el tramo 12-18 informado por SEDRONAR para la provincia de Entre Ríos.

A los 17-18, 26% habían fumado seis o siete días en la última semana, porcentaje semejante al de los Estados Unidos, país donde los cigarrillos son la única droga que un quinto de los adolescentes consume diariamente. Un 20% había fumado cinco o más cigarrillos diarios. Dieciséis por ciento de los adolescentes de esta edad, entonces, podían considerarse adictos al tabaco al cumplir simultáneamente con el requisito de fumar todos o casi todos los días cinco o más cigarrillos. Como es habitual en las adicciones, sólo la mitad de este grupo reconocía que consumir con dicha intensidad era un problema mediano, grande o muy grande; alrededor de un tercio lo minimizaba como “pequeño” y 15% negaba tener algún problema al respecto.

En las tres edades aquí estudiadas, las chicas consumían tabaco en mayor proporción que los varones.

Como puede observarse en la tabla 7.3, tomar alcohol al menos una vez en el último año también se incrementaba con la edad, desde 52% a los 13-14, a 77% a los 15-16 y 86% a los 17-18. Estas cifras eran muy semejantes al 48% a los 12-14, 75% a los 15-16 y 82% a los 17-18 correspondientes al total del país y con el 69% para el tramo 12-18 informado por SEDRONAR para la provincia de Entre Ríos.

TABLA 7.3: Consumo de alcohol en el último año en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	49%	46%	25%	21%	11%	17%
Una o dos veces	41%	38%	41%	53%	44%	53%
Muchas veces	10%	16%	34%	26%	45%	30%
N	195	199	190	187	182	187

Al informar sobre el consumo durante la última semana, las cifras –como puede verse en la tabla 7.4– eran menores: 23%, 42% y 52% en las tres edades sucesivas. Tres por ciento de los de quinto año lo hacían con frecuencia abusiva (6 ó 7 veces por semana), cifra igual a la encontrada en los Estados Unidos.

TABLA 7.4: Consumo de alcohol durante la última semana en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	78%	75%	54%	63%	41%	55%
Una o dos veces	16%	19%	29%	25%	29%	32%
Muchas veces	6%	6%	17%	12%	30%	13%
N	195	199	190	187	182	187

Como indica la tabla 7.5, manifestaron haberse emborrachado una o más veces durante el último mes 7% a los 13-14; 21% a los 15-16 y 36% a los 17-18. En los adolescentes estadounidenses este indicador de uso abusivo de alcohol era 14% en el 8° grado, 23% en el 10° grado y 28% en el 12° grado en los últimos 15 días.

TABLA 7.5: Borracheras durante el último mes en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	96%	89%	78%	80%	56%	72%
Una o dos veces	2%	9%	16%	17%	32%	23%
Muchas veces	2%	2%	6%	3%	12%	5%
N	195	199	190	187	182	187

La tabla 7.6 muestra que, en lo que respecta a las sustancias ilícitas, admitieron haber usado marihuana al menos una vez durante el último año 1,5% a los 13-14, 2% a los 15-16 y 6% a los 17-18, cifras algo inferiores al 1% a los 12-14, más del 4% a los 15-16 y 8% a los 17-18 informadas por SEDRONAR para el conjunto del país y muy inferiores a las encontradas en los Estados Unidos.

TABLA 7.6: Consumo de marihuana en el último año en los nacidos en 1984-85 según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	98%	98%	99%	96%	91%	97%
Una o dos veces	2%	2%	1%	2%	6%	2%
Muchas veces	0%	0%	0%	2%	3%	1%
N	195	199	190	187	182	187

En cuanto al consumo de cocaína y otras drogas “duras”, las cifras fueron 1%, 1% y 2,5% en las tres edades sucesivas. La utilización de pegamento descendía desde 5% a los 13-14 a 2% tanto a los 15-16 como a los 17-18. Al combinar ambas preguntas,

quienes informaban consumir uno u otro tipo de sustancias ilícitas sumaban 5,6%, 3% y 3% en las tres edades sucesivas, porcentajes muy semejantes a los hallados en el conjunto del país para drogas ilícitas que no fueran marihuana ni medicamentos tranquilizantes o estimulantes sin receta médica. La única diferencia se producía a los 12-14, edad en la cual SEDRONAR informaba 1%.

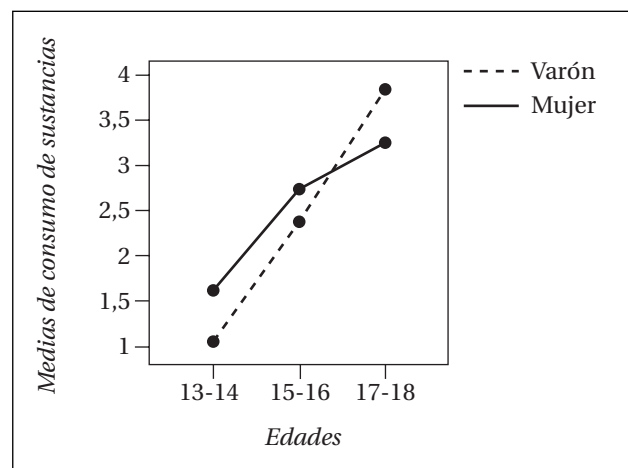
A los 17-18, sólo 7% de los jóvenes reconocía tener problemas de gravedad mediana, grande o muy grande debidos al consumo de alcohol y/o drogas. El nivel de negación era altísimo entre quienes se emborrachaban 1 ó 2 veces al mes (únicamente 9% admitía una dificultad mediana o peor) y, más preocupante aún, sólo 29% de quienes cometían dichos excesos tres o más veces al mes, reconocían la peligrosidad de su situación. Entre los consumidores de drogas ilícitas, 38% de los que habían consumido muchas veces marihuana y 44% de los que habían utilizado cocaína alguna vez en el transcurso del último año, evaluaban su conducta como un problema de al menos mediana gravedad.

Cuando las preguntas se integraron en una Escala de Consumo de Sustancias Tóxicas (ver Apéndice 1), el incremento del puntaje total a través del tiempo constituía el dato más llamativo. Como puede observarse en el gráfico 7.3, se producía un ascenso más fuerte en el tramo 13-14 a 15-16, que entre esta edad y los 17-18. Muchachos y chicas no diferían al respecto.

Como se informó en los capítulos 4 a 6, el mayor consumo de sustancias tóxicas se asociaba con relaciones familiares más conflictivas. Los menos satisfechos con uno u otro progenitor y con los hermanos las utilizaban en mayor medida, tanto contemporáneamente como en edades posteriores. Las hijas de padres divorciados las empleaban más que las de padres que continuaban juntos, tanto al comienzo como al promediar la adolescencia. Lo mismo sucedía en quienes estaban más conectados con los pares: los más sociables; los que recurrirían a ellos más que a los padres como fuentes de apoyo; los que se ponían de novio y/o mantenían relaciones sexuales a edades más tempranas.



GRÁFICO 7.3: Trayectorias de consumo de sustancias tóxicas en los nacidos en 1984-85 según género



¿Qué había sucedido en la adolescencia de quienes admitieron, cuando eran adultos emergentes de 24-26 años, estar teniendo o haber tenido problemas de adicción al alcohol o las drogas? Este 4% de jóvenes había sufrido mayor nivel de problemas emocionales (peor autoestima global, ánimo más depresivo, mayor ansiedad) y peor relación con sus padres entre los 13-14 y los 17-18 que los que no informaban tal tipo de dificultad. Como a la Generación 1 no se le preguntó por problemas de conducta, no pueden extraerse conclusiones sobre tal clase de antecedentes.

### Conductas antisociales

Se denominan conductas antisociales aquéllas que implican la violación de los derechos básicos de otras personas o de normas sociales importantes apropiadas para la edad. Algunas de ellas suponen un quebrantamiento de la ley y otras, una falta no punible a las normas éticas. Estas conductas se incluyen, junto con otros requisitos, en la definición del Trastorno de Conducta

y del Trastorno Antisocial de la Personalidad en el Manual Diagnóstico y Estadístico –versión IV– de la American Psychiatric Association (2000).

La investigación llevada a cabo en los Estados Unidos y países de Europa del norte, sintetizada por Steinberg (1999), indica que la delincuencia mayor y menor, la agresión y la violación de normas de conducta aplicables a los menores (escaparse del hogar; faltar sin permiso a la escuela; conducir vehículos) constituyen violaciones a la ley mucho más comunes en la adolescencia y en la adultez emergente, que en cualquier otra etapa de la vida. En los Estados Unidos los menores de 24 son responsables de más de la mitad de todos los delitos violentos (lesiones, violación, asesinato) pero, al mismo tiempo, los menores de 18 –aunque suman el 10% de la población– constituyen un cuarto de las víctimas de robo, violación o lesiones.

En los países extranjeros, cuando en lugar de basarse en los registros oficiales del delito se les preguntó directamente a los adolescentes, asegurándoles confidencialidad, entre 60% y 80% –dependiendo de la encuesta– informaron haber cometido algún acto delictivo alguna vez, la mayoría de ellos no grave. Esto ocurre porque una alta proporción de transgresiones no son descubiertas o, si lo son, no se produce la intervención de la policía ni de la justicia.

Aunque, afortunadamente, la gran mayoría de los jóvenes que violan la ley lo hacen sólo una vez, un pequeño número (menos del 10%) es responsable de dos tercios de los delitos denunciados.

Cuando la conducta antisocial comienza en la niñez, es más probable que el adolescente se vuelva un delincuente crónico, que cometa serios delitos y que lo continúe siendo en la adultez. Si, en cambio, comenzó en la edad adolescente, el pronóstico es marcadamente menos preocupante.

Las causas de la conducta antisocial son en parte genéticas y en parte ambientales. Los que se iniciaron en la niñez, en su mayoría varones, suelen ser muy perturbados psicológicamente, pobres, provenientes de familias desorganizadas, con padres agresivos, ineptos o negligentes que maltrataron a sus hijos y que no les inculcaron normas de conducta ni los fundamentos psicológicos del

autocontrol. La conducta antisocial del hijo, a su vez, hace más difícil su crianza. Además, rechazado desde niño por los pares normales, se asocia con otros antisociales, factor que incrementa la conducta transgresora. Se crean, así, círculos viciosos que se perpetúan a través del tiempo.

En lo que respecta a las características individuales, a temprana edad el futuro delincuente fue más agresivo y violento; era más probable que sufriera Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad; puntuaba bajo en los tests de inteligencia y tenía un pobre rendimiento escolar.

Los estudios que han seguido a los individuos desde la niñez hasta la adultez señalan un alto grado de continuidad de la conducta antisocial a través del tiempo, o sea, es posible identificar tempranamente a los individuos con tendencias antisociales. Hasta la fecha, lamentablemente, el pronóstico de cambio para estos adolescentes es sombrío (Steinberg, 1999).

A la Generación 2 se le inquirió sobre transgresiones contra la propiedad (robo a familiares; hurto en negocios; apropiación de una bicicleta o moto; destrucción de la propiedad pública), como asimismo acerca de problemas con el cumplimiento de las normas de conducta escolar (discusión violenta con una autoridad, sanciones disciplinarias) y ruptura de normas sociales inherentes a su condición de menor (conducir auto sin tener la edad, faltar a la escuela sin permiso).

Como puede observarse en las tablas 7.7 a 7.14, las transgresiones más frecuentes en los varones de 13-14 fueron recibir medidas disciplinarias y robar dinero a familiares y en las dos edades subsiguientes, las rabonas y sanciones disciplinarias. En el caso de las chicas, hacerse la rabona y robar a familiares resultaron las más nombradas en los tres períodos de la adolescencia.

En lo que respecta a las seis primeras preguntas, a los 13 años los adolescentes argentinos habían cometido menor cantidad de actos antisociales que los noruegos, con la sola excepción del vandalismo; pero a los 15 ya estaban a la par. Las chicas argentinas tenían a los 13 igual nivel de conducta antisocial y a los 15, menor que las noruegas, las que en esta última edad igualaban a los varones de su país (Jakobsen y otros, 1997).

TABLA 7.7: *Robar dinero u otros objetos a un familiar en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	72%	72%	70%	70%	75%	81%
Una o dos veces	21%	25%	26%	26%	22%	16%
Muchas veces	7%	3%	4%	4%	3%	3%
N	195	199	190	187	182	187

TABLA 7.8: *Llevarse sin pagar cosas de un negocio o kiosco en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	81%	93%	77%	90%	80%	90%
Una o dos veces	17%	7%	21%	8%	18%	9%
Muchas veces	2%	0%	2%	2%	2%	1%
N	195	199	190	187	182	187

TABLA 7.9: *Llevarse una bicicleta o moto sin permiso en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	86%	94%	90%	94%	91%	97%
Una o dos veces	9%	6%	9%	5%	8%	3%
Muchas veces	5%	0%	1%	1%	1%	0%
N	195	199	190	187	182	187



**TABLA 7.10:** *Tener una discusión violenta con un profesor, preceptor o director de la escuela en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	77%	86%	70%	85%	71%	84%
Una o dos veces	19%	13%	22%	13%	25%	15%
Muchas veces	4%	1%	8%	2%	4%	1%
N	195	199	190	187	182	187

**TABLA 7.11:** *Recibir una medida disciplinaria en la escuela en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	69%	88%	50%	80%	58%	82%
Una o dos veces	24%	12%	40%	17%	36%	16%
Muchas veces	7%	0%	10%	3%	6%	2%
N	195	199	190	187	182	187

**TABLA 7.12:** *Destruir intencionalmente objetos de propiedad pública en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	78%	93%	77%	93%	86%	95%
Una o dos veces	19%	7%	20%	5%	11%	5%
Muchas veces	3%	0%	3%	2%	3%	0%
N	195	199	190	187	182	187

**TABLA 7.13:** *Faltar a la escuela sin permiso de los padres o escaparse de la escuela en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca	83%	78%	39%	49%	40%	53%
Una o dos veces	13%	17%	45%	40%	46%	33%
Muchas veces	4%	5%	16%	11%	14%	14%
N	195	199	190	187	182	187

**TABLA 7.14:** *Manejar auto o camioneta sin supervisión adulta en los nacidos en 1984-85 según edad y género*

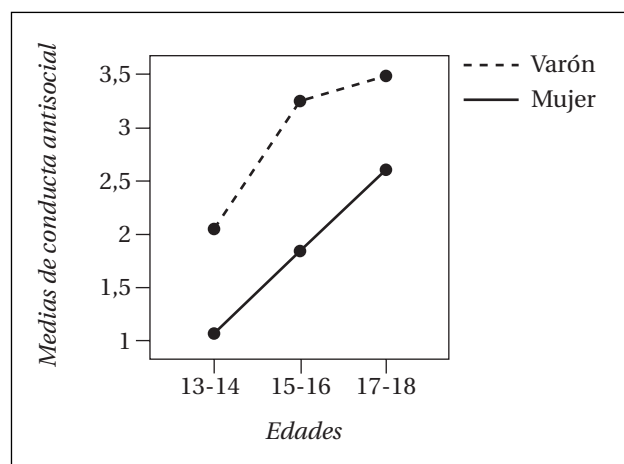
Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16	
	V	M	V	M
Nunca	82%	94%	60%	86%
Una o dos veces	8%	4%	20%	8%
Muchas veces	10%	2%	20%	6%
N	195	199	190	187

A los 17-18 se inquirió, además, sobre otras conductas antisociales. Quienes habían incurrido en ellas una o más veces sumaban 77% en lo que se refiere a decir mentiras para zafar de un problema en el que se habían involucrado; 59% hacer cosas a propósito para molestar a otras personas; 47% perder el control de la ira; 45% hacer trampas para conseguir algo que deseaba; 36% amenazar, burlar o golpear a otros chicos o chicas; 32% meterse en peleas en las que había habido golpes, empujones o tiradas de pelo y 9% tener problemas con la policía o con la justicia debido a su conducta.

El gráfico 7.4 muestra el marcado incremento en conducta antisocial a lo largo de la adolescencia. Cuando las distintas preguntas se integraron en una Escala de Conducta Antisocial (ver Apéndice

1), en los varones el ascenso más fuerte se producía en el tramo 13-14 a 15-16 y en las mujeres, en ambos tramos por igual.

GRÁFICO 7.4: Trayectorias de conducta antisocial en los nacidos en 1984-85 según género



Como en otros países, los muchachos mostraban niveles más altos de conducta antisocial que las chicas, a lo largo de las tres edades aquí estudiadas. La relación con el nivel socioeconómico de la familia era, sin embargo, diferente en la Argentina: los varones de mayor estatus evidenciaban los niveles más altos de transgresión tanto a los 13-14 como a los 15-16, correlación que dos años después ya no existía. La mala conducta en la escuela elevaba los puntajes de la clase media, sobre todo en lo referente a discusiones violentas con algún docente y recibir sanciones disciplinarias, a lo cual se sumaba –a los 15-16– manejar un auto sin tener la edad legal. En el caso de las mujeres, conducta antisocial y nivel socioeconómico no se asociaban.

Como era de esperar, en las distintas etapas de la adolescencia la conducta antisocial correlacionaba fuertemente con otros problemas de conducta o externalizantes (consumo de sustancias tóxicas, precocidad sexual) y poco, con problemas emocionales o internalizantes (autoestima, depresión, ansiedad).

## ¿Cómo se perjudica el desarrollo de los adolescentes antisociales?

En capítulos anteriores ya se informó acerca del impacto que ejercía la relación con familiares y pares a los 13-14, sobre el nivel de conducta antisocial dos y cuatro años después.

Se examinará, ahora, el efecto de pertenecer al tercio con mayor promedio de conducta antisocial en las edades 13-14 y 15-16 sobre diferentes desarrollos posteriores. A los 17-18, este grupo de varones experimentaban dificultades en sus relaciones interpersonales: se sentían menos apoyados por ambos progenitores, por su hermano favorito, por su mejor amigo y por su pareja y tenían, además, mayor nivel de conflicto y antagonismo con el padre. También evidenciaban una competencia psicosocial disminuida: sólo un porcentaje menor cursaba estudios; sus aspiraciones en el plano académico eran más bajas; estaban menos satisfechos con su comportamiento y su ánimo era algo peor.

En las chicas, en cambio, pertenecer al tercio más antisocial a los 13-14 y 15-16 no se asociaba con costos psicológicos tan altos a los 17-18, aunque tenían un mayor nivel de conflicto con el hermano favorito y con el novio, estaban estudiando en menor proporción y evidenciaban un nivel más bajo de aspiraciones educativas. Esta diferencia podría atribuirse, tal vez, a que en la muestra había poquísimas mujeres con un nivel realmente elevado de conducta antisocial.

## La sexualidad como riesgo

Los hallazgos argentinos referidos a la sexualidad –importante aspecto del desarrollo psicosocial en la adolescencia– fueron presentados en el capítulo 6. Pero la sexualidad implica también riesgos, dos de los cuales se exploraron en la presente investigación: el embarazo adolescente y ser víctima de violencia sexual.

En la Generación 2, 1% de los varones y 6% de las mujeres de 17-18 informaban tener un hijo. La cifra era muy parecida a la de los Estados Unidos, donde a los 15-19, 5% de las mujeres habían dado a luz. El hecho de que casi dos de cada tres fueran madres

solteras que continuaban viviendo con uno o ambos padres, sugiere que en la mayoría de los casos el embarazo no fue un acontecimiento ni planeado ni deseado. Cincuenta y siete por ciento de los varones padres no vivían con sus hijos.

Como el estatus socioeconómico de la familia era menor en las jóvenes madres que en las que no tenían descendencia, se las comparó con las de un nivel semejante al suyo. Se comprobó que habían desertado en mayor medida de la escuela secundaria (61% versus 8%) y que los años de escolaridad alcanzados eran menores. Un porcentaje llamativamente alto (26% versus 12%) ni estudiaba ni trabajaba ni era ama de su propia casa y sólo 22% (versus 84%) cursaban estudios secundarios o pos-secundarios. Además, eran más depresivas y en lo que respecta a su autoestima, valoraban peor la corrección de su comportamiento y su capacidad para la amistad íntima y tenían menor confianza en su facilidad para caerle bien a la gente, que las otras. En definitiva, la maternidad temprana parecía asociarse, al igual que en otros países (Moore y Rosenthal, 1993), con menor bienestar psicológico y con riesgos educativos y laborales bastante marcados.

Confirmando que las madres adolescentes ya diferían de otras chicas de su mismo nivel socioeconómico antes del embarazo, a comienzos de la adolescencia habían sido más depresivas, con mayor precocidad sexual y consumo de sustancias tóxicas; más involucradas en noviazgos y más atrasadas en la escuela, en comparación con las que no se habían transformado en madres. Es probable que todos estos correlatos hayan contribuido a la causa final del embarazo adolescente no deseado: mantener relaciones sexuales y llevarlas a cabo sin utilizar una contracepción efectiva.

Aunque en la mayoría de los casos no se denuncia, la violencia sexual contra los adolescentes a manos de adultos o de pares constituye un problema social bastante frecuente. Las investigaciones extranjeras indican que se produce diez veces más en mujeres que en varones, aunque es probable que el abuso sexual masculino sea menos reportado aún que el femenino.

Cuando la Generación 1 tenía 24-26 años, ninguno de los varones y 16% de las mujeres admitieron haber sido víctimas de violencia sexual. La mayoría de los episodios narrados sucedieron luego de los 18 años, en la adultez emergente: cinco violaciones (tres a

manos del marido; una efectuada por un desconocido mientras la joven estaba internada en un hospital y la quinta, por un conocido en una fiesta, mientras la víctima estaba alcoholizada); un acoso sexual en el trabajo por parte del jefe; dos casos de manoseos por desconocidos y ser testigo de la violación de la hermana por un ladrón encapuchado. Dos jóvenes mencionaron la ocurrencia de abuso sexual durante la niñez (uno ocasional a manos del abuelo y el otro reiterado a lo largo del tiempo por un conocido de la familia). En otros dos casos, el episodio tuvo lugar durante la adolescencia.

#### VIÑETA CLÍNICA 7.1:

##### *Dos casos de abuso sexual en la adolescencia*

“Cuando yo estaba en 7º grado iba de visita con mi hermana a la casa donde mi tía más querida vivía con su esposo. Una noche el tío entró donde dormíamos y nos manoseó a mi hermana y a mí. Nunca se lo dije a mis padres y mucho menos a mi tía. El tenía problemas con el alcohol. Lo sigo tratando pero a partir de ahí, jamás nos quedamos a dormir. Me llevó muchos años superar el trauma, incluso me afectó en mis noviazgos. Sólo he hablado este tema con mi hermana y con mi novio actual, con quien tengo una relación bastante larga.” Mujer, 24 años.

“Fui abusada por mi hermano mayor cuando yo tenía 10 años y reincidió a los 14 y luego a los 17. No quiero dar detalles. En casa no se habla del tema, el único que me apoya es mi hermano menor. Mi madre siempre me dijo que me callara porque si hacía lío eran dos los afectados que habría en la familia. Mi abuelo pidió una vez que no me llevaran al médico para que nadie supiera y mi mamá estuvo de acuerdo. Tengo recuerdos borrosos y confusos pero sí me acuerdo perfectamente que a los 12 me despertaba llorando y gritando “¡No soy virgen, no soy virgen!”. Esto afectó la relación con mi novio y decidí finalizarla. Todavía tengo problemas para superarlo. Tenía dificultades sexuales con mi pareja anterior pero no con la actual”. Mujer, 24 años.

Al igual que en otros países, la violencia fue ejercida en mayor medida por familiares y conocidos que por extraños y el impacto psicológico que produjo resultó elevado, tanto en el corto como en el largo plazo. Las mujeres argentinas de 24-26 años

evaluaron el estrés generado por el abuso sexual como más alto que el costo emocional que las hijas de padres divorciados asignaban a la ruptura de la pareja parental.

## CAPÍTULO 8

### *Educación y trabajo en la adolescencia*

La sociedad considera a la adolescencia un tiempo de preparación para los roles laborales adultos. Con este objetivo, en las últimas décadas la mayoría de los chicos y chicas argentinos concurre, al menos durante algún tiempo, a la escuela secundaria. Además de constituir el principal ámbito educativo, ella desempeña un importante papel en la definición del mundo social de los jóvenes (quiénes son sus amigos, compañeros y conocidos) y en el progreso hacia la autonomía y el sentido de la identidad. Aquéllos que están interesados en influir en el desarrollo de los adolescentes y, a través de ellos, en la sociedad en su conjunto, consideran importante estudiar los efectos que ejerce la escuela.

En el presente capítulo, las referencias a las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos y Europa septentrional se han extraído principalmente de las síntesis presentadas por Steinberg (1999) en su libro *Adolescence* y, en menor medida, de Entwisle (1990) y Mortimor (1995).

#### **Rendimiento escolar**

La investigación extranjera ha demostrado que una serie de factores explican los diferentes niveles de rendimiento escolar de los adolescentes. La inteligencia, tal como la miden los tests de cociente intelectual, está altamente correlacionada con los resultados en las pruebas de conocimiento y sólo moderadamente o apenas asociada con las notas escolares y con los años de escolaridad lograda,

respectivamente. Factores tales como el criterio del docente –que a veces privilegia el esfuerzo o el buen comportamiento en clase, más que el rendimiento– influyen en las notas, mientras el nivel socioeconómico de la familia ejerce poderosa influencia sobre los años que se concurrirá a la escuela. Quienes pertenecen a los estratos más bajos entran ya en primer grado con menor repertorio de habilidades académicas y sufren, además, mayor cantidad de acontecimientos vitales estresantes que afectan su salud mental y su desempeño escolar. Que los adolescentes pobres completen menos años de escolaridad, no implica olvidar que existe una proporción de ellos que, pese a las probabilidades en contra, se recibe en la universidad.

En todas las clases sociales –dice la investigación extranjera– tienen mayor logro educativo quienes experimentan sentimientos de pertenencia con la escuela; quienes perciben una conexión entre el desempeño escolar y el éxito en la vida adulta; quienes tienen padres y amigos que valoran y apoyan el logro educativo y, además, progenitores que controlan eficazmente el comportamiento del hijo.

Como el promedio de notas informado por los adolescentes no resultó un indicador útil, el logro educativo se evaluó a través del retraso o no retraso en la escolaridad. Como puede observarse en la tabla 8.1, al encuestar por primera vez a los de 13-16 años de la Generación 2 la mayoría (70%) asistían al curso que les correspondía por su edad. El resto evidenciaba atrasos de uno a tres años. Debe recordarse que quienes concurrían a primero, segundo o tercero con una edad mayor a 16 no fueron incluidos en la muestra.

**TABLA 8.1:** Grado de atraso escolar en 1998 de los nacidos en 1982-85 según género

Grado de atraso	Varones	Mujeres	Total
No atrasado	69%	72%	70%
Atrasado 1 año	19%	18%	19%
Atrasado 2 años	10%	7%	9%
Atrasado 3 años	2%	3%	2%
N	350	348	698

Dos años después, como se muestra en la tabla 8.2, una mayoría semejante (68%) había avanzado los dos cursos esperables y los restantes se dividían, ahora, entre atrasados y desertores.

**TABLA 8.2:** Avance en la escolaridad entre 1998 y 2000 de los nacidos en 1982-85 según género

Grado de avance	Varones	Mujeres	Total
Avanzó 2 años	63%	72%	68%
Avanzó 1 año	21%	17%	19%
No avanzó	8%	5%	6%
Desertó	8%	6%	7%
N	343	338	681

**TABLA 8.3:** Avance en la escolaridad entre 2000 y 2002 de los nacidos en 1982-85 que cursaban primero o segundo año en 1998 según género

Grado de avance	Varones	Mujeres	Total
Avanzó 2 años	56%	62%	59%
Avanzó 1 año	22%	19%	20%
No avanzó	9%	5%	7%
Desertó	13%	14%	14%
N	246	234	480

En la tabla 8.3 puede observarse el progreso realizado entre 2000 y 2002 por los de la Generación 2 que cursaban primero o segundo en 1998. Los que estaban en tercero se excluyeron debido a que la encuesta no inquiría sobre el grado de avance a través de los estudios superiores. A los que en 2000 asistían a cuarto año, por ejemplo, se les adjudicaron dos de progreso si en 2002 eran alumnos de una carrera universitaria o terciaria. Pero si habían terminado la escuela secundaria y no continuaban estudios o hacían cursos que no constituían una carrera (instructor de aerobismo,

peluquería, etcétera) se les asignaba un avance de sólo un año en su trayectoria educativa. El porcentaje de desertores se duplicó, al sumarse una segunda camada a quienes ya habían dejado la escuela en el tramo anterior

Cuando se evaluó el progreso de este grupo a lo largo de cuatro años, sólo 42% de varones y 50% de mujeres estaban en el curso que correspondía a su edad. Terminar la escuela media y entrar a la universidad en las edades esperadas no era, entonces, el rendimiento más frecuente entre los adolescentes argentinos.

Andar mal en la escuela ¿era un factor de riesgo para otros aspectos del desarrollo del joven, más allá de su significación educativa? Como los no atrasados pertenecían a hogares de mayor nivel socioeconómico que los atrasados y éstos, a su vez, que los desertores, los hallazgos que a continuación se presentan fueron corregidos estadísticamente con respecto a la incidencia del estatus.

Al examinar el Perfil de Autopercepción de Harter al final de la adolescencia, quienes habían avanzado sin tropiezos a lo largo de los cuatro años superaban en satisfacción con su competencia escolar y con su buen comportamiento a los que se habían atrasado. Ambos grupos se distinguían, a su vez, de los desertores quienes, además de estar peor en ambas áreas, evidenciaban menor confianza en caerle bien a los demás en general y se consideraban menos íntimos en la relación con su mejor amigo en particular. Por otra parte, los desertores evaluaban mejor que los otros dos grupos su atractivo físico y su competencia deportiva.

Ser alumno no atrasado, atrasado o desertor no se asociaba con diferencias en las trayectorias de problemas emocionales (autoestima global, depresión, ansiedad), pero sí de conducta a lo largo de la adolescencia. Al igual que en la investigación extranjera, los no retrasados evidenciaban menor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual que los otros. Además, aunque al final de la adolescencia no se diferenciaban en orientación con respecto al trabajo –luego de corregirla del impacto del nivel socioeconómico– eran más independientes que los retrasados y éstos, a su vez, que los desertores (ver ambas escalas Greenberger en Apéndice 1).

En lo que se refiere a vínculos, al final de la adolescencia los no atrasados tenían mejores relaciones con madre, padre y hermano preferido (sentirse más aprobados y amados; creer que la relación perduraría a través del tiempo), que los atrasados y éstos, a su vez, que los desertores. También evidenciaban mejores lazos con la pareja, sobre todo en lo que a nivel de intimidad se refería. Tanto a los 13-16 como dos años después, los jóvenes que no se atrasaron habían tenido mejores relaciones con ambos progenitores que los atrasados y éstos, a su vez, que los desertores; las diferencias eran más marcadas en el vínculo con el padre que con la madre.

A los 17-21 años los tres grupos discrepaban, también, en relación con variables demográficas como trabajar (21%, 36% y 52%); vivir en pareja (0%, 2% y 23%) y tener hijos (0%, 7% y 32%) para los no atrasados, atrasados y desertores, respectivamente.

En la Argentina, entonces, como en otros países industrializados, el buen rendimiento escolar no era sólo una cuestión educativa: constituía un poderoso indicador de la mayor o menor competencia psicosocial que el joven va desarrollando a lo largo de su vida.

### **Actitud positiva o negativa hacia la escuela media**

¿Cómo perciben la escuela los estudiantes secundarios argentinos? Una investigación sueca, por ejemplo, encontró una gran variabilidad en los sentimientos de los adolescentes: 25% la disfrutaba mucho; 25% la detestaba y pensaba que los amigos eran en ella la única salvación y el resto experimentaba emociones encontradas. Estudios extranjeros indican que los capaces para el aprendizaje y los que provienen de niveles socioeconómicos más altos tienen experiencias más positivas en la escuela que los menos capaces y los más pobres.

Como puede observarse en la tabla 8.4, una baja proporción de jóvenes –que casi nunca superó el 20%– cuestionaba el valor de concurrir a la escuela. Porcentajes más altos, en cambio, expresaban críticas relativas a la competencia y motivación de los profesores. La mayoría consideró que los docentes exigían de-



masiado, al punto que debió excluirse este tópico de la escala de actitud respecto a la escuela por su insuficiente correlación con las restantes preguntas.

TABLA 8.4: *Actitud negativa respecto a la escuela de los nacidos en 1982-85 en 1998 y dos años después según curso*

Preguntas	1er. año en		2do. año en		3er. año en	
	1998 ▶ 2000		1998 ▶ 2000		1998 ▶ 2000	
<i>Valor de la escuela</i>						
Es una pérdida de tiempo	8%	7%	5%	6%	2%	4%
No enseñan cosas útiles p/ mi futuro	5%	7%	4%	6%	4%	7%
No me interesa el título	7%	8%	11%	4%	6%	2%
No enseñan cosas importantes	3%	5%	8%	6%	6%	8%
Vengo sólo porque me mandan	18%	19%	15%	11%	13%	12%
Amigos lo único interesante	21%	17%	20%	19%	17%	12%
<i>Los profesores</i>						
No conocen su materia	17%	20%	24%	37%	23%	26%
Explican mal	25%	26%	27%	32%	26%	18%
No les gusta enseñar	7%	13%	17%	23%	11%	16%
No tratan bien a los alumnos	13%	14%	20%	18%	9%	15%
Son injustos	32%	37%	36%	41%	35%	24%
Exigen demasiado	61%	54%	67%	58%	66%	55%
Medias y desviaciones típicas	1,56 (1,94)	1,58 (1,83)	1,88 (2,20)	1,82 (1,92)	1,53 (1,86)	1,33 (1,63)
N	270	223*	251	226*	175	163*

\* No se incluyen los desertores.

Los que cursaban primer año le encontraban menos defectos a la escuela que los alumnos de segundo o tercero, pero dos años después habían empeorado su actitud. Mientras que los de segundo también se volvían más críticos, los de tercero no modificaban su nivel de aceptación a lo largo de dicho período. Parecería, entonces, que luego del entusiasmo inicial por la escuela media, los jóvenes se desilusionaban en cierta medida de ella (sobre todo de los profesores) para, hacia el final de su trayectoria escolar, consolidarse la actitud en los niveles positivos, medios o negativos característicos de cada quien. Debe recordarse, sin embargo, que el nivel de cuestionamiento hacia la escuela fue siempre bajo: menos de dos del total de once aspectos sobre los cuales se les pedía opinar. Muchachos y chicas mostraban grados de satisfacción semejantes.

Al igual que en otros países, los adolescentes de mejor rendimiento estaban más satisfechos con la escuela. Quienes en 1998 concurrían al curso esperable para su edad –primer año los de 13, segundo los de 14 y tercero los de 15– mostraban mejor actitud que los alumnos atrasados. Aunque la insatisfacción de estos últimos se revelaba tanto respecto de los profesores como en lo concerniente al valor de concurrir a la escuela, era en el segundo de estos tópicos donde la diferencia se tornaba más grande. Lo mismo sucedía dos años después al comparar los atrasados con los que asistían al curso esperable para su edad cronológica. Quienes luego desertarían habían mostrado mayores niveles de descontento con la escuela secundaria (sobre todo con el valor de concurrir a ella) cuando todavía estaban asistiendo.

A diferencia de lo informado por las investigaciones extranjeras, en la Argentina pertenecer a un nivel socioeconómico más alto o más bajo no se asociaba, respectivamente, con mejor o peor actitud hacia la escuela. Probablemente esto refleje un mayor reconocimiento de la institución educativa por parte de los estratos bajos argentinos, más que una valoración menor por parte de los estratos medios.

En 1998 los alumnos de escuelas privadas mostraban una actitud más positiva con respecto a la escuela, que los de las instituciones de dependencia provincial; pero dos años más tarde, por razones que habría que investigar, dicha diferencia había desaparecido.



Se utilizó una técnica estadística llamada análisis de conglomerados para detectar conjuntos de adolescentes según los puntajes de actitud ante la escuela a los 13-16 y dos años después. Se perfilaron tres grupos: los que en ambas edades tenían una actitud muy positiva hacia la institución educativa (48%); los que empeoraban su actitud a lo largo de los dos años (18%) y los que, en ambas oportunidades, estaban menos satisfechos con ella (34%).

Se pudo comprobar que ser más crítico con respecto a la escuela implicaba ciertos costos para la competencia psicosocial. En lo que concierne a problemas de conducta, los más críticos tenían un mayor nivel de conducta antisocial, de consumo de sustancias tóxicas y de precocidad sexual, que los menos críticos, con los crecientemente insatisfechos ocupando un nivel intermedio. Esto era así tanto a los 13-16 como dos y cuatro o cinco años después. Algo diferente era el cuadro en lo que se refiere a problemas emocionales: los menos críticos ostentaban niveles más saludables de autoestima global, depresión y ansiedad en comparación con los más críticos y que los crecientemente insatisfechos, los cuales empataban entre sí tanto a los 13-16 como dos y cuatro o cinco años después.

Cuando tenían 17-21 años, quienes a los 13-16 y luego a los 15-18 se habían mostrado poco críticos de la institución educativa eran jóvenes más satisfechos con su buen comportamiento y con su rendimiento escolar en comparación con el grupo más crítico; los crecientemente insatisfechos con la escuela ocupaban un nivel intermedio. Además, los vínculos de los poco críticos con madre, padre, hermano favorito y pareja eran mejores que los de los otros dos grupos. Percibían en ellos mayor apoyo, amor y confianza en que la relación duraría aunque surgieran problemas y en el caso de la pareja, además, mayor intimidad. No se detectaban diferencias, en cambio, en la descripción del vínculo con el mejor amigo/a.

Ya en las edades de 13-16 y 15-18 los adolescentes poco críticos habían tenido mejores relaciones tanto con el padre como con la madre y los hermanos; los crecientemente insatisfechos ocupaban una posición intermedia y los más críticos, la peor.

Por último, la satisfacción con la escuela –además de constituir un importante indicador de desarrollo psicosocial saludable–

contribuía, aunque en menor medida que el nivel socioeconómico de la familia, a predecir cuántos años de escolaridad se lograrían a los 17-18.

A la Generación 1 se la había interrogado, solamente, sobre tres aspectos de su actitud ante la escuela.

TABLA 8.5: *Actitud negativa respecto a la escuela en los nacidos en 1974-75 según edad*

Preguntas	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Profesores poco o nada amables	24%	40%	34%
Profesores poco o nada capaces para enseñar	5%	12%	24%
Poca o ninguna utilidad de las enseñanzas escolares para la vida	5%	13%	30%
N	175	167	152*

Como puede observarse en la tabla 8.5, la Generación 1 expresaba menor valoración de la utilidad de la escuela, mayor respeto por la capacidad del profesor y mayor antipatía hacia el docente, que los nacidos diez años después. Tal vez esto se relacione con una mayor conciencia de la sociedad sobre la importancia de la capacitación para el futuro laboral, por un lado y con el menor ejercicio de la autoridad docente informado por diversos observadores, por el otro.

### Motivación académica

Aunque la capacidad intelectual es un importante predictor del rendimiento escolar, los factores motivacionales constituyen

\* No se incluyen los desertores de la escuela secundaria.

también una poderosa influencia ya que repercuten sobre el nivel de aspiraciones educativas, el tipo de metas que se perseguirán y la efectividad puesta de manifiesto en su consecución.

Se denomina motivación académica al grado de interés que el adolescente tiene en lograr un buen desempeño escolar. Un estudiante no tan inteligente puede llegar a ser una persona de alto rendimiento debido a que su tenacidad lo lleva a implementar estrategias más efectivas de aprendizaje. Por el contrario, algunos jóvenes muy capaces pero con baja motivación, pueden no desarrollar su potencialidad al abandonar fácilmente la tarea, no utilizar buenas estrategias de aprendizaje y no disfrutar del aprender.

Sólo a los 17-18 años los de la Generación 2 que cursaban la escuela media completaron la Escala de Motivación Académica de Peterson (1999) (ver Apéndice 1). Los resultados –agrupando a quienes respondieron cierto o muy cierto– se exponen en la tabla 8.6.

TABLA 8.6: *Motivación académica en los nacidos en 1984-85 a la edad 17-18, según género*

Preguntas	Varones	Mujeres	Total
Soy un alumno estudioso	59%	70%	63%
Tener buenas notas me importa mucho	87%	90%	88%
Generalmente cumplo con el estudio o el trabajo que encargan los profesores	87%	96%	90%
Para mí la educación es tan importante que estoy dispuesto a bancarme algunas cosas de la escuela que no me gustan	84%	93%	88%
En general, me gusta la escuela	83%	87%	85%
N	137	111	248

Cuando las cinco preguntas se integraron en una escala, el nivel de motivación escolar de las chicas –lo mismo que sucede en

los países del primer mundo– era más elevado que el de los muchachos. Por otra parte, quienes estaban atrasados con respecto al curso al que, por su edad, les hubiera correspondido asistir la manifestaban en menor nivel. Los alumnos con mayor motivación académica tenían, en general, mejores calificaciones que los menos interesados, si bien la correlación entre ambos aspectos era apenas mediana.

Confirmando que la actitud positiva o negativa hacia la escuela era un constructo diferente a la motivación académica –evaluada en 2002– se hallaron muy modestas correlaciones entre ambas.

Cuando se comparó al grupo de alta motivación académica (19%) versus los de mediana (77%) y baja (23%) en lo referente a problemas emocionales, sólo se encontraron diferencias en las trayectorias de depresión a lo largo de la adolescencia (a menor motivación académica, mayor depresión). En lo que concierne a problemas de comportamiento, cuanto menor era la motivación académica, mayor la conducta antisocial y el consumo de sustancias tóxicas; en cambio no se detectó ninguna diferencia respecto a la precocidad sexual.

Al final de la adolescencia, en el Perfil de Autopercepción de Harter los de alta motivación ostentaban mayor satisfacción con su competencia escolar y laboral, que los otros dos grupos; en su orientación con respecto al trabajo se percibían como personas más esforzadas y cumplidoras de sus obligaciones.

En cuanto a los vínculos interpersonales, los de alta motivación académica evaluaban sus lazos con madre y padre en forma más positiva (veían en ellos mayor intimidad, aprobación y amor y confiaban en que la relación duraría aunque surgieran problemas). También en los años intermedios de la adolescencia el vínculo con ambos progenitores había sido algo más difícil en los de motivación académica baja. Los primeramente mencionados percibían la relación con el mejor amigo como más aprobadora, con más amor y durabilidad a través del tiempo, en comparación con los dos grupos menos motivados académicamente.

Tener un nivel u otro de motivación no se asociaba con diferencias en dimensiones demográficas tales como vivir con una pareja, tener o no hijos, trabajar, como tampoco respecto al estatus socioeconómico de su familia.

Cuando a la Generación 1 se le pidió seleccionar lo más importante en sus vidas dentro de una lista que incluía “mi familia”, “mis amigos”, “mi noviazgo”, “mi vida escolar”, “mi futuro”, “mis diversiones”, “mi religión”, “mi patria”, “mis ideas políticas” y “otra”, la escuela fue mencionada en igual medida por chicos y chicas, en porcentajes que nunca superaban el 10%.

Cuando se solicitó a este mismo grupo elegir dentro de un listado de once situaciones cuál era la que le producía mayor cansancio, las dos relativas a la educación –estudiar y estar en la escuela– sumaban alrededor de un tercio de las respuestas a lo largo de las tres edades aquí investigadas. Sin embargo, el cansancio producido por estudiar iba descendiendo de 17% a 9% como motivo de queja, mientras tener que permanecer en la escuela se mantenía constante durante la adolescencia.

### Aspiraciones educativas

A la Generación 2 se le preguntó, sólo a los de 17-18 años –estuvieran cursando la enseñanza media o hubieran desertado de la misma– qué nivel de escolaridad planeaban alcanzar en el futuro.

TABLA 8.7: *Aspiraciones educativas de adolescentes nacidos en 1984-85 a los 17-18 según género*

Aspiraciones educativas	Varones	Mujeres	Total
No terminaré el secundario	5%	10%	7%
No estudiaré luego de recibirme	18%	5%	12%
Haré algún curso pos-secundario	10%	13%	11%
Seguiré una carrera terciaria	26%	25%	26%
Seguiré una carrera universitaria	41%	47%	44%
N	153	125	278

Chicos y chicas no diferían en este aspecto. Entre los desertores de 17-18, el 50% de los varones y el 86% de las mujeres no

programaban reinsertarse en la escuela secundaria para terminarla o, eventualmente, continuar luego estudiando. Quienes habían avanzado los cursos esperables a lo largo de los cuatro años tenían aspiraciones significativamente más altas que los que habían progresado menos en su trayectoria educativa.

A diferencia de lo que sucede en otros países –donde a mayor motivación académica, mayor aspiración educativa– en la Argentina una gran proporción de los adolescentes que permanecía en la escuela programaban proseguir estudios superiores (69%) sin que introdujeran ninguna diferencia el hecho de ser más o menos estudioso; cumplidor de las tareas que encargan los profesores; dispuesto a tolerar aspectos de la escuela que no le gustaban, debido al valor que concedían a la educación o gustar o no de la escuela.

En síntesis, no tener buen rendimiento y/o no sentir interés por la escuela –ya sea que se mida a través de la actitud ante la misma, de la motivación académica o de los planes educacionales futuros– constituye un factor de riesgo para el desarrollo no sólo educativo, sino también para la competencia psicosocial en general de los adolescentes.

### Lo mejor y lo peor de los profesores

La investigación realizada en otros países indica que los docentes efectivos son como los padres con autoridad (cálidos, firmes y justos) y tienen, además, altas expectativas sobre el desempeño de los estudiantes.

A la Generación 1 se le pidió completar dos oraciones, una relativa a “la mejor cosa” y otra, a “la peor...” que un profesor podía hacer.

En lo concerniente a “la peor...”, la mayor parte mencionó el mal trato del docente hacia el alumno (variadas situaciones de abuso de poder, injusticia o indiferencia). Como segunda en orden de importancia aparecía la función evaluativa (el mero hecho de evaluar o evaluar injustamente o exigir). Aplicar sanciones disciplinarias, hacerlo injustamente o en forma vergonzante

para el alumno, ocupaba el tercer lugar. Sólo una minoría se refirió a fallas en los aspectos didácticos del rol docente.

**VIÑETA CLÍNICA 8.1:**

*“La peor cosa que un profesor puede hacer....”*

**Maltratar al alumno**

- “Pegarle al alumno”. - “Insultarlo”. - “Maltratarnos”.
- “Gritarle a un alumno, que es la peor cosa y hasta puede llegar a afectarle mucho”.
- “Acusarme por algo que hizo otro”. - “No hablar con el alumno”.

**Evaluar**

- “Tomar un examen”. - “Reprobarme”. - “Mandar a rendir al alumno”.
- “Equivocarse al clasificar”. - “Aplazar sin saber la causa”.
- “Aplazar porque te tiene bronca”. - “Aplazarte porque no lo pasás”.
- “Evaluar sin aviso”. - “Fundir al alumno”. - “Aplazar a todos”.
- “Hacer estudiar mucho”. - “Ser exigente”.
- “Exigirme más de lo que yo puedo hacer”.

**Poner sanciones disciplinarias**

- “Poner amonestaciones”. - “Darnos tareas como castigo”.
- “Enojarse sin saber qué hicimos”. - “Castigar por cualquier boludez”.
- “Llamarme la atención en clase delante de todos mis amigos”.

**No saber enseñar**

- “No ser apto”. - “Enseñar mal”. - “Ponerse a dictar”.
- “No ayudarte en cosas de la materia”.
- “Considerar al inteligente y al que no entiende, no”.

En la tabla 8.8 se presentan los porcentajes para cada una de las categorías antedichas. A lo largo de las tres edades, la relación afectiva del docente con los alumnos (aspecto expresivo del rol) era la que por lejos predominaba sobre el instrumental (calidad de la enseñanza).

**TABLA 8.8:** *“La peor cosa que un profesor puede hacer...”*  
*en los nacidos en 1974-75 según edad\**

“La peor cosa...”	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Maltrato	54%	56%	69%
Evaluación	32%	27%	22%
Medidas disciplinarias	15%	14%	5%
Enseñar mal	6%	14%	9%
N	175	167	152**

**VIÑETA CLÍNICA 8.2:**

*“La mejor cosa que un profesor puede hacer...”*

**Mantener una relación afectuosa y comprensiva**

- “Comprender y ayudar al alumno en los problemas más importantes”.
- “Respetar a los alumnos y llevarse bien con ellos”.
- “Ser comprensivo, darle oportunidad a los alumnos y ser bueno”.
- “Apoyar, entender los problemas de cada alumno, aconsejándolo en todo momento”.
- “Comunicarse y entender al alumno”.
- “Ser un amigo más del alumno”.
- “Ser amable”. - “Charlar con los alumnos”.
- “Entender y ayudar a sus alumnos sin sacarle en cara el favor que te da”.

**Ser capaz y motivado para enseñar**

- “Las clases deben ser didácticas”. - “Explicar”. - “Saber enseñar”.
- “Explicar bien para que uno entienda”. - “No ser haragán”.
- “Dar clases en las que el alumno participe”.
- “Tener vocación”. - “Educar para la vida que nos toca”.

\* Los porcentajes suman más de cien porque podían darse varias respuestas.

\*\* No se incluyen los desertores de la escuela secundaria.

(continuación)

<p><b>Evaluar benévolamente</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>• “No tomar exámenes”. - “Dar exámenes que no sean difíciles”.</li> <li>• “No mandarme a marzo”. - “Ayudar al que le falta nota”.</li> <li>• “Valorar el trabajo en clase”. - “Felicitarse al alumno”.</li> <li>• “Reconocer mis cualidades”.</li> </ul> <p><b>No trabajar y regalar nota</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>• “Llevarnos a pasear”. - “Decirnos que podemos charlar toda la hora”.</li> <li>• “Decir a los chicos ‘no hay clases, se pueden ir’ ”.</li> <li>• “Dar una hora libre para que vayamos al patio”. - “No darnos tarea”.</li> <li>• “Dejarnos un tiempo libre para que tomemos mate”. - “Faltar”.</li> <li>• “Aprobarme aunque no sepa nada”.</li> </ul>
--

En la tabla 8.9 se presentan los porcentajes para cada una de las categorías. Como puede observarse, a lo largo de las tres edades nuevamente la relación afectiva del docente hacia los alumnos era la que por lejos predominaba. Aunque algunos hablaban de un trato correcto, amable, la mayoría aspiraba a recibir del docente un elevado grado de afecto y comprensión, más característico de un vínculo primario que de uno formal, como la relación entre un profesor del nivel medio y sus alumnos. Segunda en orden de importancia aparecía la capacidad y motivación del docente para la enseñanza y tercera, el deseo de que evalúe benévolamente o, incluso, de que no evalúe. La referencia a no aplicar sanciones disciplinarias fue, en esta pregunta, tan mínima (1% o menos), que no se incluyó en la tabla. Una minoría sustancial brindó una respuesta cínica: la mejor cosa que un profesor podía hacer era no trabajar o regalar notas.

**TABLA 8.9:** “La mejor cosa que un profesor puede hacer...”  
en los nacidos en 1974-75 según edad\*

“La mejor cosa...”	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Afectuoso y comprensivo	65%	70%	77%
Capaz y motivado para enseñar	22%	33%	17%
Evalúa benévolamente	17%	13%	15%
No trabaja y regala nota	10%	10%	6%
N	175	167	152**

En la Argentina, entonces, los jóvenes esperaban que sus docentes fueran cálidos y justos, pero no percibían como aspectos relevantes para definir a un buen profesor la firmeza en la puesta de límites ni las altas expectativas respecto al rendimiento del alumno. Una minoría sustancial reflejaba en sus respuestas un escaso grado de compromiso psicológico con el aprendizaje de nuevo material y sólo quería completar el trabajo asignado realizando el mínimo esfuerzo para aprobar y pasar de año.

Para la inmensa mayoría de los adolescentes los profesores no constituían figuras admirables. En la Generación 1 los mencionaron modestos porcentajes (4%, 1% y 1%) en las mujeres de las tres edades sucesivas y ningún varón. Entre los nacidos diez años después, el único adolescente que mencionaba a un profesor se estaba refiriendo a uno privado de guitarra.

### El estudio como éxito, fracaso o problema

El aprendizaje escolar descendía como motivo de satisfacción y se incrementaba como causa de frustración a lo largo de

\* Los porcentajes suman más de cien porque podían darse varias respuestas.

\*\* No se incluyen los desertores de la escuela secundaria.

la adolescencia. Como se mostró en la tabla 5.4, entre los éxitos mencionados por los de 13-14 en la Generación 1, el estudio ocupaba el primer lugar, empatando con amistad y deportes. Pero dos años después había descendido al segundo lugar (28%), luego de la amistad y al mismo nivel que la práctica del deporte. A los 17-18, se ubicaba detrás de la amistad, pareja y personalidad y empataba con éxitos en la familia (19%).

En la tabla 5.5 se podía ver que a los 13-14 el estudio encabezaba, junto con la personalidad, la lista de fracasos experimentados por los jóvenes (26%). Dos años después, retenía el primer puesto (27%), casi empatando con la pareja y cuatro años después, su liderazgo era completo (32%).

A la Generación 2 se le pidió, en cambio, marcar si habían tenido o no problemas en una serie de áreas de la vida. Como se dijera, ambos conceptos no deben tomarse como sinónimos, ya que alguien puede tener problemas en un área sin considerarlos, por eso, un fracaso.

En la tabla 8.10 se observa que casi la mitad de quienes estaban concurriendo a la escuela informaban tener dificultades con respecto al estudio, cifra que descendía marcadamente a los 17-18, tal vez porque muchos de quienes mostraban mayores deficiencias en el aprendizaje, ya habían desertado.

Tanto a los 13-14 como a los 15-16, el rendimiento académico era el problema más frecuente en los varones y pasaba a segundo término a los 17-18, cuando las dificultades económicas de la familia estaban al tope. En el caso de las chicas sucedía lo mismo en las dos primeras edades, aunque el estudio empataba con el aspecto físico a los 13-14 y con las dificultades económicas a los 15-16. Esta situación, sin embargo, cambiaba radicalmente a los 17-18, cuando la penuria económica ocupaba el primer lugar; el aspecto físico y la pareja, el segundo; las dificultades en la relación con uno o más hermanos, el tercero y en el cuarto, empataban el estudio, problemas de relación con los padres, de salud propia y de muerte o salud de familiares. Debe recordarse que cuando estos jóvenes contestaban a los 17-18 años, la población se debatía en la terrible crisis económica de 2002. Por las dificultades relacionadas con el trabajo sólo se preguntó al final de la adolescencia.

Quienes a los 13-14 decían tener problemas de estudio evidenciaron una autoestima global algo peor y mayor nivel de síndrome depresivo y de ansiedad, tanto en dicha edad como dos años después. Las diferencias se habían diluido a los 17-18. En lo que concierne a los problemas de conducta, los que afirmaron tener dificultades con el estudio a los 13-14 mostraban niveles más altos de conducta antisocial en las tres edades aquí investigadas y de consumo de sustancias tóxicas en las dos primeras, pero ya no en la tercera. No se detectaba relación con el grado de precocidad sexual.

TABLA 8.10: *Problemas informados por los nacidos en 1984-85 según edad y género*

Área problemática	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Estudio*	43%	41%	45%	38%	29%	18%
Amigos/as	7%	16%	5%	17%	9%	6%
Aspecto físico	11%	41%	10%	29%	9%	32%
Pareja	13%	21%	13%	23%	17%	30%
Trabajo	-	-	-	-	13%	10%
Relación con uno o ambos padres	7%	20%	7%	21%	12%	18%
Matrimonio de los padres	6%	14%	8%	13%	10%	9%
Relación con uno o más hermanos	17%	23%	17%	20%	13%	26%
Salud personal	7%	12%	4%	16%	5%	16%
Muerte, salud, accidente de familiares	11%	15%	8%	16%	13%	18%
Economía del hogar	20%	34%	30%	40%	43%	56%
Otros	2%	5%	4%	4%	5%	6%
N	195	199	190	187	182	187

\* No se incluyen los desertores de la escuela secundaria.



Una minoría de adolescentes de la Generación 1 consideró que la escuela secundaria era el cambio más importante ocurrido en sus vidas: 11% a los 13-14, 8% a los 15-16 y sólo 3% a los 17-18. Asimismo, en los comienzos de la adolescencia, una minoría significativa –que disminuyó marcadamente a lo largo de la misma– señaló como tal, las transformaciones corporales.

### El estudio, motivo de conflicto con los padres

El éxito escolar no depende solamente del personal docente y de cuánto valoren los compañeros el rendimiento académico, sino también de experiencias en el hogar, en el trabajo y en las actividades extracurriculares. La investigación realizada en países extranjeros demuestra que andan mejor en la escuela los estudiantes cuyos padres participan en las actividades escolares, estimulan y valoran el buen rendimiento y utilizan un estilo de crianza con autoridad.

En la Argentina, a los 13-14 la Generación 1 informaba, en abrumadora mayoría, que a su madre le importaba que trajeran notas altas o bajas (94% y 94%, respectivamente). Con respecto al padre los porcentajes eran algo menores (91% y 94%, respectivamente). Dos y cuatro años después, disminuía ligeramente el interés parental por las notas altas, pero no por las bajas.

La escuela era un tema de conflicto entre progenitores e hijos más frecuente que los modales y éstos, a su vez, que los amigos de igual u otro género. La pareja amorosa, como ya se viera en el capítulo 6, tampoco constituía un motivo frecuente de disputas. Como puede observarse en la tabla 8.11, los padres reprochaban mucho más a sus hijos que a sus hijas, la poca dedicación al estudio y el nivel de censura no disminuía, entre los 13-16 y los 15-18.

Contemporáneamente, los más criticados tenían peor opinión sobre la institución educativa y, tanto a los 13-16 como dos años después, estaban más atrasados con respecto al año que cursaban.

TABLA 8.11: “Mis padres critican mi poca dedicación al estudio” en los nacidos en 1982-85 según edad y género

Frecuencia	Varones		Mujeres	
	Edad 13-16	Edad 15-18	Edad 13-16	Edad 15-18
Nunca	20%	14%	28%	31%
Casi nunca	9%	14%	11%	15%
A veces	32%	36%	30%	28%
Casi siempre	16%	19%	17%	13%
Siempre	23%	17%	14%	13%
N	350	311*	348	309*

### Adolescentes que estudian y trabajan

El trabajo es otro de los contextos del desarrollo adolescente, al igual que la familia, el grupo de pares, la escuela, las actividades extracurriculares y las recreativas.

En los Estados Unidos la mayoría de los adolescentes que concurren a la escuela tienen un trabajo de tiempo parcial –que en muchos casos les ocupa más de 15 ó 20 horas semanales– realidad diferente a la de los restantes países industrializados, en los cuales el estudiante empleado no constituye un fenómeno tan común.

A principios de los 80 en los Estados Unidos trabajaban más de dos tercios de los estudiantes de 16-17 años, mientras que en Canadá lo hacían 37%, en Suecia 20% y en Japón menos de 2%. Como puede verse en la tabla 8.12, en la Argentina en la Generación 1 el porcentaje ascendía desde un modesto 10% a los 13-14 hasta 26% a los 17-18. Diez años después, los estudiantes de esta edad

\* No se incluyen los desertores de la escuela secundaria.



que trabajaban y cobraban algún dinero por su actividad habían disminuido ligeramente, sobre todo en el caso de las chicas.

TABLA 8.12: *Adolescentes que estudian y trabajan según edad, género y generación*

Generaciones	Edad 13-14			Edad 15-16			Edad 17-18		
	V	M	T	V	M	T	V	M	T
1974-75	14%	6%	10%	24%	15%	20%	30%	21%	26%
1984-85	-	-	-	-	-	-	27%	15%	21%

En general, en los países donde el horario escolar ocupa muchas horas, existe una menor proporción de estudiantes trabajadores. Aunque esto no sucede en la Argentina, la posibilidad de conseguir un empleo a tiempo parcial relativamente bien pago es escasa y, además, existe cierto estigma respecto a que un adolescente que concurre a la escuela trabaje: la mayoría de los padres consideran su obligación ser los únicos proveedores de su hijo estudiante secundario.

Aunque mucha gente cree que trabajar es bueno para el desarrollo moral, enseña acerca de la vida y ayuda a los jóvenes a prepararse para la adultez, la investigación llevada a cabo en los Estados Unidos no ha encontrado evidencias de que así sea (Steinberg, 1999). Si bien sólo recientemente se ha comenzado a estudiar cómo influye el trabajo en el desarrollo del adolescente, se sabe que hacerlo en esta etapa de la vida implica pocos beneficios y que trabajar largas horas puede tener algunos costos, tanto para el desarrollo como para la escolaridad. Trabajar no hace a los adolescentes más responsables –excepto cuando el dinero que ganan significa una genuina contribución al bienestar económico de la familia– ni tampoco más preocupados por el bienestar de los demás. Más bien se vuelven más individualistas y materialistas, con actitudes más cínicas en relación con el trabajo y con mayor aceptación de las prácticas comerciales desleales.

Además, los que trabajan largas horas por semana (20 o más), están menos satisfechos con su vida. Los investigadores relacionan estos hallazgos con el hecho de que la mayoría de los trabajos son monótonos, estresantes y en nada contribuyen a la formación profesional, a diferencia de lo que sucede en países como Alemania, por ejemplo, donde los adolescentes adquieren experiencia laboral a través de pasantías estructuradas en actividades relacionadas con sus estudios.

En la Argentina, aunque los varones y los adolescentes de menor nivel socioeconómico trabajaban más que las chicas y que los hijos de los estratos medios, respectivamente, en la Generación 1 las diferencias no eran sustanciales desde el punto de vista estadístico. Pero en quienes diez años después tenían 17-18, las mujeres trabajaban significativamente menos que los varones y las que lo hacían eran provenientes del estrato social más bajo (padres con un promedio de escolaridad primario completo o inferior). Únicamente en dicho estrato, chicas y chicos trabajaban por igual. Que el padre no estuviera presente en el hogar (por divorcio, fallecimiento o porque nunca vivió con la madre) no se asociaba con un aumento en el porcentaje de estudiantes con una ocupación rentada a los 17-18. Sólo a esta edad se le preguntó a la Generación 2 si trabajaban, en qué y el dinero que habían recibido como pago en el último mes. Veintiuno por ciento de los que concurrían a la escuela lo hacían, más varones (27%) que mujeres (15%).

TABLA 8.13: *Tipo de actividad realizada a los 17-18 por los estudiantes trabajadores nacidos en 1984-85 según género*

Actividad	Varones	Mujeres	Total
Servicio doméstico	0%	37%	14%
Otros servicios	27%	4%	18%
Oficios	44%	0%	28%
Ventas	14%	42%	25%
Enseñanza y otros no manuales	15%	17%	15%
N	41	24	65

Las actividades, como se observa en la tabla 8.13, eran muy diferentes a las informadas por las investigaciones estadounidenses, donde los restaurantes de comida rápida o los comercios minoristas destinados a los jóvenes constituían las alternativas laborales más frecuentes. Entre nosotros, los varones se dedicaban sobre todo a los oficios (albañil, carpintero, electricista, herrero, mecánico, obrero gráfico, peón rural, ayudante de cocina) y en segundo lugar, a otros servicios tales como cadete, jardiner, mozo, “changas de todo tipo”, cartero. En las mujeres predominaban las ventas (promociones, cosméticos, alimentos) y el servicio doméstico (mucama, niñera en la propia casa o en la de los niños). Un pequeño porcentaje se dedicaba a la enseñanza (apoyo escolar, inglés, computación, música, danza, gimnasia) y a otras tareas no manuales (diseñador de páginas web; reparador de computadoras; sonidista).

Ganaban en 2002 un promedio de 79\$ mensuales, más ellos (102\$) que ellas (36\$).

Contra lo que podría suponerse, haber trabajado a lo largo de la adolescencia ni mejoraba ni empeoraba los años de escolaridad alcanzados a los 24-26 por la Generación 1 y haberlo hecho a los 13-14 y a los 15-16 tampoco incidía en desertar o no de la escuela media a los 17-18. El nivel económicosocial de la familia de origen era el principal predictor de estos resultados del desarrollo. También en otros países, el impacto del trabajo sobre las notas y las puntuaciones en los tests de conocimientos es pequeño. Sin embargo, trabajar muchas horas se asociaba en ellos con prestar menor atención en clase, faltar más frecuentemente y esforzarse menos al estudiar, hechos aún no explorados por la presente investigación.

Haber trabajado o no a lo largo de la adolescencia no incidía a los 24-26 años en las medidas de autoestima y bienestar emocional, ni en rasgos de la personalidad como la predisposición a experimentar emociones negativas o a ser antisocial. Sí se observaba que quienes habían tenido experiencia laboral adolescente, ostentaban cuando adultos una mayor predisposición a las emociones positivas (extraversión). En lo que concierne a la dirección de la asociación, parecería más probable que quienes ya

eran más enérgicos, sociables y buscadores de sensaciones se apuraran a trabajar y no que el desempeño laboral en la adolescencia influyera en este rasgo de la personalidad adulta.

Los varones de 17-18 que trabajaban no diferían de los otros en su nivel de autoestima, pero sí en lo que respecta a algunas áreas de satisfacción con la propia persona. En el Perfil de Auto-percepción de Harter, los primeros superaban a los segundos en conformidad con su competencia laboral y con su atractivo físico, mientras que los que no trabajaban los sobrepasaban en satisfacción con su buen comportamiento y con el grado de intimidad con su mejor amigo. Por el contrario, las estudiantes trabajadoras tenían mayor nivel de autoestima que las otras, producto de verse mejor tanto en apariencia física como en competencia laboral y deportiva.

En las investigaciones llevadas a cabo en países del primer mundo (Steinberg, 1999), trabajar durante la adolescencia no sólo no se relacionaba con menores problemas de conducta, sino que en algunos estudios iba de la mano con una mayor desviación. El uso de alcohol y drogas, por ejemplo, era más evidente en los que trabajaban largas horas y ganaban más. Es que los padres ejercen menor control cuando un adolescente está utilizando su propio dinero que cuando emplea el de la familia. Cuando el trabajo del joven no constituye un aporte genuino a la economía familiar, el dinero ganado se utiliza principalmente en alcohol, salidas y otras diversiones.

En la Argentina, los varones que trabajaban y estudiaban a los 17-18 mostraban más problemas de comportamiento (mayor conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual) que quienes no realizaban una actividad paga y estas diferencias no se debían al nivel socioeconómico. El impacto era menos negativo en el caso de las chicas, ya que las estudiantes trabajadoras evidenciaban solamente mayor conducta antisocial.

En lo que respecta a los vínculos, los muchachos que trabajaban –pero no así las chicas– informaban contemporáneamente mayor conflicto y menor intimidad con la madre, que quienes no lo hacían. Un hallazgo similar se había encontrado

en los nacidos diez años antes. Para los trabajadores de ambos géneros, la familia constituía lo más importante de sus vidas en menor medida que para los demás. Lo mismo que en las investigaciones extranjeras, no mostraban mayor independencia ni una mejor orientación con respecto al trabajo.

En síntesis, en la Argentina trabajar y estudiar no se asociaba con ventajas y sí con desventajas para el desarrollo, sobre todo en el caso de los varones quienes mostraban, contemporáneamente, mayor tensión en el vínculo con la madre, menor devoción por su familia y mayor cantidad de problemas de conducta. La débil relación entre trabajar y pertenecer a un estrato socioeconómico menor sugiere que, como indican las investigaciones extranjeras, sería más bien el desinterés previo por la escuela y la seudomadurez o precocidad del desarrollo –urgencia por asomarse a las libertades y placeres adultos– lo que explicaría, en muchos casos, que los estudiantes secundarios trabajen.

A la Generación 2 se le preguntó en las tres oportunidades si realizaban las compras; atendían la casa; ayudaban a sus padres o a otros familiares y vecinos en sus trabajos; si estaban empleados fuera de la casa en algún negocio, taller, oficina, etcétera y si vendían, arreglaban cosas, enseñaban, etcétera, por su cuenta. Los resultados pueden apreciarse en las tablas 8.14 a 8.18.

TABLA 8.14: *Adolescentes nacidos en 1984-85 que hacían las compras según edad*

Frecuencia	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Nunca o casi nunca	10%	13%	9%
Algunas veces	51%	55%	54%
Casi siempre o siempre	39%	32%	37%
N	302	281	286

En las tres edades, chicos y chicas hacían las compras por igual y su dedicación a esta tarea no se incrementaba a través del tiempo.

TABLA 8.15: *Adolescentes nacidos en 1984-85 que atendían la casa, preparaban la comida o cuidaban hermanos cuando los padres salían a trabajar según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca o casi nunca	40%	33%	29%	21%	25%	13%
Algunas veces	52%	48%	63%	49%	60%	43%
Casi siempre o siempre	8%	19%	8%	30%	15%	44%
N	168	134	162	120	159	127

La mayoría de los adolescentes se ocupaban sólo ocasionalmente de las tareas hogareñas. Las mujeres participaban en ellas más que los varones y la diferencia según el género se hacía más marcada a medida que se avanzaba en edad. El grado de dedicación no se relacionaba con el nivel socioeconómico de la familia.

TABLA 8.16: *Adolescentes nacidos en 1984-85 que ayudaban en su trabajo a sus padres, otros familiares o vecinos, según edad*

Frecuencia	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Nunca o casi nunca	29%	32%	29%
Algunas veces	59%	57%	60%
Casi siempre o siempre	12%	11%	11%
N	302	283	286

La mayoría de los adolescentes se ocupaban ocasionalmente de este tipo de actividades. Sólo a los 13-14, el nivel de participación de las chicas era menor al de los muchachos.

Como puede observarse en la tabla 8.17, a los 17-18 el porcentaje de adolescentes empleados era notoriamente más bajo que el habitual en los Estados Unidos y Canadá; semejante al de Suecia y

mucho mayor que el de Japón. A lo largo de las tres edades, los varones lo hacían en mucha mayor proporción que las mujeres y la brecha se estrechaba en cierta medida, recién a los 17-18. En los muchachos entre los 13-14 y los 15-16, se producía un fuerte incremento en el porcentaje de quienes trabajaban para otros.

**TABLA 8.17:** Adolescentes nacidos en 1984-85 empleados fuera de la casa en algún negocio, taller, oficina, etcétera, según edad y género

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Nunca o casi nunca	76%	95%	62%	89%	54%	68%
Algunas veces	19%	4%	29%	8%	31%	26%
Casi siempre o siempre	5%	1%	9%	3%	15%	6%
N	168	134	162	120	159	127

Como se ve en la tabla 8.18, la mayoría de los adolescentes no ganaba algún dinero ejerciendo actividades por cuenta propia. Sólo a los 17-18, más de un tercio las realizaba, al menos ocasionalmente.

**TABLA 8.18:** Adolescentes nacidos en 1984-85 que trabajaban por cuenta propia vendiendo o arreglando cosas, enseñando, etcétera, según edad

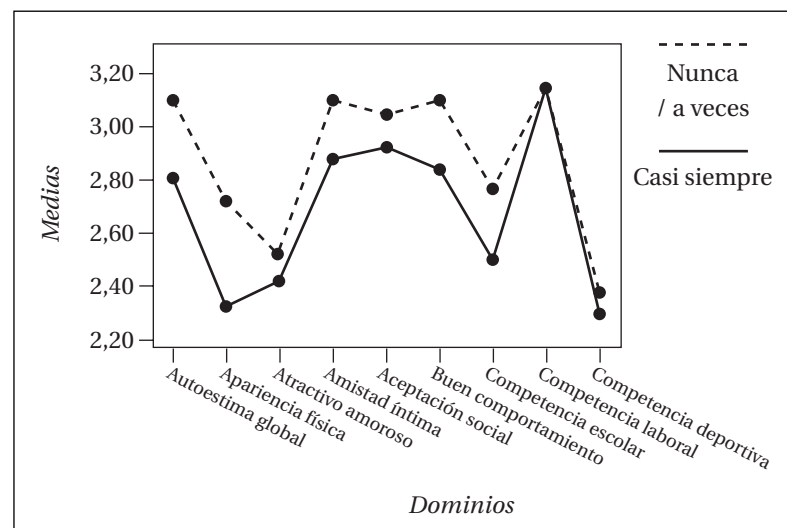
Frecuencia	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18	
Nunca o casi nunca	83%	77%	63%	
Algunas veces	13%	18%	26%	
Casi siempre o siempre	4%	5%	11%	
N	302	282	286	

En resumen, en los varones de las tres edades colaborar con el trabajo hogareño haciendo las compras, ayudando a familiares o en las tareas domésticas eran actividades más

frecuentes que trabajar como empleado o por cuenta propia. Lo mismo sucedía en el caso de las mujeres a lo largo de las tres edades, con la diferencia de que las tareas domésticas ocupaban el segundo lugar y el ayudar a familiares, el tercero. En las chicas que trabajaban fuera de su hogar el “cuenta-propismo” era mayor que el empleo, mientras que en los varones sucedía lo contrario.

¿Se relacionaban las actividades descritas en las tablas 8.14 a 8.18 con sufrir problemas emocionales o de conducta? En las estudiantes de 17-18, dedicarse más frecuentemente a las tareas domésticas (casi siempre o siempre versus casi nunca o a veces) se vinculaba con mayor cantidad de problemas emocionales: mayor ansiedad y depresión y –como puede verse en el gráfico 8.1– peor autoestima global y menor satisfacción con su apariencia física y su buena conducta. Tales hallazgos no se explicaban por diferencias en el nivel socioeconómico, ni por el número de hermanos ni por el hecho de permanecer los padres juntos o no.

**GRÁFICO 8.1:** Autoconcepto en las nacidas en 1984-85 según la frecuencia con que realizan tareas domésticas a los 17-18 años



Los varones que concurrían a la escuela y tenían un empleo ostentaban mayor nivel de conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual, en comparación con los no empleados. Esto permitiría suponer que no es el trabajo realizado por cuenta propia ni ayudando a familiares, sino la entrada al ámbito laboral (tener un patrón, compañeros de trabajo, etcétera) lo que explicaría la asociación entre trabajar y mayor cantidad de problemas de conducta arriba mencionada.

## CAPÍTULO 9

### *Actividades extraescolares Religión y política*

La utilización del tiempo libre es un tema de suma importancia en la etapa adolescente. A diferencia de lo que sucede en otras edades, los jóvenes tienen, por un lado, menos responsabilidades y, por otro, más posibilidades de ocio entre las cuales optar y más tiempo libre para invertir en ellas. Sin embargo, existen impedimentos materiales (falta de dinero, de transporte, de instalaciones, limitaciones impuestas por la ley o por sus padres) que restringen el acceso a las actividades del tiempo libre, como también limitaciones psicológicas tales como incompetencia percibida que reduce la participación, falta de información sobre las opciones disponibles, imágenes estereotipadas respecto a que ciertas actividades estarían reservadas a determinado género o clase social, etcétera (Hendry y otros, 1993).

No sólo el género y la clase social sino también la edad, constituyen factores principales que influyen en la elección de las actividades de tiempo libre. Hendry, en su teoría focal del ocio, postuló tres estadios que van desde los clubes y otras actividades organizadas por adultos en la adolescencia temprana, pasando luego en la adolescencia media por el ocio casual (visitar amigos, dar vueltas con ellos), hasta llegar –por último–, al ocio comercial (discotecas, bares, cines) en los años finales de esta etapa.

Por otra parte, una serie de investigaciones llevadas a cabo en países del primer mundo han demostrado que la participación en actividades juveniles estructuradas con conducción

adultas (deportivas, religiosas, grupos de exploradores, etcétera) es uno de los factores protectores contra el desarrollo de conductas de riesgo en la adolescencia. Por ejemplo, Benson (1990) definió indicadores de riesgo referentes a nueve áreas problemáticas tales como: consumo de alcohol, de drogas y tabaco, actividad sexual, conducta en la escuela, conducta antisocial. Administró una encuesta a 46.000 adolescentes tempranos para determinar los efectos de distintos factores positivos (sólidas normas parentales; buen clima escolar; participación en organizaciones de la comunidad; etcétera) y negativos (tiempo pasado sin supervisión adulta; estrés; abuso físico; presión negativa de los pares; etcétera) sobre las conductas de riesgo, aplicando el modelo ecológico de Bronfenbrenner (1987). Este explica el desarrollo humano como el resultado de sucesivas interacciones entre el individuo, por una parte y una serie de sistemas del ambiente que se relacionan tanto entre sí como con el individuo, por la otra. Benson comprobó que a mayor número de factores positivos, menor era la probabilidad de que un adolescente se involucrara en comportamientos riesgosos. En especial cuatro de los recursos (clima escolar positivo, apoyo familiar, participación en actividades juveniles estructuradas y participación religiosa) reducían en forma sustancial los indicadores de riesgo. Los alumnos de sexto a octavo grado sin ninguno de estos cuatro recursos mostraban cuatro indicadores de riesgo; aquéllos con uno solo, tres; los que poseían dos recursos, dos y 1,4 los que contaban con tres de dichos factores positivos.

Otra contribución importante relacionada con el tema de los factores de riesgo y los protectores es la teoría de los problemas de conducta de Jessor y Jessor (1977) a la cual nos refiriéramos en los capítulos 1 y 7.

Interesaba, entonces, saber si en la Argentina actividades extraescolares tales como la práctica del deporte; la participación en instituciones religiosas o políticas; las actividades artísticas y el aprendizaje de idiomas, computación, etcétera –conductas socialmente deseables– se asociaban o no con resultados positivos para el desarrollo psicosocial de los jóvenes.

## Práctica del deporte y desarrollo socioemocional

A diferencia de lo que ocurre en otros países, en la Argentina la escuela ocupa un lugar limitado en la educación deportiva de los jóvenes, debido a la falta de instalaciones apropiadas y a las escasas horas semanales dedicadas a tal fin. Es por ello que la mayor parte de la actividad deportiva se lleva a cabo en clubes privados.

Pese a que nuestro país ha obtenido logros deportivos destacados a nivel mundial –sobre todo en fútbol, pero también en otras actividades– la mayoría de la juventud no practicaba deportes en forma competitiva hasta hace sólo unas pocas décadas, cuando este estado de cosas comenzó a corregirse en forma creciente.

Los efectos benéficos del ejercicio sobre la salud física están sólidamente establecidos por la investigación científica. Pero en los últimos años se comprobó, además, que la gente más activa tiene menores niveles de ansiedad y depresión y que el ejercicio es un tratamiento efectivo para ambos trastornos, al punto que, cuanto peor es el estado de ánimo, mayor mejoría se experimenta al terminar un período de 10 ó 25 ó 40 minutos de actividad física.

Interesaba saber, entonces, si la práctica del deporte –ya sea a nivel informal o a nivel institucional en clubes o gimnasios, más allá de la que obligatoriamente se realiza en las clases de Educación Física en las escuelas– era un hecho frecuente en los adolescentes argentinos y si la edad, el género y la clase social incidían al respecto.

Como puede observarse en la tabla 9.1, la práctica extraescolar del deporte era un hecho normativo en la vida de los varones adolescentes tempranos de la Generación 1. La mayoría de ellos lo hacía en el contexto de un club deportivo. El porcentaje disminuía entre la adolescencia media y la final, al punto que a los 17-18 sólo un tercio continuaba practicando deportes en una institución. La mayoría de las chicas, en cambio, no intervenía en este tipo de actividades. En ambos géneros el deporte institucional era más frecuente en jóvenes de clase media, que en los de clase trabajadora.



TABLA 9.1: *Práctica deportiva en los nacidos en 1974-75 según edad y género*

Condición	Varones			Mujeres		
	13-14	15-16	17-18	13-14	15-16	17-18
Practica	83%	76%	65%	47%	49%	39%
- <i>Informal</i>	23%	16%	28%	8%	14%	16%
- <i>Institucional</i>	60%	60%	37%	39%	35%	23%
No practica	17%	24%	35%	53%	51%	61%
N	92	86	91	83	81	80

Los muchachos de 13-14 que desarrollaban actividades deportivas en una institución se dedicaban, en orden decreciente de importancia, al fútbol, básquet, rugby, voleibol y sóftbol. El fútbol, por otra parte, era la opción de la gran mayoría de los practicantes informales. En el caso de las chicas, las preferencias en la práctica institucional se repartían casi por igual entre básquet, voleibol, gimnasia y hockey; las practicantes informales se referían casi exclusivamente al ejercicio de la natación como actividad recreativa veraniega.

A medida que los varones atravesaban la adolescencia, ascendía la importancia de la gimnasia con aparatos, que pasaba del tercer lugar a los 15-16 al segundo a los 17-18, empatando con el básquet y superada sólo por el fútbol. En lo que respecta al deporte informal, aunque el fútbol mantenía su primacía al final de la adolescencia, era el paddle –en máximo auge en 1992– la segunda predilección. Entre las chicas que practicaban institucionalmente, la gimnasia se había convertido en la opción más frecuente a los 17-18 (para una de cada tres) y el paddle, en la práctica informal favorita. O sea que, al final de la adolescencia, la participación femenina en actividades deportivas de equipo y competitivas, disminuía en forma notoria y se incrementaban las de tipo individual, las destinadas a propósitos estéticos (gimnasia) o a compartir socialmente (paddle).

Aunque existían deportes exclusiva o casi exclusivamente masculinos (rugby, fútbol, sóftbol), en muchos otros participaban ambos géneros en forma igualitaria (gimnasia, tenis) o con predominio masculino (básquet) o femenino (hockey, voleibol, paddle, natación).

A la Generación 2 sólo a los 17-18 años se les preguntó si participaban en competencias deportivas –si formaban parte de equipos de club o intervenían en torneos de natación, de tenis, pesca, etcétera– y en qué deporte lo hacían. Al igual que en los países del primer mundo, mucho más varones (46%) que mujeres (12%) eran deportistas competitivos. Se mencionaron diecisiete actividades diferentes. Las más frecuentes en el caso de los muchachos resultaron ser fútbol (50%), rugby (24%), básquet (8%). En el caso de las chicas, hockey sobre césped (41%), voleibol (18%) y gimnasia y sóftbol (9% cada una). Porcentajes muy pequeños informaron dedicarse al tenis, natación, pesca, atletismo, artes marciales, boxeo, vela, etcétera. Tanto en varones como en mujeres, intervenir competitivamente en deportes se asociaba con mayor nivel socioeconómico de la familia de origen.

Una pregunta clave era si la práctica de un deporte –ya fuera institucional o competitiva– iba de la mano con un desarrollo psicosocial deseable: menor número de problemas emocionales o de conducta; relaciones interpersonales más satisfactorias; logro académico; religiosidad y aspectos de madurez psicosocial, como independencia y orientación al trabajo.

Los resultados indicaron que la práctica del deporte tenía correlatos bastante diversos en uno y otro género. En los varones de las dos generaciones aquí estudiadas se asociaba con mayor bienestar psicológico (menor ansiedad y depresión) y, además, con mejor autoestima a los 17-18, ventaja que subsistía siete años después en los que volvieron a estudiarse en la adultez emergente.

En la Generación 2 el deporte no parecía constituir ni un factor protector ni un factor de riesgo para la conducta antisocial o para el consumo de sustancias tóxicas. Este resultado es diferente tanto a lo postulado por la teoría de los problemas de conducta de Jessor y Jessor, como también a lo encontrado por investigaciones donde los adolescentes de ambos géneros que tenían al



deporte como actividad extracurricular consumían sustancias tóxicas en mayor medida, que quienes se dedicaban a otro tipo de actividades. En la Argentina practicar deportes se asociaba con una sexualidad más precoz en las dos generaciones de varones adolescentes aquí estudiadas, pero no con conductas socialmente aprobadas tales como ser practicante de la religión a la que pertenecían o lograr más años de escolaridad o haber tenido previamente una actitud más positiva con respecto a la escuela. En la Generación 2 los deportistas no se percibían como personas más independientes ni más responsables con el trabajo, que quienes no estaban implicados en dicho tipo de actividades.

En lo que respecta a los vínculos, los deportistas varones se sentían más autónomos en lo concerniente a sus padres e informaban una relación algo mejor, de mayor apoyo, en cuanto a los lazos fraternales.

En síntesis, en los adolescentes varones la práctica del deporte parecía asociarse con una concepción más tradicional del rol propio del género: fueron más precoces sexualmente, estuvieron de novio en mayor proporción y se sentían más atractivos físicamente. Pero no eran más tradicionales en lo relativo a la predominancia de los valores colectivistas sobre los individualistas: se sentían más autónomos en relación con sus padres, que los no deportistas y no le daban mayor supremacía a la familia por sobre los objetivos individuales, que quienes no practicaban.

El panorama era más complejo en lo que se refiere a las mujeres porque en ellas la práctica del deporte tenía significados distintos según la generación. Las de la Generación 1 involucradas en el deporte institucional a los 13-14, a los 24-26 años informaban que habían tenido mayores problemas de conducta, tales como situaciones en las que debió intervenir la policía; mal comportamiento en la escuela; graves discusiones con los padres y con la pareja; adicción a sustancias; etcétera, comparadas con las no deportistas. Las que practicaban institucionalmente a los 15-16, se volvían menos religiosas dos años después y las que lo hacían a los 17-18 mostraban en la adultez emergente mayores puntajes en la dimensión antisocial de la personalidad. Las deportistas resultaron más precoces sexualmente; sin embargo, a

los 24-26 años se habían transformado en madres en menor proporción que las otras.

Estos resultados no implican que practicar deportes fuera la causa de los mayores problemas de conducta de estas adolescentes; tal vez las chicas con un estilo de personalidad más agresivo y menos convencional se sentían más cómodas en una actividad que, como el deporte llevado a cabo en clubes o gimnasios, en 1988 era más congruente con el rol masculino tradicional que con el femenino. Aunque el tamaño de la muestra impedía realizar un análisis estadístico según qué deporte habían practicado a los 13-14, parecía que los problemas de conducta eran más frecuentes en las que se dedicaban al básquet, la gimnasia o las artes marciales que en las que practicaban voleibol o hockey sobre césped.

Diez años después, la participación femenina en el deporte ya no se asociaba con un riesgo mayor de sufrir problemas de conducta: las chicas involucradas en algún deporte competitivo a los 17-18, no tenían contemporáneamente ni habían tenido en los comienzos o a mediados de la adolescencia, mayor nivel de conducta antisocial ni de consumo de sustancias tóxicas ni mayor precocidad sexual que las otras. Tampoco se detectaban diferencias con respecto a religiosidad, rendimiento escolar, independencia ni orientación al trabajo.

En las mujeres, en ninguna de las dos generaciones practicar deportes se asociaba con mayor bienestar psicológico (ansiedad, depresión) y las deportistas competitivas de 17-18 se destacaban en el Perfil de Auto percepción de Harter sólo en la mayor confianza en su habilidad para los deportes. Las que estaban de novio se sentían más satisfechas con el vínculo –más aprobadas y amadas por su pareja y con más confianza en que el lazo perduraría aunque hubiera problemas– que las no deportistas que tenían una relación amorosa.

### **No todo es deporte: otras actividades extraescolares**

Sólo a los jóvenes de la Generación 1 se les preguntó, además del deporte, por otros tipos de actividades extraescolares a las

que se dedicaban: religiosas, estudiantiles, políticas, benéficas, artísticas y otros estudios no artísticos.

La participación política no constituía una actividad extracurricular frecuente en los adolescentes argentinos. Como puede verse en la tabla 9.2, en la Generación 1 sólo una minoría (4%) militaban en un partido. Este dato era muy semejante al del gran Buenos Aires donde sólo 4% de los de 14-24 años informaban participar en partidos o en manifestaciones políticas (Deutsche Bank, 1999).

**TABLA 9.2:** *Actitud hacia los partidos políticos y la política en los nacidos en 1974-75 a los 17-18 años, según género*

Actitud	Varones	Mujeres	Total
Afiliado y militante	6%	1%	4%
Afiliado no militante	3%	1%	2%
Simpatiza sin estar afiliado	23%	19%	21%
No simpatiza con ningún partido	29%	27%	28%
No interesado en la política	27%	41%	34%
Rechaza la política	12%	11%	11%
N	91	80	171

Aunque a los 17-18 había más varones que mujeres militantes, la actitud hacia los partidos políticos y la política no difería entre ambos géneros. La participación en esta clase de instituciones había sido prácticamente inexistente en las edades anteriores. Quienes provenían de hogares de menor nivel socioeconómico era más probable que expresaran una actitud negativa al respecto.

Los Centros de Estudiantes –que existen en casi todas las escuelas medias dependientes de los estados provinciales– juegan un papel de cierta importancia en la socialización política de los adolescentes. En Paraná, en la Generación 1, 3% a la edad de 13-14, 8% a los 15-16 y 5% a los 17-18 (más chicas que chicos) participaban como miembros de la comisión directiva o como representantes del curso, elegidos a través del voto de los estudiantes.

Es interesante subrayar que las chicas que a los 13-14 habían estado involucradas en este tipo de actividad tenían, cuatro años después, una actitud más positiva respecto a la política y a los partidos, que las que no lo habían hecho.

El trabajo voluntario no era común entre los adolescentes argentinos. La gran mayoría de quienes se dedicaban a esta actividad lo hacían a través de organizaciones religiosas, en las cuales la ayuda social se entrecruzaba con la prédica. Los pertenecientes a asociaciones benéficas no religiosas (secciones juveniles del Rotary Club, del Club de Leones, etcétera) eran 0%, 2% y 1%, respectivamente, a lo largo de las tres edades aquí estudiadas.

Realizaban actividades de tipo artístico (estudiaban instrumentos musicales o danza clásica; hacían cursos de modelo; concurrían a talleres de pintura, dibujo o cotillón; integraban conjuntos de música rock, coros, comparsas, etcétera) 12%, 12% y 7%, respectivamente, en las tres edades sucesivas. Sólo a los 13-14 las actividades artísticas eran más frecuentes en las chicas que en los muchachos.

Quienes se dedicaban a otros estudios (mayoritariamente inglés y computación y en algunos casos francés, alemán, mecánica, electricidad, dactilografía, etcétera) ascendían a 19% a los 13-14, 16% a los 15-16 y 14% a los 17-18, sin diferencias debidas al género.

**TABLA 9.3:** *Total de actividades extraescolares desarrolladas por los nacidos en 1974-75 según edad y género*

Frecuencia	Edad 13-14		Edad 15-16		Edad 17-18	
	V	M	V	M	V	M
Ninguna	25%	40%	22%	43%	42%	54%
Una	41%	36%	54%	34%	39%	31%
Dos	24%	18%	18%	17%	16%	13%
Tres	10%	6%	4%	5%	2%	2%
Cuatro o cinco	0%	0%	2%	1%	1%	0%
Medias	1,18	0,9	1,12	0,88	0,84	0,65
N	92	83	91	82	91	82

Como puede apreciarse en la tabla 9.3, la participación en actividades extraescolares descendía en el segundo tramo de la adolescencia: el joven promedio de 13-14 y de 15-16 años llevaba a cabo una, mientras que el de 17-18 no alcanzaba a tal cifra. A lo largo de las tres edades los varones estaban más involucrados en ellas que las chicas. En ambos géneros, a mayor nivel económico-social de la familia, mayor participación y, contrariamente a lo que muchos suponen, trabajar o no, no incidía en este aspecto.

Si bien en la Argentina realizar actividades extracurriculares incrementaba los años de escolaridad alcanzados en la edad adulta, a diferencia de lo encontrado por las investigaciones extranjeras ello sucedía sólo en el caso de las mujeres, en quienes el nivel económico-social de la familia no constituía un predictor poderoso del logro educativo. Este efecto no era un resultado de las actividades deportivas, religiosas o estudiantiles, sino de las artísticas y de los estudios como inglés, computación, etcétera. Podría suponerse que las adolescentes que participaban en este tipo de tareas provenían de familias que concedían mayor valor a la educación o lo habían descubierto por sí mismas a través de experiencias extrafamiliares.

En los varones argentinos, en cambio, haber realizado o no actividades extracurriculares no contribuía en nada a la predicción del nivel de escolaridad que obtendrían a los 24-26 años; era el estatus de la familia el predictor más poderoso. Tener un mayor grado de participación producía distintos efectos sobre el desarrollo psicosocial de los muchachos, según pertenecieran a la clase media o trabajadora. En los primeros, quienes continuaban más involucrados a los 17-18, informaban en la adultez menor cantidad de problemas de conducta (serias discusiones con padres, pareja, docentes; problemas de disciplina en la escuela; participación en episodios en los que debió intervenir la policía), mientras que los varones de clase obrera más involucrados disfrutaban en la adultez de un mejor nivel de autoestima. Para comprender estos efectos es útil recordar que a los 17-18 el interés por las actividades informales y comerciales de ocio había desplazado en buena medida al uso del tiempo en actividades

supervisadas por adultos, por lo cual continuar muy comprometido con estas últimas constituía la excepción más que la regla.

## Los adolescentes y la religión

Las iglesias pueden contribuir a la integración de la comunidad, al control de la conducta y a la constitución del capital social. Coleman (1988) distinguió entre capital social en la familia, basado en las relaciones entre los padres y los hijos y en la cantidad de tiempo que pasan juntos y el capital social fuera del hogar, constituido por las relaciones de los miembros de la familia con instituciones de la comunidad, tales como las religiosas. En teoría, las inversiones en capital social, ya sea dentro o fuera del hogar, ayudan al logro de un desarrollo positivo de los jóvenes y aquéllos con mayor acceso a él fuera de la familia es más probable que sean social y psicológicamente competentes y que logren una buena transición hacia los roles adultos.

¿Se consideran los adolescentes argentinos miembros de alguna religión? Y si así fuera ¿en qué grado participan de la misma?

Como puede observarse en las tablas 9.4 y 9.5, la inmensa mayoría de los jóvenes de esta generación creía en Dios y más del 90% se consideraba miembro de una religión. Sin embargo, quienes la practicaban constituían una minoría que descendía desde menos de la mitad a los 13-14, a uno de cada cuatro a los 17-18.

TABLA 9.4: Religión a la que pertenecían los nacidos en 1974-75 según edad

Religión	13-14	15-16	17-18
Católica	85%	84%	82%
Otras cristianas	9%	10%	11%
Judía	1%	1%	1%
Ninguna	5%	5%	6%
N	175	173	173

TABLA 9.5: *Grado de religiosidad en los nacidos en 1974-75 según edad*

“Respecto a la religión...”	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Soy muy creyente y practicante	42%	33%	24%
Soy creyente, pero no practicante	44%	53%	56%
Creo en parte, pero en parte no	9%	9%	13%
No soy de ninguna, pero creo en Dios	2%	2%	5%
No creo en Dios	3%	3%	2%
N	175	173	173

La investigación llevada a cabo en países del primer mundo informa que, habitualmente, se produce una declinación de la religiosidad y de la práctica religiosa a través de los años de la adolescencia (Benson y otros, 1989). Así también sucedía en nuestro medio, donde bajaba linealmente entre los 13-14 y los 17-18 en los varones y en el tramo que va desde los 15-16 a los 17-18 en las mujeres.

En la mayoría católica, la práctica de la religión decrecía en forma rotunda desde 43% a los 13-14, pasando por 32% a los 15-16 para concluir en un 18% a los 17-18. En cambio, quienes pertenecían a denominaciones cristianas no católicas (evangélicos, mormones, adventistas, testigos de Jehová) incrementaban su grado de participación desde el comienzo de la adolescencia (62%) hasta los 17-18 años (79%).

A diferencia de lo que sucede en el primer mundo, donde por razones aún no esclarecidas las mujeres son más religiosas que los varones, en la Argentina el grado de participación se mantenía semejante en ambos géneros.

En los adolescentes del primer mundo la práctica religiosa no variaba según el nivel socioeconómico, aunque existían indicios de que los de clase baja rezaban más y sentían a Dios como más cercano. En las muestras longitudinales argentinas se detectó un cambio histórico: mientras en la Generación 1 a mayor nivel

educacional de los padres, menor religiosidad, diez años después –debido tal vez a la creciente secularización de la sociedad– ya no existía relación entre ambos aspectos.

TABLA 9.6: *Participación en actividades extraescolares religiosas de los nacidos en 1974-75 según edad y género*

	Edad 13-14			Edad 15-16			Edad 17-18		
	V	M	T	V	M	T	V	M	T
Participa	24%	12%	18%	11%	13%	12%	14%	11%	13%

Como se observa en la tabla 9.6, la participación en actividades extraescolares religiosas, mayor en varones que en mujeres sólo a los 13-14, descendía en forma significativa a los 15-16 para estabilizarse a los 17-18. A los 15-16, por ejemplo, consistía en pertenecer a la Acción Católica Argentina; al grupo Schoenstatt; a la Asociación Lasallana; a los grupos Soldados de Cristo y Pío X; al grupo de jóvenes de una parroquia; a los boy-scouts católicos; ser catequista; colaborar con una FM católica; integrar un grupo de jóvenes bautistas; hacer música en la iglesia o en el culto evangélico; cuidar niños en el templo mientras los padres participaban de los servicios; estudiar la Biblia con un grupo de jóvenes.

Los adolescentes católicos participaban en actividades extraescolares religiosas en mucho menor medida que los cristianos no católicos: a los 13-14, 17% versus 44%; a los 15-16, 11% versus 29% y a los 17-18, 9% versus 47%.

Quienes decían que la religión era lo más importante en sus vidas (por sobre la familia, los amigos, la pareja, la escuela, el futuro personal, las ideas políticas, la patria) sumaban sólo 7% a los 13-14 y 4% tanto a los 15-16 como a los de 17-18, sin que se observaran diferencias según el género. Nuevamente, mayor porcentaje de cristianos no católicos afirmaban este nivel de centralidad de la religión en sus vidas: 12% versus 7% a los 13-14, 18% versus 2% a los 15-16 y 26% versus 1% a los 17-18.

Afirma la investigación llevada a cabo en el primer mundo que los padres constituyen la principal fuente de influencia en la conducta religiosa de los adolescentes: proveen modelos de participación y hacen que sus hijos concurren al templo y reciban instrucción religiosa. También inciden indirectamente a través de la manera en que se relacionan, ya que los jóvenes se identifican en mayor medida con sus padres cuando tienen con ellos un vínculo cálido y cercano. Los progenitores que experimentan una declinación en su religiosidad es probable que sean emulados por sus hijos y aquellos adolescentes que se identifican menos con ellos a medida que crecen, experimentarán una declinación en su fe aunque sus padres continúen siendo religiosos (Benson y otros, 1989).

Tanto a la Generación 1 como a la 2 se les preguntó a qué religión pertenecían ambos padres, pero no sobre el nivel de participación de los mismos. Sólo a la primera generación se le inquirió sobre las coincidencias en asuntos religiosos entre padres e hijo/a.

**TABLA 9.7:** *Coincidencias entre padres e hijos respecto a temas religiosos en los nacidos en 1974-75 según edad*

Grado de coincidencias	Edad 13-14	Edad 15-16	Edad 17-18
Coincidimos mucho	38%	32%	27%
Coincidimos bastante	31%	34%	36%
Coincidimos poco	12%	11%	12%
Opinamos lo opuesto	2%	4%	5%
No hablamos de esos temas	17%	19%	20%
N	175	173	173

Como puede verse en la tabla 9.7, las coincidencias entre padres e hijos en cuestiones religiosas –dejando de lado a quienes no hablaban sobre el tema– bajaban linealmente en ambos géneros por igual a lo largo de la adolescencia. De todas maneras, las discrepancias de cierta importancia –coincidir poco o pensar

en forma opuesta– sucedían en menos de un caso de cada cinco en las distintas edades. Como ocurría con las opiniones políticas y morales, las concordancias entre padres e hijos superaban a los desacuerdos. En alrededor de uno de cada cinco hogares, la religión era un tema que nunca o casi nunca se mencionaba. En los años medios y finales de la adolescencia, las coincidencias religiosas eran mayores entre los hijos cristianos no católicos y sus padres, que entre los católicos y los suyos.

A la Generación 2 se le preguntó en las tres oportunidades cuál era su religión y sólo a los 17-18, su grado de participación en la misma. Los resultados pueden observarse en las tablas 9.8 y 9.9.

**TABLA 9.8:** *Religión a la que pertenecían los nacidos en 1984-85 según edad*

Religión	13-14	15-16	17-18
Católica	90%	88%	82%
Otras cristianas	5%	5%	5%
Judía	1%	1%	1%
Ninguna	4%	6%	12%
N	355	355	355

**TABLA 9.9:** *Grado de participación religiosa de los nacidos en 1984-85*

Grado de participación religiosa	Edad 17-18
Una vez por semana o más	15%
Una-tres veces al mes	8%
Unas pocas veces al año	29%
Creo en Dios pero estoy alejado/a de mi iglesia	37%
Creo en Dios pero no pertenezco a ninguna religión	7%
No creo en Dios	5%

Al igual que diez años antes, una abrumadora mayoría de los de 17-18 creía en Dios. Los porcentajes de practicantes (23%) y

de creyentes no practicantes (65%) eran muy semejantes a los de la anterior generación (24% y 69%, respectivamente). Quienes no se consideraban miembros de ninguna religión –creyeran en Dios o no– sumaban 12%, un aumento respecto al 7% de la generación anterior. Aunque ahora había algunos cristianos no católicos menos, su participación religiosa continuaba siendo mucho mayor (58%) que la de los católicos (23%). En lo que a religiosidad se refiere, los cambios ocurridos a lo largo de los diez años no eran, en conjunto, importantes.

En los adolescentes de Río Gallegos que concurrían a quinto año, la pertenencia a una denominación religiosa era ligeramente menor que en Paraná (82% versus 88%) y sólo 9% (versus 15%) concurría al culto una o más veces por semana.

Las investigaciones realizadas en el primer mundo indican que en los adultos la participación religiosa se relaciona positivamente con ser más competente en los planos social y laboral y asimismo con mayor bienestar psicológico, longevidad y satisfacción con la vida. En los jóvenes se asocia con menor depresión, conducta antisocial y abuso de alcohol o drogas y, además, con mayor éxito académico (Benson y otros, 1989).

Interesaba conocer qué sucedía en el caso de los adolescentes argentinos. En la Generación 2, a menor religiosidad en los varones de 17-18, mayor conducta antisocial y consumo de sustancias tóxicas concomitantes; no había diferencias, en cambio, en lo que respecta a la precocidad sexual. En lo que concierne a la autopercepción, los varones practicantes tendían a mostrar mejor autoestima global; mayor satisfacción con su apariencia física y su competencia escolar y laboral –aunque menor con su competencia deportiva– que los varones de 17-18 no practicantes de la religión. También se consideraban más responsables en lo concerniente al trabajo, pero no se detectaban diferencias con respecto al bienestar psicológico (depresión y ansiedad).

En las chicas, en cambio, ser practicante a los 17-18 parecía tener menores implicancias: en cuanto a problemas de conducta sólo informaban menor consumo de sustancias tóxicas y en lo referente a problemas emocionales ni su autopercepción ni su bienestar psicológico eran mejores que los de las otras.

Ni en las chicas ni en los muchachos, practicar la religión se asociaba con mayor motivación académica o con mayor cantidad de años de escolaridad logrados.

Todas las correlaciones hasta aquí informadas eran contemporáneas. Como la Generación 1 fue estudiada a lo largo de la adolescencia y nuevamente a los 24-26 años, se podía explorar si el grado de religiosidad y/o la inclusión en actividades extraescolares confesionales predecían determinados desarrollos positivos o no, en la adultez. En las mujeres se detectó un impacto a largo plazo consistente en que las más religiosas a los 13-14 tenían, doce años después, mejor autoestima global y menor grado de personalidad antisocial que las menos creyentes; otorgaban, además, mayor importancia a las convenciones sociales. En el caso de los varones, haber sido practicante a los 13-14 y a los 17-18 se asociaba con menor grado de personalidad antisocial en la adultez emergente. En ambos géneros, los más religiosos a los 17-18 habían comenzado a mantener relaciones sexuales más tardíamente.

En los Estados Unidos aproximadamente un tercio –tanto de los adultos como de los adolescentes– consideraban haber pasado una experiencia de conversión, ya sea dentro de su religión o volviéndose miembro de otra. Esta situación, en cambio, era altamente infrecuente entre nosotros: menos del 2% informó haberse convertido a una religión cristiana no católica proviniendo del catolicismo o de ninguna iglesia, mientras que la conversión al catolicismo fue prácticamente inexistente. Por otra parte, aumentar la religiosidad volviéndose practicante de la iglesia a la que ya se pertenecía constituía un hecho muy inusual (1%) que se produjo sólo dentro del cristianismo no católico.

### **La Argentina vista por sus adolescentes**

Se denomina socialización política a las prácticas a través de las cuales las generaciones más jóvenes se incorporan como miembros plenos a la vida política o pública de la sociedad.



¿Estaban los adolescentes argentinos de 17-18 años al tanto de la marcha del país o de su posición relativa en comparación con otras naciones o, como afirman muchos adultos, poco saben y poco se interesan al respecto, egocéntricamente inmersos en sus propios intereses?

A la Generación 1 se le inquirió a los de 17-18 qué opinaba respecto a la situación del país. Las preguntas abiertas se clasificaron según una escala de seis puntos que iban desde muy negativa (33%) pasando por negativa (26%); regular (8%); buena, aunque con problemas (15%); buena sin mención a problemas (13%) hasta muy buena (3%). Algunas respuestas resultaron inclasificables.

Del total de razones brindadas para justificar la evaluación, las económicas (positivas o negativas) fueron las más citadas, seguidas por corrupción y mentiras; caos y olvido del bien común; la responsabilidad del conjunto de la ciudadanía –y no sólo de las autoridades– y el descuido de la educación, en orden descendente. En la viñeta clínica 9.1 se dan ejemplos de las respuestas de los jóvenes.

#### VIÑETA CLÍNICA 9.1:

*Cómo veían al país en 1992 los adolescentes nacidos en 1974-75*

##### **Mejoría económica**

“Hay estabilidad económica”. “Hay poca inflación”.

“Estoy de acuerdo con la política económica”.

“Se puede vivir”.

##### **Pobreza**

“Los sueldos no alcanzan”. “Hay bajo nivel de vida”.

“Somos del tercer mundo”.

“No hay asistencia social”. “Se benefician los ricos”.

“Cometimos el error de transformarnos en una nación capitalista”.

“No hay salida laboral”. “El sueldo de los jubilados es bajo”.

“Hay desnutrición”.

*(continuación)*

##### **Corrupción y mentira**

“De boca todos son anticorruptos y francos, pero no es así”.

“Los gobernantes son irresponsables y existe un grado alto de corrupción”.

“Está todo putrefacto, la corrupción existe en todos lados”.

“Hay mucha corrupción que no se descubre”.

“Los políticos no cumplen con lo que dicen”.

“Nos hacen pensar que las personas deshonestas son las que salen ganando”.

##### **Olvido del bien común y desgobierno**

“Les falta patriotismo”. “No les importa la gente”.

“Le faltan el respeto al prójimo”.

“Son malos gobernantes”. “Hacen estragos”.

“Hay desorganización”... “caos”... “suicidios”... “drogas”.

##### **Responsabilidad del conjunto de la ciudadanía**

“Hace falta el apoyo del pueblo para levantar al país”.

“Con la ayuda de todos...” “Con unión...”.

“Si todos ponemos un granito de arena, la montaña se construye”.

“Si todos trabajan y dejan de criticar...”.

“La gente se cree que jodiendo y engañando vamos a llegar a algo”.

“La juventud puede hacer algo pero está en otra cosa”.

##### **Problemas educativos**

“Hay analfabetismo”.

“El gobierno no se da cuenta de que lo fundamental es la educación”.

“Los docentes se quejan”. “Los maestros, que se las banquen”.

“Un pueblo ignorante es fácil de dominar”.

##### **Otras**

“Somos una colonia”.

“Están vendiendo el patrimonio del país al capitalismo yanqui”.

“Gobiernan por decreto”. “Hay inseguridad jurídica”.



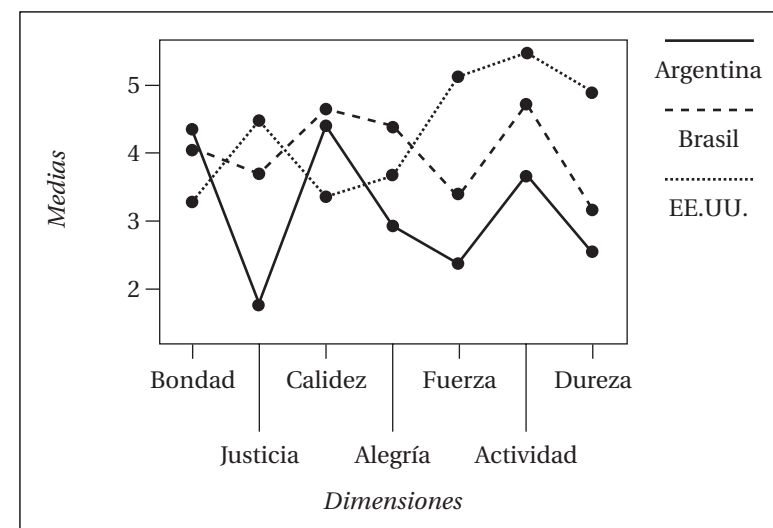
Como puede verse, las opiniones de los adolescentes de 17-18 no eran diferentes de las de la población adulta. Resultaban, además, compatibles con la desconfianza en las distintas instituciones del estado, expresadas tanto por los jóvenes de 14-24 como por los adultos del Gran Buenos Aires, donde apenas 11% confiaba en el gobierno; 27% en el poder judicial; 18% en la policía; 26% en las fuerzas armadas y 23% en la administración pública. Sólo 68% consideraba que la democracia era la mejor forma de gobierno para nuestro país (Deutsche Bank, 1999).

Interesaba, también, conocer si los jóvenes del siglo XXI percibían a la Argentina peor, mejor o igual que los adolescentes porteños de la década del sesenta y explorar cómo la evaluaban en comparación con el Brasil –el más poderoso país de Latinoamérica– y los Estados Unidos. Havighurst y otros (1963) habían pedido a adolescentes de Buenos Aires y de Chicago que calificaran a la Argentina y a los Estados Unidos con el Test Semántico Diferencial de Osgood. Este dispositivo requiere colocar un objeto sobre distintas escalas formadas por pares de adjetivos opuestos. Se emplea este procedimiento semidirecto, que se parece a un juego, porque la mayoría de los individuos responden a él con menos inhibición de la que experimentarían si se les pidiera en forma directa expresar su actitud. En este caso, cada adolescente colocó el objeto a ser estudiado –la Argentina, el Brasil, los Estados Unidos– sobre escalas de seis alternativas cada una, que se extendían desde muy bueno hasta muy malo, desde muy justo hasta muy injusto, desde muy triste hasta muy alegre, desde muy cálido hasta muy frío, desde muy débil hasta muy fuerte, desde muy activo hasta muy pasivo y desde muy blando hasta muy duro. Las cuatro primeras dimensiones tenían en común una connotación evaluativa, mientras las tres últimas, una de potencia.

Como puede observarse en el gráfico 9.1, los adolescentes percibían al Brasil como un país mucho mejor que la Argentina y a los Estados Unidos, a su vez, como algo mejor que Brasil. En promedio, opinaban que nuestro país era bastante injusto y débil, algo triste y blando y ni activo ni inactivo; sólo rescataban como características positivas “algo” de bondad y de calidez. Chicas y chicos no diferían en su percepción como tampoco lo hacían,

llamativamente, los adolescentes pertenecientes a hogares de nivel socioeconómico bajo, medio-bajo o medio-medio.

GRÁFICO 9.1: *Cómo perciben a la Argentina, el Brasil y los Estados Unidos los de 17-18 años nacidos en 1984-85*



Cuando se comparaban estas respuestas con las brindadas por los 266 adolescentes de la ciudad de Buenos Aires de 13 y 16 años en 1961, la caída en la imagen de la Argentina resultaba sobrecogedora (de 4,71, un promedio cercano a “bastante positivo”, a 3,14, promedio cercano a “algo negativo”). Aunque el país se percibía peor en cada una de las siete dimensiones, el descenso más estrepitoso se produjo en justicia (desde “bastante justo” a “bastante injusto”); en alegría (desde “bastante alegre” a “algo triste”) y en fuerza (desde “algo fuerte” a “bastante débil”).

Era muy poco probable que las diferencias de lugar geográfico (Buenos Aires versus Paraná) y de edad (tres años menores los porteños) fueran los factores que explicaran semejante caída. Cuando la percepción de la Argentina se comparó según las edades (17, 18, 19 y 20-21) no se detectaron diferencias significativas. En cambio, sí se registró un modesto impacto del contexto histórico: este grupo

respondió cuando el país estaba en medio de la peor crisis de sus últimos cien años –en mayo de 2002– mientras otro que completó la misma prueba en 2003, mostró una muy modesta mejoría en la imagen del país. Es casi seguro, entonces, que la apabullante diferencia entre la Argentina vista por los chicos de los sesenta y los del siglo XXI sólo pueda explicarse por el deterioro de la situación socio-económico-cultural del país.

También a lo largo de cuarenta años había empeorado la imagen que los adolescentes tenían de los Estados Unidos, aunque la caída era mucho menos abrupta que en el caso de la Argentina (de 4,92, un promedio cercano a “bastante positivo”, a 4,35, promedio por encima de “algo positivo”). Las dimensiones bajaron en modesta medida excepto en bondad (los Estados Unidos ya no se veían “bastante buenos” sino “ni buenos ni malos”) y en alegría (ya no se los consideraba “bastante alegres” sino “algo alegres”).

Como se analizara en el capítulo 3, la mayoría de los adolescentes de 17-18 afirmaba en 2002 que quería, cuando adulto, seguir viviendo en este país. Pero ¿para cuántos la patria constituía una prioridad, por sobre la familia, los amigos, la pareja, la escuela, el futuro personal, las ideas políticas, la religión? En la Generación 1, sólo 5% a los 13-14, 1% a los 15-16 y 4% a los 17-18 afirmaban que ella era lo más importante en sus vidas, con cierto predominio de los varones a este respecto. En la Generación 2, 11% de varones y 4% de mujeres no estuvieron de acuerdo a los 17-18 con que su familia fuera para ellos más importante que su país, lo cual permite suponer que consideraban a la patria tan importante o más que la familia.

## APÉNDICE I

### *Instrumentos utilizados en la recolección de datos*

#### **En los nacidos en 1974-75 (Generación 1)**

##### **Escala Rosenberg de Autoestima Global (1973)**

Consta de diez preguntas de cuatro alternativas cada una (muy en desacuerdo, en desacuerdo, de acuerdo y muy de acuerdo) referidas a sentirse un fracaso, un inútil, ser una persona que no merece ser querida, no tener varias cualidades buenas, no hacer las cosas tan bien como la mayoría de la gente, etcétera. Rosenberg la diseñó para poblaciones adolescentes y adultas con el objeto de medir la experiencia fenomenológica general del propio valor, más allá de las evaluaciones del sujeto de sus características y atributos específicos. Es la medida de autoestima más ampliamente utilizada en los Estados Unidos y su confiabilidad y validez están bien acreditadas.

Se la empleó en 1986 en una muestra transversal de adolescentes de 15 a 18 años; en la Generación 1 en las edades 13-14; 15-16; 17-18 y 24-26 y en la Generación 2 a los 13-16 y dos años después. Su consistencia interna en estas muestras argentinas fue siempre aceptable (alfas de Cronbach entre 0,73 y 0,84).

##### **Escala Rosenberg de Afectos Depresivos (1973)**

Consta de seis preguntas, tres de las cuales inquirían por el grado de felicidad; una sobre cuán animados se sentían; otra sobre disfrutar de la vida o no y la última por experimentar tristeza

y amargura o no experimentarla. Esta escala, al igual que la de Autoestima Global y la de Síntomas Psicosomáticos, fue utilizada por Rosenberg en su investigación de 10.000 adolescentes de cuarto y quinto año pertenecientes a diez escuelas tomadas al azar del Estado de Nueva York, en los Estados Unidos. Pretende evaluar sólo un aspecto del síndrome o del trastorno depresivo: el estado de ánimo disfórico. Se la empleó en la muestra transversal 1986 y en la Generación 1 en las edades 13-14; 15-16; 17-18 y 24-26. Su consistencia interna en estas muestras argentinas fue aceptable considerando su escaso número de ítems (alfas de Cronbach entre 0,68 y 0,84).

#### Escala Rosenberg de Síntomas Psicosomáticos (1973)

Consta de diez preguntas que inquieran sobre la frecuencia (nunca, casi nunca, algunas veces o a menudo) con que se experimenta nerviosismo, insomnio, pesadillas, jaquecas, fuertes dolores de cabeza, temblor o transpiración de las manos, palpitaciones, problemas al respirar aunque no se esté haciendo ejercicio y comerse las uñas. Esta escala, utilizada por Rosenberg en la investigación antedicha, evalúa la ansiedad sin incluir los componentes cognitivos, sino a través de síntomas de activación del sistema nervioso autónomo. Se la empleó en la muestra transversal 1986 y en la Generación 1 en las edades 13-14, 15-16 y 17-18; sólo los ítem sobre nerviosismo, palpitaciones, falta de aire, dolor de cabeza, pesadillas y temblor de manos se aplicaron cuando la Generación 2 tenía 17-21 años. Su consistencia interna en estas muestras argentinas fue aceptable (alfas de Cronbach entre 0,74 y 0,78). La onicofagia no constituía en nuestro medio un síntoma de ansiedad.

#### Inventario Revisado de Depresión de Beck (1996)

Este inventario es el instrumento más utilizado en la psicología occidental para medir la severidad del síndrome depresivo. Fue construido por Beck, Rush, Shaw y Emery en 1979. Consta de 21 preguntas de cuatro alternativas cada una, referidas a sentirse

triste, fracasado, culpable, irritado, lloroso, suicida, desanimado respecto al futuro, desinteresado por los demás, con problemas de sueño, apetito, deseo sexual, etcétera. Es aplicable a adolescentes y adultos, a pacientes psiquiátricos y a sujetos de la población general. Sus propiedades psicométricas han sido ampliamente investigadas e incluso en la Argentina se dispone de estudios al respecto (Richau y Sacchi, 2001). Su validez, tanto de contenido como de constructo, está bien establecida. Cuando se lo aplicó a la Generación 1, a los 24-26 años, la consistencia interna fue muy apropiada (alfa de Cronbach 0,84).

#### Cuestionario Revisado de Personalidad de Eysenck y Eysenck (1997)

Éste es uno de los cuestionarios diseñados por Eysenck para discriminar distintas dimensiones de la personalidad las que, supone, tienen cierta base neurofisiológica. Sus 101 preguntas miden los bien conocidos rasgos Neurotismo o Predisposición a las Emociones Negativas (ansiedad, depresión, sentimiento de culpa, baja autoestima, tensión, irracionalidad, timidez, emotividad); Extraversión o Predisposición a las Emociones Positivas (sociabilidad, vivacidad, actividad, asertividad, búsqueda de sensaciones y de aventuras, despreocupación, dominancia) y Psicotismo o Personalidad Antisocial (agresividad, frialdad, egocentrismo, impulsividad, falta de empatía, poco respeto por las convenciones sociales). A las tres dimensiones de la personalidad se agrega una escala de Deseabilidad Social. Aunque su objetivo es detectar la tendencia a responder como si no se tuviera ninguna falta (“mis costumbres son todas buenas y deseables”, “cuando niño obedecía siempre sin protestar”, etcétera), mide también una característica estable de la personalidad: la ingenuidad y/o el conformismo social.

Ha sido estudiado en muchísimos países europeos, africanos, asiáticos y americanos como asimismo en la Argentina (Casullo, 1991). Las consistencias internas, al aplicarlo a la Generación 2 cuando eran adultos emergentes de 24-26 años, fueron satisfactorias para Neurotismo y Extraversión (alfas de Cronbach 0,81).

Pero, lo mismo que había sucedido en España, la consistencia de la Escala Psicotismo era tan baja en la muestra argentina que se hizo necesario recortarla a trece ítem: no le importan los buenos modales; tomaría drogas que pudieran tener consecuencias extrañas o peligrosas; prefiere hacer las cosas a su manera sin seguir instrucciones; tiene enemigos que quieren hacerle daño; se divierte haciendo chistes que a veces molestan a la gente; no le importan mucho los buenos modales y el aseo personal; actúa a menudo contra los deseos de sus padres; piensa que el matrimonio es algo anticuado que debe eliminarse; hay personas que evitan encontrarse con él/ella; considera que la gente pierde demasiado tiempo asegurando su futuro; que, en general, los otros no dicen la verdad; cree que es mejor no seguir las normas sociales sino hacer el propio camino; le dicen muchas mentiras. Al reducir a 13 los 32 ítem propuestos por Eysenck, la consistencia interna ascendió de 0,53 a 0,68, un nivel más aceptable aunque todavía insatisfactorio. Parecería que el constructo Psicotismo, tal como lo mide el cuestionario Eysenck, tendría una escasa validez ecológica cuando se lo aplica sin modificaciones en las culturas mediterráneas.

#### Escala de Ajuste Diádico de Spanier (1976)

Esta escala, cuyas bondades psicométricas están bien establecidas en muestras estadounidenses, consta de cuatro subescalas. La de Consenso Diádico incluye 10 preguntas relativas al grado de acuerdo de la pareja en lo concerniente a manejo del dinero, religión, amigos, relación con padres y suegros, proyecto de vida, cantidad de tiempo compartido, tareas hogareñas, actividades para el tiempo libre y compromisos sociales con familia, gente del trabajo, etcétera. La subescala de Satisfacción Diádica está integrada por 10 preguntas sobre frecuencia de discusiones, pensar en terminar la relación, dificultad para reconciliarse, pensar que las cosas no andan bien, desconfiar de la pareja, arrepentirse de estar juntos, ponerse los nervios de punta, no besarse, insatisfacción global y deseo de luchar porque la pareja ande bien. La subescala de Expresión de Afecto se compone de cuatro ítem

relativos al grado de acuerdo sobre la expresión de cariño y sobre las relaciones sexuales y a la existencia de problemas por estar muy cansado para tener relaciones sexuales y por insuficiente demostración de afecto. La subescala de Cohesión Diádica se conforma con cinco preguntas relativas a con qué frecuencia la pareja tiene una conversación interesante, se divierte junta, analiza con calma un tema, hace planes compartidos y se integra en actividades deportivas, políticas, pasatiempos, etcétera. Además, puede extraerse un puntaje total.

Esta Escala se aplicó a la Generación 1 cuando eran adultos emergentes de 24-26 años para examinar la relación de pareja que tenían en ese momento (noviazgo, convivencia, matrimonio) o la última en la cual habían estado involucrados. En la muestra argentina, los coeficientes alfa de Cronbach fueron 0,87; 0,90; 0,70 y 0,82 para las cuatro subescalas en el orden antes mencionado, muy semejantes a las informadas por Spanier.

### En los nacidos en 1982-85 (Generación 2)

#### Perfil de Auto percepción para Adolescentes de Harter (1988)

A la edad de 13-16 y dos años después, los jóvenes completaron la Escala Rosenberg de Autoestima Global, ya informada. En la tercera recolección de datos, en cambio, los de 17-18 años respondieron al Perfil de Auto percepción de Harter para Adolescentes.

Este instrumento está compuesto por nueve escalas de cinco ítem cada una: Apariencia Física (“Algunos adolescentes desearían que su cuerpo fuera diferente, pero a otros les gusta su cuerpo tal como es”); Atractivo Amoroso (“Algunos adolescentes creen que si se enamoran de alguien esa persona también gustará de ellos, pero a otros les preocupa que si se enamoran de alguien esa persona no guste de ellos”); Amistad Íntima (“Algunos adolescentes tienen un amigo/a íntimo/a con quien compartir secretos, pero otros no tienen un verdadero amigo/a íntimo/a con quien compartir secretos”); Aceptación Social (“A algunos adolescentes les resulta difícil caerle bien a los demás, pero a

otros les resulta fácil caerle bien a los demás”); Buen Comportamiento (“Algunos adolescentes generalmente se meten en problemas por las cosas que hacen, pero otros no se meten en problemas por las cosas que hacen”); Competencia Escolar (“Algunos adolescentes piensan que son tan inteligentes como otros de su edad, pero otros adolescentes no están seguros de ser tan inteligentes como otros de su edad”); Competencia Laboral (“Algunos adolescentes piensan que son capaces de llevar adelante un trabajo pago, pero otros dudan de su capacidad para llevar adelante un trabajo pago”); Competencia Deportiva (“Algunos adolescentes creen que son mejores que otros de su edad en los deportes, pero otros adolescentes no creen ser tan buenos en los deportes”) y Autoestima Global (“Algunos adolescentes están muy contentos siendo como son, pero otros quisieran ser diferentes de cómo son”).

Las consistencias internas variaron entre alfas de Cronbach 0,71 y 0,85 en la muestra argentina, con la única excepción de la subescala Competencia Escolar que alcanzó un modesto 0,64. Esto se debía a que para nuestros adolescentes la relación entre desempeño escolar y nivel de inteligencia era más débil que la encontrada en sus pares estadounidenses.

Además del Perfil, los adolescentes completaron un total de dieciséis preguntas relativas a la importancia de cada uno de los ocho dominios específicos de la autopercepción arriba enumerados.

El formato de estos instrumentos es original, ya que se solicita a quien responde optar primero entre la afirmación de la derecha o la de la izquierda (por ejemplo, para ella/él ¿es importante ser inteligente o no lo es?) y luego, en un segundo momento, decidir cuál de dos niveles de intensidad (¿le importa o le importa muchísimo?) refleja mejor su pensamiento.

#### **Inventario de Depresión para Niños de Kovacs (1992)**

Esta medida del síndrome depresivo es una de las más prestigiosas y utilizadas en el mundo. Está compuesta por 27 preguntas, de tres alternativas cada una, en las cuales el sujeto informa acerca de distintos tipos de síntomas de depresión característicos de la edad 7-17: ánimo negativo, problemas interpersonales,

incapacidad, anhedonia y baja autoestima. Sus virtudes psicométricas están bien establecidas para muestras no sólo estadounidenses sino de distintos países. Los adolescentes argentinos completaron este Inventario a los 13-16; 15-18 y 17-18. En cambio, los de 19-21 respondieron al Inventario Beck de Depresión en la tercera recolección de datos. Las consistencias internas fueron muy satisfactorias (alfas de Cronbach entre 0,82 y 0,85), similares a las halladas por Kovacs para la muestra normativa estadounidense.

#### **Inventario de Ansiedad Estado-Rasgo de Spielberger, Forma X (1970)**

Se aplicó la parte rasgo de esta prueba cuando los adolescentes tenían 13-16 y, luego, a los 15-18. En la tercera recolección de datos, como ya se explicó, completaron sólo las preguntas sobre nerviosismo, palpitations, falta de aire, dolor de cabeza, pesadillas y temblor de manos de la Escala de Síntomas Psicósomáticos de Rosenberg.

La parte ansiedad-rasgo consta de 20 preguntas de cuatro alternativas cada una (nada, un poco, bastante y mucho) referidas a cansarse rápidamente; sentir ganas de llorar; ser menos feliz que los otros; perder oportunidades por no decidirse rápidamente; preocuparse demasiado por cosas sin importancia; no ser feliz; tomarse las cosas muy a pecho; sentirse mal; intranquilo; inseguro; bajoneado; inestable; poco contento; cansado; carecer de confianza en sí mismo; tener dificultad para enfrentar los problemas; ponerse nervioso al pensar en sus obligaciones; ser molestado por ideas sin importancia; dolerse excesivamente por los desengaños.

El autor informa una consistencia interna de 0,90 para ansiedad-rasgo y la validez está suficientemente comprobada para su uso en la clínica y en la investigación. En esta muestra argentina los coeficientes alfa de Cronbach resultaron muy aceptables: 0,85 a los 13-15 años y 0,87 dos años después.

#### **Escala de Conducta Antisocial Jakobsen-Paraná (1997)**

Jakobsen y otros (1997) recortaron un subconjunto de seis preguntas de la escala Olweus para utilizarlas en su estudio longitudinal

de 1000 adolescentes noruegos. Inquieren sobre hurtos a miembros de la familia y en negocios; tomar sin permiso una bicicleta o moto; haber tenido discusiones violentas con algún docente; recibir medidas disciplinarias en la escuela y cometer actos de vandalismo. Al aplicarlo a los 13-16 y luego a los 15-18, se agregaron otros dos ítem por considerarlos pertinentes para la realidad argentina: uno relativo a faltar a la escuela sin permiso (“hacerse la rata”) y el otro, a manejar autos sin habilitación. Para el seguimiento a los 17-21 años se quitó la pregunta sobre conducir sin licencia –muchos superaban ya la edad requerida por la ley para obtener dicha habilitación– y se agregaron otras siete: burlar o golpear a otros chicos/as; mentir para zafar de un problema; trampear para conseguir lo deseado; pelear con golpes o empujones o tirones de pelo; perder el control de la ira; molestar a propósito a otra persona; tener problemas con la policía o con la justicia por su inconducta.

A cada una de las preguntas se le asignaron tres alternativas (muchas veces, una-dos veces y nunca), en lugar de la puntuación dicotómica planteada por Jakobsen.

Las consistencias internas en la muestra argentina fueron alfas de Cronbach 0,67 a los 13-16; 0,70 a los 15-18 y 0,82 a los 17-21.

#### Escala de Consumo de Sustancias Tóxicas Jakobsen-Paraná (1977)

Jakobsen también preguntó por sí o por no, sobre el consumo de tabaco, alcohol, marihuana, inhalantes y drogas “duras”. Más allá de si constituían una escala suficientemente consistente o no, el autor consideraba que la respuesta a cada uno de los ítem estaba llena de interés en sí misma. Para su utilización en la Argentina se agregaron a los 13-16 y a los 15-18 dos preguntas –cantidad de borracheras mensuales y consumo de alcohol en la última semana– y otras cinco para su aplicación a los 17-21 años: consumo de cigarrillos en la última semana; cantidad aproximada de cigarrillos diarios; tomar anfetaminas o psicofármacos no indicados por el médico y grado de problema que consideraba tener con el cigarrillo, por un lado y con el alcohol o drogas, por el otro.

Cada ítem tenía tres alternativas. En la Argentina las consistencias internas fueron mucho más altas que las halladas por el investigador noruego (alfas de Cronbach 0,72 a los 13-16; 0,74 a los 15-18 y 0,82 a los 17-21, luego de excluir por inconsistente la pregunta sobre anfetaminas y psicofármacos sin receta).

Las escalas de Conducta Antisocial y de Consumo de Sustancias Tóxicas formaban parte, junto con la pregunta relativa a la precocidad sexual, de un factor estadístico que podía denominarse “problemas de conducta”, el cual se diferenciaba del factor “problemas emocionales o internalizantes”, constituido por depresión, ansiedad y autoestima.

#### Inventario Red de Relaciones Interpersonales de Furman (2001)

Este inventario evalúa las percepciones que niños y jóvenes tienen de sus vínculos con los “otros significativos”, en función de siete suministros de apoyo derivados de la teoría de Weiss (intimidad, admiración, afecto, alianza confiable, compañía, ayuda instrumental y protección hacia el otro), del grado de conflicto y de antagonismo –de los que se deriva un índice de interacción negativa– y del poder relativo que el individuo cree tener dentro de la relación.

A los adolescentes argentinos de 17-18 se les presentaron solamente las cuatro primeras dimensiones del apoyo y las dos de la interacción negativa. En lo concerniente al apoyo, la escala Intimidad preguntaba, por ejemplo, en qué medida hablás de todo y compartís secretos con esta persona; la de Aprobación, cuánto te admira y te respeta, en qué medida piensa que vos servís para un montón de cosas; la de Afecto, cuánto te quiere, en qué medida se interesa realmente por vos; la de Alianza Confiable, cuánto durará la relación no importa lo que pase o aunque haya peleas. En lo relativo a las interacciones negativas, la escala de Conflicto inquiría, por ejemplo, en qué medida pelea, discute, se enoja con esta persona y la de Antagonismo, cuánto se ponen los pelos de punta, se molestan o fastidian. Cada una de las tres preguntas que integraban cada escala tenía cinco alternativas que iban desde “poco o nada” hasta “al máximo”.

Los adolescentes argentinos evaluaron según estas dimensiones sus relaciones con madre, padre, hermano/a elegido/a, amigo íntimo



y pareja amorosa. Algunos de los vínculos incluidos por Furman tales como maestro, distintos hermanos, otros parientes o la diferenciación entre mejor amigo del mismo y del otro sexo, no se incluyeron.

Las consistencias internas de las escalas resultaron más altas que las halladas en las muestras estadounidenses. Para los distintos vínculos, las alfas de Cronbach alcanzaron entre 0,85 y 0,93 en el caso de los intercambios negativos y entre 0,92 y 0,93 para el apoyo basado en los suministros intimidad, admiración, amor y alianza confiable.

#### Escala Orientación al Trabajo del Inventario de Madurez Psicosocial Forma D de Greenberger (2001)

El Inventario de Greenberger, Josselson, Kneer y Kneer (1974), revisado para actualizar el lenguaje en 2001, consta de nueve escalas. Tres de ellas (Habilidades Comunicativas, Conocimiento de los Roles y Confianza) evalúan la adecuación interpersonal. Otras tres (Compromiso Social, Tolerancia de las Diferencias Individuales y Culturales y Apertura al Cambio Sociopolítico), la madurez social, mientras que las escalas Orientación al Trabajo, Independencia e Identidad examinan la adecuación individual. La forma D está dirigida a jóvenes que cursan como mínimo el grado 11.

Los diez ítems de Orientación al Trabajo miden el grado de motivación del adolescente para completar exitosamente sus tareas –si una tarea es más difícil de lo esperado no esforzarse para hacerla lo mejor posible; resultarle difícil terminar una tarea larga; abandonar una tarea cuando algo sale mal; tener trabajo atrasado; dejar las cosas a medio hacer; divertirse en lugar de terminar el trabajo pendiente; etcétera–. Cada ítem consta de cuatro alternativas que van desde “muy cierto” hasta “totalmente equivocado”. La consistencia interna fue alfa de Cronbach 0,76 en esta muestra argentina.

#### Escala Independencia del Inventario de Madurez Psicosocial Forma D de Greenberger (2001)

Esta otra escala del Inventario de Greenberger está compuesta por diez preguntas: “la mayor parte de las cosas que me pasan

dependen de la suerte”; “cuando las cosas me van bien, casi nunca se debe a mi propio esfuerzo”; “las otras personas tienen que decirme qué me conviene hacer”; “cuando estoy en grupo prefiero que los otros tomen las decisiones”; “para evitar líos, es mejor estar de acuerdo con lo que los otros piensan”; “el trabajo que haga en el futuro depende poco de mí”; etcétera. Cada ítem consta de cuatro alternativas que van desde “muy cierto” hasta “totalmente equivocado”. En esta muestra argentina la consistencia interna fue alfa de Cronbach 0,74.

Las escalas Orientación al Trabajo e Independencia han sido extensamente utilizadas en la investigación con adolescentes estadounidenses. En nuestro país se las empleó solamente a la edad 17-21.

#### Escala de Motivación Académica de Peterson y otros (1985)

La motivación escolar se evaluó a través de una escala de cinco preguntas utilizadas por Peterson y sus colegas en distintas investigaciones sobre adolescentes estadounidenses. Se refieren a gustar de la escuela, ser un alumno estudioso, importarles tener buenas notas, cumplir con el estudio o el trabajo que encargan los profesores y considerar que la educación es lo suficientemente importante como para tolerar algunas cosas de la escuela que no le gusten. Cada ítem cuenta con cuatro alternativas que van desde “muy cierto” hasta “totalmente equivocado”.

Solamente respondieron a la escala quienes concurrían a la escuela secundaria en la tercera recolección de datos (edad 17-21). En esta muestra argentina la consistencia interna fue alfa de Cronbach 0,72.

#### Escala de Familismo de Bardis (1959)

Esta escala se aplicó solamente en la tercera recolección de datos, a la edad de 17-21. Está compuesta por cinco preguntas que exploran el grado de supremacía de la familia: las responsabilidades con la familia deberían ser más importantes que los proyectos de estudio o trabajo futuros; habría que tratar de vivir



cerca de los padres aunque hubiera mejores oportunidades en otros lugares; el vínculo con la familia es más importante que el vínculo con los amigos y habría que ser completamente leal a la familia. No se incluyó el relativo a la importancia de continuar el apellido familiar y en su reemplazo se agregó un ítem sobre considerar a la familia más importante que al país.

Cada pregunta cuenta con cuatro alternativas que van desde “muy cierto” hasta “totalmente equivocado”. En esta muestra argentina, la consistencia interna resultó modesta (alfa de Cronbach 0,64).

## APÉNDICE 2

### *Trabajos científicos del presente equipo de investigación*

#### Libros

- Facio, A. y Resett, S. (2007). Argentina. En Arnett, J. (ed.), *Routledge International Encyclopedia of Adolescence*. Nueva York y Londres, Routledge.
- Facio, A. y Batistuta, M. (2000). *La sexualidad de los adolescentes. Una investigación argentina*. Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación, UNER.
- Facio, A. y Batistuta, M. (1997). *Los adolescentes y sus padres. Una investigación argentina*. Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación, UNER.

#### Artículos en revistas científicas

- Facio, A. y Batistuta, M. (2004). El Inventario de Depresión para Niños de Kovacs en una muestra comunitaria de adolescentes argentinos. *Revista Investigaciones en Psicología del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*, N°9 (2): 77-91.
- Facio, A. y Micocci, F. (2003). Emerging Adulthood in Argentina. *New Directions for Child and Adolescent Development n° 100*: 21-31.
- Facio, A.; Batistuta, M.; Micocci, F. y Vivas, C. (2003). Intimidad con padres y hermanos en adolescentes de 13 a 15 años. *Ciencia, Docencia y Tecnología. Universidad de Entre Ríos n° 27*: 43-60.
- Facio, A. y Batistuta, M. (2001). What Makes Argentinian Girls Unhappy? A Cross-cultural Contribution to Understanding Gender Difference in Depressive Mood during Adolescence. *Journal of Adolescence n° 24*: 671-680.
- Facio, A.; Batistuta, M.; Schneider, E. y Micocci, F. (2000). Desarrollo de las actitudes respecto a sexualidad y pareja en los adolescentes de Paraná desde

los 13-14 hasta los 17-18 años. *Ciencia, Docencia y Tecnología. Universidad de Entre Ríos n° 21*: 11-136.

- Facio, A. y Batistuta, M. (1998). Latins, Catholics and from the Far South: Argentinian Adolescents and Their Parents. *Journal of Adolescence n° 21*: 49-67.
- Facio, A. y Batistuta, M. (1993). Encuesta de opinión política (1992) a los adolescentes de Paraná que cursaban primer año de la escuela media en 1988. *Ciencia, Docencia y Tecnología. Universidad de Entre Ríos n° 5*: 37-71.

## Presentaciones en congresos extranjeros y nacionales

### En los Estados Unidos

- Facio, A.; Resett, S. y Mistrorigo, C. (agosto, 2005). Plain and Dumb? Negative Self-view in Argentinian Young Women. CXIII Convención Anual de la American Psychosocial Association, Washington.
- Facio, A. y Micocci, F. (febrero, 2005). Close Relationships in Emerging Adulthood. II Conferencia sobre Adulthood Emergente, Miami.
- Facio, A. y Batistuta, M. (marzo, 2004). Personal Success and Failure Experiences, Psychological Wellbeing and Personality Traits in Argentinian Emerging Adults. X Reunión Bienal de la Society for Research on Adolescence, Baltimore.
- Facio, A.; Bellizzi, M. y Micocci, F. (noviembre, 2003). Mal de amores? Romantic Relationship Satisfaction in Argentinian Emerging Adults: Concurrent Correlates and Adolescent Precursors. Primera Conferencia sobre Adulthood Emergente, Harvard.
- Facio, A. y Batistuta, M. (agosto, 2003). Assessment of Depressive Syndrome in Argentinian Adolescents. CXI Convención Anual de la American Psychological Association, Toronto (Canadá).
- Facio, A. y Bellizzi, M. (abril, 2003). Self-esteem and Depression in Argentinian Young People from Adolescence to Emerging Adulthood. Reunión Bienal de la Society for Research in Child Development, Tampa.
- Facio, A. y Micocci, F. (agosto, 2002). Effects of Parental Divorce on Argentinian Young People. CX Convención Anual de la American Psychological Association, Chicago.
- Facio, A. y Micocci, F. (abril, 2002). Romantic Partners as Favorite Confidants: Some Adolescent Precursors in an Argentinian Sample Followed up during

Eleven Years. IX Reunión Bienal de la Society for Research on Adolescence, Nueva Orleans.

- Facio, A. y Bellizzi, M. (agosto, 2001). Argentinian Young People's Self-esteem Trajectories from 13-14 to 24-25. CIX Convención Anual de la American Psychological Association, San Francisco.
- Facio, A. y Micocci, F. (abril, 2001). Latins and Catholics: Psychosocial Outcomes of Early, Middle and Late Sexual Intercourse in Argentinian Adolescents. Reunión Bienal de la Society for Research in Child Development, Minneapolis.
- Facio, A. y Batistuta, M. (agosto, 2000). Argentinian Adolescents Attitude toward Secondary School. CVIII Convención Anual de la American Psychological Association, Washington.
- Facio, A. y Batistuta, M. (marzo, 2000). Siblings in the Network of Personal Relationships of Argentinian Adolescents from 13-14 to 17-18 Years Old. VIII Reunión Bienal de la Society for Research on Adolescence, Chicago.
- Facio, A. y Batistuta, M. (agosto, 1999). Girls from the End of the World: 13 to 18 Year-Old Argentinian Adolescents. CVII Convención Anual de la American Psychological Association, Boston.

### En Gran Bretaña

- Facio, A. y Micocci, F. (septiembre, 2002). Effects of Divorce on Argentinian Young People. Conferencia de la European Association for Research on Adolescence. New College, Oxford.
- Facio, A.; Micocci, F. y Vivas, C. (julio, 2001). Admiring Mom and Dad: Argentinian Parents as Imitation Models from Adolescence to Young Adulthood. VII Congreso Europeo de Psicología, Londres.

### En Bélgica

- Facio, A. y Resett, S. (julio, 2004). Optimism about Personal Future in Two Cohorts of Argentinian Adolescents. XVIII Reunión Bienal de la International Society for the Study of Behavioural Development, Gantes.
- Facio, A. (julio, 2004). Sexuality and Romantic Relationships in Argentinian Adolescents. XVIII Reunión Bienal de la International Society for the Study of Behavioural Development, Gantes.

### En Suecia

- Facio, A.; Batistuta, M. y Micocci, F. (julio, 2000). Friends in the Network of Personal Relationships in Argentinian Adolescents from 13-14 to 17-18 Years Old. XXVII Congreso Internacional de Psicología, Estocolmo.
- Facio, A.; Batistuta, M. y Micocci, F. (julio, 2000). Alcohol and Tobacco Use, Relationship with Parents and Psychological Wellbeing in Argentinian Adolescents. XXVII Congreso Internacional de Psicología, Estocolmo.

### En Francia

- Facio, A.; Batistuta, M. e Imwinkelried, M. (septiembre, 1996). Los abuelos argentinos vistos por sus nietos adolescentes. XIII Congreso Internacional de Universidades de la Tercera Edad, Nantes.

### En España

- Facio, A. (enero, 1996). El adolescente argentino y sus padres. Conferencia ante el Grupo de Investigación sobre Desarrollo y Conocimiento Social de la Facultad de Psicología de la Universidad de Granada, Granada.

### En Turquía

- Facio, A.; Resett, S. y Mistrorigo, C. (mayo, 2006). What are the Most Stressful Relationships in Argentinian Late Adolescents? Conferencia de la European Association for Research on Adolescence, Antalya.

### En el Brasil

- Ruschel Bandeira, D.; Tozzi Reppold, C.; Pflüger, D. y Facio, A. (julio, 2003). Escala Harter de Auto-Estima: Adaptação para o Contexto Brasileiro. Primer Congreso Brasileño de Evaluación Psicológica. Universidad de Campinas, San Pablo.
- Ruschel Bandeira, D.; Tozzi Reppold, C.; Pflüger, D. y Facio, A. (mayo, 2003). Adaptação da Escala de Auto-estima de Harter: Resultados Preliminares. III Congreso Norte-Nordeste de Psicologia, João Pessoa, Paraíba.

- Facio, A.; Batistuta, M. y Schneider, E. (julio, 1997). Sentimientos depresivos en adolescentes argentinos estudiados longitudinal y transversalmente. Primer Congreso Iberoamericano de Evaluación Psicológica, Porto Alegre.

### En Venezuela

- Facio, A. y Batistuta, M. (junio, 1999). ¿La mujer que al amor no se asoma...?. Un estudio del efecto de algunas actitudes sobre sexualidad y pareja en la autoestima medida con la escala Rosenberg de una muestra longitudinal de adolescentes argentinas desde los 13-14 hasta los 17-18 años. II Congreso Iberoamericano de Evaluación Psicológica, Caracas.

### En la Argentina

- Facio, A.; Resett, S. y Mistrorigo, C. (junio, 2005). Deportes y bienestar psicológico en adolescentes y adultos emergentes argentinos. XXX Congreso Interamericano de Psicología, Buenos Aires.
- Facio, A.; Micocci, F.; Resett, S. y Mistrorigo, C. (julio, 2004). Diseños longitudinales en la investigación del desarrollo psicológico. Taller por invitación en las XI Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A.; Micocci, F.; Bellizzi, M. y Caneo, A. (octubre, 2003). Evaluando autoestima, depresión y ansiedad en adolescentes argentinos. VII Congreso Nacional de Psicodiagnóstico, Mendoza.
- Facio, A.; Batistuta, M.; Micocci, F.; Mistrorigo, C. y Resett, S. (agosto, 2003). Motivación escolar y problemas internalizantes y externalizantes en adolescentes argentinos. X Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A.; Batistuta, M.; Micocci, F. y Bellizzi, M. (mayo, 2003). Adultez emergente, un nuevo período del ciclo vital. IX Congreso Argentino de Psicología, San Juan.
- Facio, A. (noviembre, 2002). Incidencias del divorcio de los padres en el desarrollo emocional. Conferencia en las Jornadas del XX Aniversario del Instituto de la Familia, Universidad Católica de Santa Fe, Santa Fe.
- Facio, A. y Batistuta, M. (agosto, 2002). Algunos factores que predicen la deserción en la escuela secundaria dos años después. IX Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Facio, A. y Braude, M. (octubre, 2001). El uso de escalas en la evaluación del comportamiento adolescente (EDI de Gardner y CDI de Kovacs). Taller en el V Congreso Nacional de Psicodiagnóstico de ADEIP, La Plata.
- Facio, A.; Batistuta, M. y Micocci, F. (septiembre, 2001). Desarrollo socioemocional en la adolescencia y la adultez emergente. VIII Reunión Nacional de la Asociación Argentina de Ciencias del Comportamiento, Rosario.
- Facio, A. y Batistuta, M. (agosto, 2001). Relaciones familiares y problemas internalizantes y externalizantes en adolescentes de 13 a 15 años. VIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A. y Batistuta, M. (octubre, 2000). ¿Padres o amigos? A quién recurren los adolescentes cuando tienen un problema. X Congreso Nacional de Psicología, Rosario.
- Facio, A. (octubre, 2000). Uso de sustancias en adolescentes argentinos de 13 a 15 años. IV Congreso Nacional de Psicodiagnóstico, ADEIP, Salta.
- Facio, A. y Batistuta, M. (diciembre, 1999). Autoestima, depresión, ansiedad, conducta antisocial y consumo de sustancias en adolescentes de 13 a 15 años. VI Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A. y Batistuta, M. (septiembre, 1999). Self y género: el impacto de algunas actitudes sobre sexualidad y pareja en la autoestima de una muestra de adolescentes de Paraná estudiados desde los 13 hasta los 18 años. V Encuentro de Docentes de Psicología en Carreras de Educación de Universidades Nacionales, Universidad Nacional de Luján, Luján.
- Facio, A. (octubre, 1998). Problemática a resolver en la investigación en psicodiagnóstico. II Congreso Nacional de Psicodiagnóstico, ADEIP, Santa Fe.
- Facio, A. y Batistuta, M. (octubre, 1998). Estudio longitudinal de los niveles de autoestima desde los 13-14 hasta los 17-18 años, medidos a través de la Escala Rosenberg. II Congreso Nacional de Psicodiagnóstico, ADEIP, Santa Fe.
- Facio, A. y Batistuta, M. (diciembre, 1997). Sentimientos depresivos en dos cohortes de adolescentes de Paraná estudiadas longitudinal y transversalmente. III Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A. y Batistuta, M. (octubre, 1996). El adolescente de Paraná y sus amigos. VIII Congreso Argentino de Psicología, Universidad Nacional de San Luis, San Luis.
- Facio, A. y Batistuta, M. (septiembre, 1996). Los adolescentes de Paraná y la escuela media. II Congreso Provincial de Psicología, La Plata.
- Facio, A. y Batistuta, M. (diciembre, 1995). Encuesta de opinión política a los adolescentes de Paraná que cursaban primer año en la escuela media en 1988. II Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Facio, A. y Batistuta, M. (noviembre, 1995). El adolescente paranaense y sus padres. IX Jornadas Nacionales de Psicodiagnóstico, ADEIP, Buenos Aires.
- Facio, A. y Batistuta, M. (septiembre, 1995). El bienestar psicológico de los adolescentes de Paraná medido a través de una escala de depresión. Universidad Adventista del Plata, Villa Libertador General San Martín.
- Facio, A. y Batistuta, M. (octubre, 1993). El adolescente de Paraná y la escuela. II Jornadas Pedagógicas, Paraná.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHENBACH, T. y EDENBROCK, C. (1987). *The Manual for the Youth Self Report and Profile*. Burlington, University of Vermont.
- AMATO, P. (2001). Children of Divorce in the 1990s: An Update of the Amato and Keith (1991) Meta-Analysis. *Journal of Family Psychology* n° 15: 355-370.
- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION (2000). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*. Cuarta edición. Texto revisado. Washington, American Psychiatric Association Press.
- BALTES, P. (1997). On the Incomplete Architecture of Human Ontogeny: Selection, Optimization, and Compensation as Foundation of Developmental Theory. *American Psychologist* n° 52: 366-380.
- BANDURA, A. (1987). *Pensamiento y acción*. Barcelona, Martínez Roca.
- BARDIS, P. (1959). A Familism Scale. *Marriage and Family Living* n° 21: 340-341.
- BECK, A. y STEER, R. (1990). *Beck Anxiety Inventory. Manual*. San Antonio (Tejas), Psychological Corporation.
- BECK, A.; STEER, R. y BROWN, G. (1996). *Beck Depression Inventory. Manual*. Segunda edición. San Antonio (Tejas), Psychological Corporation.
- BENSON, P.; DONAHUE, M. y ERICKSON, J. (1989). Adolescence and Religion: A Review of the Literature from 1970 to 1986. *Research in the Social Scientific Study of Religion* n° 1: 153-181.
- BENSON, P. (1990). *The Troubled Journey: A Portrait of 6th-12th Grade Youth*. Minneapolis, Lutheran Brotherhood.
- BLUM, R. y NELSON-MMARI, K. (2004). Adolescent Health from an International Perspective. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- BRONFENBRENNER, U. (1987). *Ecología del desarrollo humano*. Buenos Aires, Paidós.

- BROWN, B. (2004). Adolescents' Relationships with Peers. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- CASULLO, M. (1991). El Cuestionario de Personalidad Eysenck. Formas adulta e infanto-juvenil. En Casullo, M. M.; Figueroa, N. y Aszkenazi, M. (eds.), *Teoría y técnicas de evaluación psicológica*. Buenos Aires, Psicoteca.
- CASULLO, M.; BONALDI, P. y FERNÁNDEZ, M. (2000). *Comportamientos suicidas en la adolescencia*. Buenos Aires, Lugar.
- CHASSIN, L.; HUSSONG, A.; BARRERA, M.; MOLINA, B.; TRIM, R. y RITTER, J. (2004). Adolescent Substance Use. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- CICCHETTI, D y TOTH, S. (1998). Perspectives on Research and Practice in Developmental Psychopathology. En Damon, W. (ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York, Wiley.
- CLARK, L. y WATSON, D. (1991). Tripartite Model of Anxiety and Depression: Psychometric Evidence and Taxonomic Implications. *Journal of Abnormal Psychology* n° 100: 316-336.
- COLEMAN, J. S. (1961). *The Adolescent Society*. Glencoe, IL, Free Press.
- (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology* n° 94: 95-120.
- COLLINS, W.A. y LAURSEN, B. (2000). Adolescent Relationships: The Art of Fugue. En Hendrick, C. y Hendrick, S. (eds.), *Close Relationships: A Sourcebook: 59-70*. Thousand Oaks, CA, Sage.
- COMPAS, B.; CONNOR, J. y HINDEN, B. (1998). New Perspectives on Depression during Adolescence. En Jessor, R. (ed.), *New Perspectives on Adolescent Risk Behavior: 319-362*. Cambridge, Cambridge University Press.
- COMPAS, B. (2004). Processes of Risk and Resilience during Adolescence. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- DEUTSCHE BANK (1999). *Jóvenes hoy*. Buenos Aires, Planeta.
- ELDER, G. (1998). The Life Course and Human Development. En Damon, W. (ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York, Wiley.
- ENTWISLE, D. (1990). Schools and the Adolescent. En Feldman, S. S. y Elliott, G. (eds.) *At the Threshold. The Developing Adolescent: 197-224*. Cambridge, Harvard University Press.
- EREL, O. y BURMAN, R. (1995). Interrelatedness of Marital Relations and Parent-child Relations: A Meta-analytic Review. *Psychological Bulletin* n° 18: 108-132.
- EYSENCK, H. y EYSENCK, S. (1997). *Cuestionario revisado de personalidad de Eysenck*. Madrid, TEA.
- FACIO, A. y BATISTUTA, M. (2000). *La sexualidad de los adolescentes. Una investigación argentina*. Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación. UNER.
- FARRINGTON, D. (2004). Conduct Disorder, Aggression and Delinquency. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- FORD, C. y BEACH, F. (1951). *Patterns of Sexual Behavior*. Nueva York, Harper y Row.
- FURMAN, W. (2001). *Network of Relationships Inventory*. Denver, Relationship Center, Department of Psychology, University of Denver.
- FURMAN, W. y BUHRMESTER, D. (1992). Age and Sex Differences in Perceptions of Network of Personal Relationships. *Child Development* n° 63: 103-115.
- GJERDE, P. y WESTENBERG, M. (1998). Dysphoric Adolescents as Young Adults: a Prospective Study of the Psychological Sequel of Depressed Mood in Adolescence. *Journal of Research on Adolescence* n° 8: 377-402.
- GRABER, J. (2004). Internalizing Problems during Adolescence. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- GREENBERGER, E. (2001). *Psychosocial Maturity Inventory. Forma D*. Davis, Universidad de California en Davis.
- GREENBERGER, E.; JOSSELSO, R.; KNEER, C. y KNEER, B. (1974). The Measurement and Structure of Psychosocial Maturity. *Journal of Youth and Adolescence* n° 4: 127-143.
- HARTER, S. (1988). *Manual for the Self-Perception Profile for Adolescents*. Denver, University of Denver Press.
- HARTER, S. (1999). *The construction of the Self*. Nueva York, Guilford Press.
- HAVIGHURST, R. (1951). *Developmental Tasks and Education*. Nueva York, Logmans.
- HAVIGHURST, R.; DUBOIS, M.; CSIKSZENTMIHALYI, M. y DOLL, R. (1963). *Las actitudes personales y sociales de adolescentes de Buenos Aires y de Chicago*. Washington, Unión Panamericana.
- HENDRY, L.; SHUCKSMITH, J.; LOVE, J. y GLENDINNING, A. (1993). *Young People's Leisure and Lifestyles*. Londres, Routledge.
- HETHERINGTON E.M. y PARKE, R. (1993). *Child Psychology*. Nueva York, Mc Graw-Hill.
- JAKOBSEN, R.; RISE, J.; AAS, H. y ANDERSSON, N. (1997). NONCOITAL SEXUAL INTERACTIONS and Problem Behaviour among Young Adolescents: The Norwegian Longitudinal Health Behaviour Study. *Journal of Adolescence* n° 20: 71-83.

- JESSOR, R. y JESSOR, S. (1977). *Problem Behavior and Psychosocial Development: A Longitudinal Study of Youth*. Nueva York, Academic Press.
- KOVACS, M. (1992). *Children's Depression Inventory. Manual*. North Tonawanda, Multi-Health Systems.
- LAURSEN, B. y WILLIAMS, V. (1997). Perceptions of Interdependence and Closeness in Family and Peer Relationships among Adolescents with and without a Romantic Partner. En Shulman, S. y Collins, W. A. (eds.), *Romantic Relationships in Adolescence: Developmental Perspectives*, 3-20. San Francisco, Jossey-Bass.
- LERNER, R. (1998). Theories of Human Development: Contemporary Perspectives. En Damon, W. (ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York, Wiley.
- MAGNUSSON, D. (1996). *The Lifespan Development of Individuals*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MARSHALL, W. y TANNER, J. (1969). Variations in the Pattern of Pubertal Change in Girls. *Archives of Disease of Childhood* n° 44: 130.
- MOORE, S. y ROSENTHAL, D. (1993). *Sexuality in Adolescence*. Londres, Routledge.
- MORRIS, N. y UDRY, J. (1980). Validation of a Self-administered Instrument to Assess Stage of Adolescent Development. *Journal of Youth and Adolescence* n° 9: 271-280.
- MORTIMOR, P. (1995). The Positive Effects of Schooling. En Rutter, M. (ed.), *Psychosocial Disturbances in Young People*: 333-366. Nueva York, Cambridge University Press.
- NOLLER, P. y CALLAN, V. (1991). *The Adolescent in the Family*. Londres, Routledge.
- NURMI, J. (2004). Socialization and Self-development. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- PETERSON, G.; ROLLINS, B. y THOMAS, D. (1985). Parental Influence and Adolescent Conformity: Compliance and Internalization. *Youth and Society* n° 16: 397-420.
- PICCINI VEGA, M. (2004). Estudio comparado de la evolución de las lógicas del yo en la adolescencia por medio del Test de Completamiento de Frases de Jane Loevinger. *Anuario de Investigaciones* n° 11: 529-538.
- QUIROGA, S. y CRYAN, G. (2002). Grado de asociación entre depresión y trastornos de la alimentación en la adolescencia tardía femenina. *Revista Investigaciones en Psicología del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*, 7 (3): 109-134.
- RICHAUD DE MINZI, M. y SACCHI, M. (2001). Adaptación del Inventario de la depresión de Beck a sujetos argentinos normales. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 12 (2): 11-17.
- (2004). Adolescent Loneliness Assessment. *Adolescense* n° 39 : 701-710.
- ROSENBERG, M. (1973). *La autoimagen del adolescente y la sociedad*. Buenos Aires, Paidós.
- SAVIN-WILLIAMS, R. y DIAMOND, L. (2004). Sex. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- SEDRONAR (2001). Encuesta Nacional a Estudiantes de Enseñanza Media. <http://www.sedronar.gov.ar/encuestas%20nacionales/ense%20F1anza%20media%202001/encuesta.pdf>.
- SPANIER, G. (1976). Measuring Dyadic Adjustment: New Scales for Assessing the Quality of Marriage and Similar Dyads. *Journal of Marriage and the Family* n° 38: 15-28.
- SPIELBERGER, C.; GORSUCH, R. y LUSHENE, R. (1970). *Manual for the State-trait Anxiety Inventory*. Palo Alto, California, Consulting Psychologists Press.
- STEINBERG, L. (1990). Autonomy, Conflict and Harmony in the Family Relationship. En Feldman, S. S y Elliott G. (eds.), *At the Threshold: The Development Adolescent* Cambridge, Massachussets, Harvard University Press.
- (1999). *Adolescence*. Quinta edición. Nueva York, Mc Graw Hill.
- STRIEGEL-MOORE, R. H. (1993). Etiology of Binge Eating: A Developmental Perspective. En Fairburn, C. G. y Wilson, G. T. (eds.), *Binge Eating: Nature, Assessment, and Treatment*. New York, Guilford Press.
- SUSMAN, E. y ROGOL, A. (2004). Puberty and Psychological Development. En Lerner, R. y Steinberg, L. (eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Segunda edición. Nueva York, Wiley.
- TASKER, F. y RICHARDS, M. (1994). Adolescents' Attitudes toward Marriage and Marital Prospects after Parental Divorce: A Review. *Journal of Adolescent Research* n° 9: 340-362.
- TROLL, L. (1983). Grandparents: The Family Watchdogs. En Brubaker, T. (ed.), *Family Relationships in Later Life*. Beverly Hills, Sage.
- VEGA, V. (2004). Epidemiología de los trastornos de la conducta alimentaria en población escolar adolescente. *Memorias de las XI Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.



WICHSTROM, L. (1998). Self-concept Development during Adolescence. En Skoe, E. y von der Lippe, A. (eds.), *Personality Development in Adolescence*. Londres, Routledge.